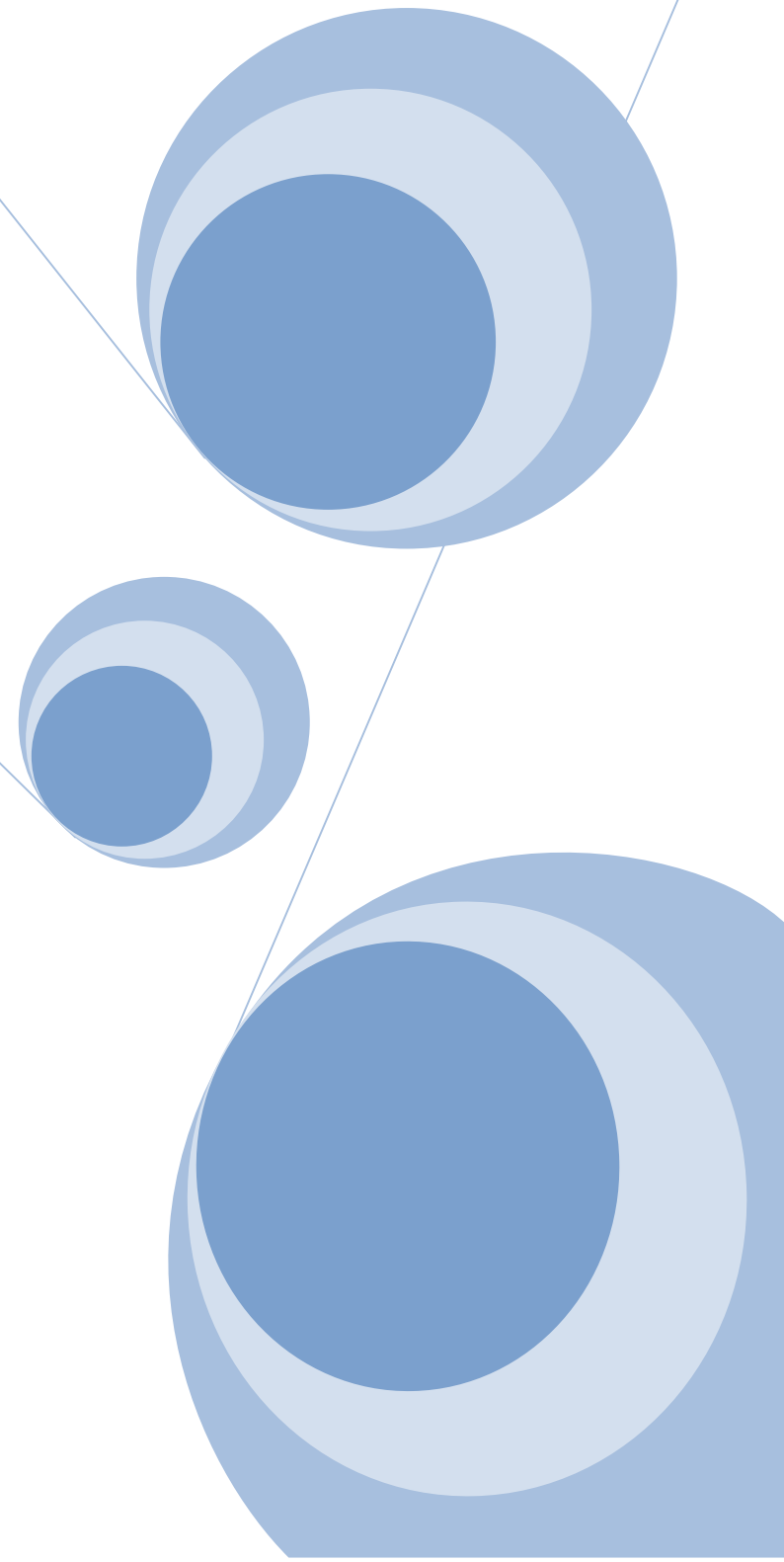


BIO - BIO SANGRIENTO

- GERMÁN TRONCOSO -





CABO RAFAEL BASCUÑÁN



CARABINERO BERNARDO SAN MARTÍN

A todas las víctimas caídas

en la revuelta de Ranquil.

El Autor

RECONOCIMIENTO

A todos aquellos que participando en los acontecimientos ocurridos en Ranquil en el año 1934, o a consecuencia de ello, hicieron posible recopilar estas páginas.

Marcelino Fernández Sáez y Eusebio Urra Aburto, dos de los diez Carabineros que llegaron al sitio del suceso.

Óscar Montoya y Anacleto Córdova Estrada, Cabo y Carabinero respectivamente, que servían en el Retén de Liucura, dependiente de la Subcomisaría de Lonquimay.

Celmira Belmar Barros, cónyuge del Carabinero Fidel Montoya Montoya Villagrán, asesinado en los luctuosos sucesos.

Isidoro Llanos, Profesor Municipal en esa fecha y que dirigía la única Escuela del lugar.

José Silva, peón de la hacienda Guayalí, que en compañía de cuatro hermanos y su padre, fueron obligados a plegarse al movimiento subversivo.

Pablo Siade, oficial de la Guardia Civil que se estableció en Lonquimay, al quedar desguarnecido de Carabineros.

Marne Hidalgos, vecina de Curacautín

“BIO-BIO SANGRIENTO”

Cuyo autor es el Sargento 1° Germán Troncoso González, de dotación de la 5a Comisaría Curacautín de la Prefectura Malleco, vivió su infancia en los alrededores de la Vega Central, sector de donde cultivó amistades cuya influencia habría podido llevarle más fácilmente al campo del delito que al del orden. Sin embargo, ingresó a Carabineros, y así como demostró ser capaz de sobreponerse al medio, ha demostrado también ser capaz de sobreponerse a las limitaciones de una educación incompleta, esa puede ser la causa de algunos ripios en la construcción de sus frases.

Sin embargo, posee un natural dominio del relato, que con prosa sencilla, manejada hábilmente, crea suspenso y despierta el interés por conocer el desenlace.

La novela narra los hechos conocidos como los “Sucesos de Ranquil”, ocurridos en la década del 30, en la región de Lonquimay. Al ser trasladado a esa zona se despertó en el Sargento 1° Troncoso un enorme interés por conocerlos en detalle, y su cruda realidad le conmovió al punto de decidirse a escribir sobre ellos en una novela.

DIEGO MIRANDA BECERRA, Tte. Coronel de Carabineros.

GERMÁN TRONCOSO G.

BIO - BIO SANGRIENTO

CAPITULO I

El tren corría monotonamente; cada cierto tiempo se detenía en las pequeñas estaciones de ese ramal. Un hombre, cuyo físico e indumentaria desentonaba con el resto de los pasajeros por lo distinguido, levantaba la vista de un libro que iba leyendo y miraba largamente hacia el campo a través de las amplias ventanillas del vagón de tercera clase.

A su lado, tres hombres tragaban cerveza tras cerveza, como si fueran las últimas bebidas que consumirían en su vida. Al conversar, lo hacían a gritos, obstaculizando, visiblemente, la lectura del primero, quien miraba ahora hacia todos los lados, buscando un sitio donde cambiarse. Pero era inútil: bultos, paquetes, sacos, bolsas, catres, chuicos y cajones, ocupaban todos los lugares disponibles. Pareciera que las tiendas de Curacautín, lugar de donde salía el tren con destino a Lonquimay, hubiesen quedado desocupadas.

Hombres y mujeres bebían y fumaban al unísono, mezclándose los olores de tabaco y alcohol, a los de la transpiración emanada de cuerpos fornidos, acostumbrados a talar árboles o trabajar la tierra.

Algunos asientos más atrás, viajaban dos parejas de mapuches distinguiéndose las mujeres por sus atuendos de monedas de plata alrededor del cuello y sus mejillas pintadas con coloretos, hecho de ladrillos.

En ese mismo instante, el inspector, con su inconfundible gorra azul, le pedía los boletos a uno de los mapuches. Este por más que se trajinaba, no lograba encontrarlos. En su dialecto, seguramente, se los pedía a sus compañeros; pero estos hacían gestos negativos con la cabeza.

-No señor- dijo humildemente el indígena

-Si, "no tenerlo, señor"- gritó encolerizado el funcionario, agregando.

-Estay acostumbrado a viajar gratis en tren; pero ahora no señor; te buscaste los boletos hasta que los encontré; y si no, tienes que pagar.

Como el otro insistiera en seguir buscando, de nuevo explotó el de la gorra.

-¡Apúrate, apúrate! No creas que voy a estar todo el día aquí contigo...

Ambas mujeres metieron las manos debajo de los refajos, hurgueteando hasta sacar unos billetes arrugados, entregándoselos a sus hombres; y éstos, a su vez sin levantar la vista, como si con su acción hubieran ofendido al inspector, le alcanzaron el dinero.

En el carro no se escuchó ninguna palabra de desaprobación como si eso fuera la cosa más natural del mundo; es decir, casi ninguna palabra, porque uno de los bebedores se atrevió a decir, pero con el cuidado de que no le escuchara el conductor:

-Con los gritos que da este hijo de perra, no deja conversar.

Al rato, el que leía, se levantó y con ánimo visible de estar más tranquilo, pasó a otro carro, que también era de tercera clase, continuando hasta llegar a uno de primera clase. Allí estaba el hombre de la gorra, que con voz ronca gritaba:

-Todos los boletos, señores, todos, los boletos.

En su carrera recolectora, se detuvo al lado de un señor que leía “El Mercurio”. Este, con toda parsimonia, dejó de un lado el periódico, bajó lentamente los pies que tenía sobre el asiento que se hallaba delante de él y semi sentado, vació un bolsillo de su chaqueta, después otro y otro, sin encontrar el pasaje, comentando entre los trajines:

-¿Porqué la Empresa hará los boletos tan chicos?

El de la gorra, simulando una sonrisa, agregó

-Efectivamente, señor, esa es la queja de la mayoría de los pasajeros.

-No me explico. Recién lo tenía por aquí...Perdone que lo haga esperar con...

-No, no señor. Nosotros estamos para atender en la mejor forma posible a los pasajeros- Adoptando un aire de servil, agregó en forma zalamera.

-No hace falta que lo siga buscando. Seguramente se le ha caído y debe estar en alguna parte.

Se alejó el funcionario con aire feliz. Parecía tener aureola.

En el carro se encendieron las luces.

El pasajero lector comprendió que irían a pasar por el túnel “Las Raíces”, el más largo de Chile. Automáticamente miró su reloj, pensando, al mismo tiempo, en la veleidad del inspector.

En Lonquimay las estrellas se habían apoderado del firmamento. El lugar estaba oscuro. Sólo a una centena de metros se

divisaba una débil luz que se movía. Al bajarse del tren, el pasajero lector se dirigió a una sombra que pasaba:

-Dónde queda la estación?

-¡Ja, ja ja! Se ve que usted no es de aquí... y la sombra se alejó junto con su risa.

Caminando, el forastero insistió en su pregunta a dos personas más, sin recibir respuesta alguna. Así llegó a un destartado vehículo con pretensiones de bus, a cuyo lado, una antigua diligencia del oeste norteamericano se habría sentido aerodinámica. Después de preguntar si el vehículo le llevaría donde tenía que llegar, subió los arrugados peldaños. Dos pasajeros conversaban a viva voz:

-¿Cuándo irán a poner luz en la estación?

-Estación compadre?

-Bueno, si no hay estación, por lo menos en el lugar donde se detiene el tren. Antes de llegar acá metí las patas en un charco profundo.

Varios se rieron de buena gana.

El mal iluminado pueblo se hallaba a un kilómetro. Finalmente el conductor le indicó el lugar donde debía bajarse. Mientras cancelaba el pasaje, se percató de que era objeto de una severa inspección topográfica. Bajo su voluminosa valija, pensando en lo fácil que es para esa gente notar a un extraño. Así cavilando subió los tres escalones que llevaban a la casa de su destino. A un lado de la muralla, junto a la puerta, había un letrero:

CARABINEROS DE CHILE TENENCIA DE LONQUIMAY

En la Guardia, entregó una hoja oficio, doblada en cuatro. El que recibió, la abrió y leyó en voz baja, mientras el forastero se presentó:

-Buenas noches, compañero; Cabo Luis Vásquez.

Como todo recién trasladado, se sentía cohibido y solo, deseaba cumplir con las normas del Reglamento y retirarse a descansar después del largo viaje.

-Bien, mi Cabo. Puede alojar en la pensión que tiene un jubilado del Cuerpo, en la calle Independiente. Y le indicó como llegar allí.

-Gracias; buenas noches.

-Buenas noches mi Cabo.

CAPITULO II

A la mañana siguiente, el Cabo Vásquez se afeitó y tomó desayuno. En el comedor, fue observando detalles que la noche anterior no podía hacer por falta de luz y por el cansancio. En la pared más larga de la galería, colgaban dos grandes cuadros menores: la promesa de servicio tenía un bonito marco; un banderín conmemorativo del aniversario del Cuerpo y un retrato que mostraba dos Carabineros delante de un hito de frontera. El uniforme correcto, carabinas al hombro; pero lo que causó la sonrisa del recién llegado, era la posición “a discreción” de uno de ellos. Al

darse vuelta, se encontró con el dueño de la pensión... y era precisamente el que, en el retrato, se hallaba en postura incorrecta:

-¡Montoya, para servirle!

¡Vásquez, señor!

El forastero miró su reloj y se percató que sólo faltaban tres minutos para presentarse en el cuartel.

En la Tenencia, los compañeros demostraban avidez por conocer los últimos acontecimientos de la Capital, mientras que el nuevo en la zona, indagó sobre Icalma, destino final de su servicio. El jefe, le comunicó que no podría partir antes de diez o quince días y que mientras tanto, tendría que efectuar algunos servicios en la región donde se hallaba.

-A su orden mi Teniente.

En la pensión, jubilado y Cabo hicieron muy buenas migas. Después de la cena, el primero se dedicaba a contar anécdotas de su vida de servicio en la zona, ya que, casi todo el tiempo lo había hecho allí. Aquella noche, el tema era Ranquil en 1934. Parecía un tema predilecto del lugareño, cada vez que se presentaba un afuerino.

El Cabo puso atención, ya que estaba acostumbrado a escuchar, en Santiago, versiones nada favorable a Carabineros, en los acontecimientos mencionados. Se los llamaba “La Matanza de Ranquil” recordaba grandes cartelones en desfiles y consignas:

MASACRADORES DEL PUEBLO: SAN GREGORIO, LA CORUÑA Y RANQUIL

En medio de una pausa de Montoya, el auditor dijo:

-Soy nacido y criado en la Capital y siempre tuve la creencia de que lo de Ranquil había sido una felonía de Carabineros.

El otro le contestó con una pregunta:

-¿Le gusta leer?

-Mucho

El dueño de casa se levantó y tomó la dirección de su dormitorio. Al rato, regresó con un libro en las manos:

-Tome; léalo.

El pensionista estaba impaciente por dejar la compañía, por lo que, en la primera oportunidad, se despidió y subió a su cuarto.

Esa noche y la siguiente, en el dormitorio de Vásquez la llama de una vela danzó ondulante hasta la madrugada. A la hora de la cena, del tercer día, devolvió el libro. El dueño le preguntó con una sonrisa de satisfacción.

-¿Le gustó?

-Sí, pero no deja en muy buen pie a Carabineros.

-No le haga caso. Esa es la versión de los “rebeldes” y no es la real. El dueño de casa echó leña al fogón de la estufa de fierro y se acomodó en un sillón, indicando al cabo que acercara su propio asiento al calor. Este último, obedeció enseguida, comprendiendo que su interlocutor se preparaba a una larga velada; y así fue.

El relato fue largo y con emoción en muchos pasajes. Era impresionante ver a ese hombre rudo de las montañas, arrugado por los vientos y el sol, enjugarse las lágrimas con su pañuelo de color.

Ya eran más de las dos de la madrugada, cuando dio señales de terminar, con las siguientes palabras:

-Si usted quiere comprobar todo esto, hay muchos hombres y mujeres que viven en estos lugares; y aquí mismo en Lonquimay, que fueron testigos oculares de los hechos.

-¿Haría el favor de darme algunos nombres?

El narrador nombró una veintena de personas y el otro tomó nota de ellas en una libreta:

-Puede ser que encuentre a estos testigos, porque el asunto me interesa sobremanera. Miró su reloj: Son las tres. Buenas noches y gracias por todo.

Los dos se retiraron a sus respectivos dormitorios.

**

*

Cuarenta y ocho horas después de la conversación del Cabo Vásquez con el dueño de la pensión, se produjo una coyuntura para el primero: iba a acompañar a una patrulla que tenía entrevista con el personal del retén de Troyo en el balseadero de Caracoles. Era el mismo sitio de los acontecimientos de Ranquil. El recién llegado se ofreció como voluntario para la partida. Fue aceptada su oferta y se le asignó al Carabinero Morales, quien llevaba, como lo aseveraba

con orgullo, “veinticuatro años en la Institución”, de los cuales, veintitrés los pasó en estos lugares.

Vásquez recibió su equipo de cargo, menos silla de montar, por no haber existencia en el almacén. Sin embargo, el hombre de guardia le facilitó sus aperos. Pero el Carabinero de ciudad, no sabía muy bien el oficio de ensillar. Hubo risas y ayudó. Al atardecer, todo estaba listo y los dos hombres partieron hacia los cerros.

Más o menos a dos horas de cabalgar, una hermosa luna se iba empinando, lentamente, sobre los macizos cordilleranos permitiendo observar claramente el paisaje. La soledad y el silencio impresionaron profundamente al cabo. Lo único que se escuchaba era el monótono golpear de las herraduras sobre el gredoso suelo.

-Estamos, aproximadamente, a unos doscientos metros de la balsa mi Cabo. –Dijo Morales.

Vásquez no tenía ánimos para contestar. El cansancio y los dolores en todo el cuerpo le privaron de las tentativas de responder. Lo único que quiso, era bajarse del caballo y tenderse en alguna parte; ya que sentarse tampoco podría. Como si alguien quisiera aliviar sus pesares, se escucho de pronto una melancólica voz, acompañada por una guitarra. Poco a poco se hizo posible distinguir el sentido de la canción a través de las palabras. Desmontaron cerca de la casucha de donde salía el canto. Ahora se oía claramente.

En la segunda quincena
de junio del treinta y cuatro
de triste y grandes escenas
han quedado negros rastros.
En leones, tigres e hienas
Se convierten corazones.

Morales explicó.

-Esas son las décimas de los sucesos de Ranquil. Canta el encargado de la balsa.

-Me parece encontrar relación entre el canto y el relato que me hizo Montoya de estos mismos hechos.

-¡Ah! El huacho Montoya. El sabe mucho de esto mi Cabo.

Vásquez meditó unos segundos y después preguntó:

-¿Dónde se llevará a cabo la entrevista?

-Aquí mismo, mi Cabo. Y ¿Por qué no aprovechamos de pasar al rancho? El lanchero es re´buena persona.

El jefe de la pareja aceptó, más que nada por la curiosidad. Aún quedaban algunas horas de espera.

El Carabinero golpeó la puerta. La voz y la guitarra enmudecieron:

-¿Quién es?

-Morales del Retén de Lonquimay.

-¡Ah! El señor Morales, de Lonquimay era una voz con ironía agradable.

-¡Abran, muchachos! ¡Abran!

La luz de los lamparines encandiló a los uniformados en los primeros momentos; lo que fue aprovechado por los de la casa para empujarlo, festivamente, hacia adentro. Saludaron efusivamente al Carabinero y frente al Cabo conservaron un poco de reserva, el dueño de casa, se jactaba de conocer a todos los uniformados de la zona, se extrañó por no serle familiar la cara de Vásquez. Este explicó:

-Efectivamente, soy recién llegado a estos lados...

-Tomen asiento, mientras les servimos una cazuelita, para que se calienten un poco.

Vásquez hizo un ademán de agradecimiento, como para rechazar la molestia; pero el Carabinero le hizo un guiño significativo, no dejándolo hablar. Cuando quedaron unos segundos solos, le dijo:

-Esta gente es muy cariñosa y si usted rechaza una atención, lo toman como ofensa... Y después de todo, ¿Quién lo va saber?

-Tiene toda la razón. Comamos pues cazuela.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando una joven y saludable, avanzaba con dos humeantes y olorosos platos.

El lancharo entregó la guitarra a uno de sus amigos, quien de inmediato entonó una cueca, que todos cantaron, mientras tres parejas se aprestaron a bailar. El ambiente era realmente agradable.

Una vez terminada la comida, el Cabo expresó la idea de conocer más detalles del tema de la canción que escuchó al llegar.

-Quizás no sea la mejor oportunidad para ello; pero como me tengo que presentar pronto al Retén de Icalma, posiblemente no tendré otra para saber lo que me interesa.

Un Muchachón alto se dirigió al lancharo:

-Cuéntale, padre. El Cabo es afuerino antes que le cuenten las cosas de otro modo, es preferible que sepa cómo se vivieron.

CAPITULO III

El veterano, como si quisiera apelmazar sus recuerdos, se tomó la cabeza con ambas manos, para hacer brotarlas ideas con más facilidad y comenzó el relato:

-“Mi Cabo, para hilvanar los hechos, hay que remontarse al año 1914. Pero usted pensará ¿Y qué tiene que ver esa fecha?”. Sin embargo existe una relación. En la época de la Primera Guerra Mundial, las condiciones de aquí eran iguales, casi como las de ahora, sólo que aumentaron los colonos y disminuyeron los indígenas. Debe considerarse también que las distancias son enormes, entre un lugar habitado y otro, mientras que los caminos de entonces eran peores que ahora. Para llegar a Ranquil, sólo se contaba con una huella de carreta y no había posibilidad expedita

para enviar mensajes a Lonquimay. En invierno la mula se demoraba ocho a diez horas y en verano seis; ya que aquí sólo se conocen esas estaciones del año, porque los cambios son bruscos y no se notan las de primavera y otoño. En invierno, el puelche castiga la zona cruelmente, llueve y nieva continuamente. El frío termina metiéndose en los huesos, llegando, a veces a treinta grados bajo cero. El verano dura apenas tres a cuatro meses y es la época en que los pobladores aprovechan para vender sus productos y animalitos menores, traen mercaderías para abastecerse para el mal tiempo. Sin embargo, hay pobladores, la mayoría de ellos, que no tienen nada que vender, y por lo tanto, nada que comprar.

“Los indígenas forman la mayoría de estos últimos. Apenas se alimentan con piñones de las araucarias”.

“Desde Lonquimay venían, de vez en cuando, comerciantes, con el fin de adquirir cueros de animales y lanas. También compraban el poco de oro que podían reunir algunos residentes.

El año mencionado, José Torres, un comerciante que acostumbraba a viajar a Ranquil en carreta, llegó acompañado por un compadre suyo, con dos vehículos, acamparon a la orilla del Bío-Bío alto. Al día siguiente dejando las carretas atrás, montaron en cabalgaduras, llevando delante suyo unas bolsas de cuero de chivo, llenas de aguardiente. Se dirigieron a Ralco. Esa temporada eran ellos los primeros hombres blancos que llegan allí. A mediodía alcanzaron el bosque que daba a la reducción indígena. De pronto, divisaron una muchacha india que al verlos, comenzó a correr hacia el poblado a través del bosque. Los hombres se miraron significativamente y emprendieron la persecución. En un claro, Torres tiró lazo y atrapó a la niña, arrastrándola unos metros antes de detenerse. En resumen, mi Cabo, la violaron bestialmente...

El narrador se veía impresionado por los recuerdos. Sin embargo, continuó:

-La niña tenía dieciocho años. Quedó botada allí durante varias horas, entre consciente y sin sentido. Fue su propio su hermano, quien salió a buscarla, que la encontró en ese estado. Allí mismo comenzó a interrogarla; pero soberbia mujer no despegó los labios, hasta que, cansado y malhumorado, él le lanzó el insulto: “india tenía que ser”.

Ese año, en septiembre, la nieve era aún dueña del lugar. La niña violada había quedado encinta; y, para evitar la furia de los padres se puso en las manos de una “Machi”, para provocarse la pérdida. La “Meica” era de otra reducción, por razones de discreción. Volvió a su casa con una botella con un brebaje oscuro que bebió en la noche y al día siguiente. Ese día no pudo levantarse de su jergón de cuero de oveja, relleno de quila. A la india vieja le entró cuidado por su hija y comenzó a revisarla. No obstante saber del embarazo, le pareció muy hinchada la niña. Nuevo interrogatorio y nuevo mutismo. Ante la actitud de la muchacha, la madre llamó a la Machi del lugar. Esta, preparó otro brebaje y se lo hizo tragar a la enferma. Era para apurar el parto. La india transpiró copiosamente y después de dos horas de “ayes”, parió un robusto varón. No obstante, como aún faltaban quince días para que se cumpliera la fecha del alumbramiento, la placenta no fue expulsada aquel día ni al día siguiente. La noticia de la enfermedad de Carmela (nombre de la muchacha) corrió por la reducción y la casa se llenó de gente. Los hombres se reunieron alrededor de la cocina-fogón y las mujeres en el cuarto de la niña. Al rato de estar allí, los visitantes comenzaron a protestar por la poca atención que recibían de parte de los dueños de casa, ya que se trataba de uno de los indios más pudientes del lugar. A la hora de comer, la que hacía de cocinera, echó agua y harina cruda a la olla y preparó una sopa delgada. Las murmuraciones se hicieron más audaces, hasta llegar a los oídos del padre de la enferma, quien dijo:

“Carneen un cordero de la Carmela. Para eso ella tiene”.

“El hermano, aunque de mala gana, montó en un caballo y encerró un piño en el corral. Una vez que encontró al animal con marca de su hermana, lo sacó del grupo, lo acarreó hasta cerca de la ruca y lo sacrificó. Todos estaban contentos, después de engullir una succulenta cena”.

Nuevamente, el lancharo se detuvo. Encendió un cigarro liado a mano, dio unas chupadas fuertes y continuó:

“Al tercer día, la placenta aún se encontraba en el vientre de la Carmela. La Machi reunió a las mujeres y, revisando el tamaño de las manos de cada una de ellas, mandó a la de las extremidades más pequeñas, que extrajera la bolsa. Esta obedeció. Después de un rato de forcejear, sacó una masa informe de pellejo hediondo, que esparció el olor en todo el recinto. La enferma se hallaba sin conocimiento. Entonces la Machi dijo: “Carmela ta mal sacarla fuera”. Ahora todos sabían que la muchacha estaba muy mal.

“Rápidamente fabricaron una camilla y unos mocetones, cargaron a la enferma y partieron hacia el paso de Caracoles, llevando pan, charqui y carne asada. Apenas habían caminado unos tres kilómetros, el hermano de la muchacha hizo parar el cortejo. Carmela tenía los ojos entelados y desaparecía el brillo. A los pocos minutos el joven tenía en sus manos un cadáver; la abrazó y la besó con ternura, clamando venganza por la víctima. Inmediatamente tomaron el camino de regreso. Aún se encontraron algunos invitados en la casa. Se comenzó a armar el ataúd con madera rústica, pintada con alquitrán. El padre hizo carnear un caballo, manjar predilecto de los indios. Se adquirió grandes cantidades de vino y chicha de manzana, para todos los días del velorio”.

Tres días permaneció el cadáver sobre una tarima, la muchacha fue adornada de sus mejores atavíos y joyas de plata. Grandes velones de cebo la rodearon y cada hora que pasaba le llevaban alimentos que colocaban al costado del catafalco. Al cuarto día, fue faenado otro caballo; pero esta vez, el animal era de un

colono. Pero, la voracidad era tan grande, que difícilmente alguien hubiera encontrado huella de él. Al atardecer, el cadáver fue colocado en el cajón y conducido al cementerio de la reducción.

CAPITULO IV

Aquí el relato del lanchero se iba haciendo impersonal y el Cabo Vásquez comenzó a vivir la historia como si fuera de su conocimiento personal. Los personajes cobraron animación y empezaron a moverse por sus propios medios:

-“El niño de la Carmela fue llevado hasta el fundo Huallaly para que lo amamantara una paisana que acababa de perder a su guagua recién nacida. Entre tanto, el hermano de la víctima, ocupó su tiempo en averiguar quién era el padre del sobrino. Finalmente llegó a la conclusión que tendría que haber sido el huinca Torres”.

-“Inscribió al muchacho en Lonquimay con el nombre de Mariano Torres Maripil, hijo de José Torres y Carmela Maripil; padre no compareciente. Su infancia de huérfano, fue similar a la de otros niños indígenas. Creció al lado de su madre de leche y continuamente viajaba a la reducción de sus abuelos. Sin embargo, pese a las costumbres indígenas que iba adquiriendo, se sentía mal en la tribu. Prefería la amistad de los blancos. Especialmente le agradaba pasar al Retén de Carabineros de Guayalí, donde compartía quehaceres con los funcionarios policiales.

“Al cumplir los quince años, se empleó como mozo en el Retén, ya que llevaba tres años conviviendo con los uniformados y nunca hubo la menor queja de parte de la tropa”.

“Una mañana, después de varios días malos, amaneció despejado. Torres Maripil se levantó temprano y tras de forrajear al

ganado, preparó el desayuno para el personal, cebando, entre tanto, un mate”.

-Aquí el relato cobra vida y el narrador se hace intérprete literal de los diálogos de la narración:

-“Buenos días Mariano, saludó al Cabo”.

-“Buenos días señor –Respondió el muchacho, al mismo tiempo le pasó el amargo a su jefe.

Mientras los Carabineros se alimentaban, tomando grandes tazones de leche y comiendo tortillas de rescoldo con queso caliente, el Cabo Rafael Bascuñán, Jefe del Retén, comunicó al joven que debería acompañarlo en misión de patrullaje, porque los otros dos Carabineros tendrían que partir a Lonquimay.

A la media hora, los dos estaban montando sus caballos listos para partir. El Cabo preguntó:

-“¿Llevas el “roquín”?

Vituallas para el camino (vocablo costumbrista).

-Puedo olvidar cahuello*; pero nunca el roquín.

Los dos jinetes cabalgaron con calma sobre la nieve. Pasaron a descansar a uno de los ranchos de los cuidadores del fundo Guayalí. Allí se informaron que no había novedad en el contorno. Sin embargo, mientras tomaban un mate, sus vistas cayeron sobre un novillo descuerado y despostado, que colgaba en una viga.

-Usted no es ná fijado para comer carne, don, dijo el policía, riendo.

-Así no más es; pero no po’emos comerla. Tenemos que quemarla.

-¿Quemarla? –preguntó extrañado el uniformado.

-Seguro; novillo dar picada –intervino Mariano.

-Que picá ni que ocho cuartos. Estos indios desgraciados de Ralco, por venir a cazar liebres al mallín, corrieron con los perros a los vacunos y este se cayó a un pantano.

*caballo, vocablo costumbrista

-Pero, ¿quemarlo?

-Sí mi Cabo. Esa es la orden que tenemos del administrador.

- Pero no es posible, cuando hay tanta gente hambrienta; incluso los mismos indios de Ralco.

-Sería premiar más encima a esos condenados, señor Bascuñán... El patrón, don Alhagaray dice que la muerte de los animales desprestigia el fundo. Por lo tanto, hay que quemarlos.

Mariano recordando su condición de cocinero, hizo un gesto significativo al Cabo, indicando al animal colgado.

El jefe comprendió y dijo:

-Ya que lo va a quemar, ¿por qué no me hace la “gauchada” de venderme un trozo y así se ahorra leña?

-Tiene toda la razón –Contestó el cuidador. Vale más la leña que se quema que la carne, ¿y si después saben los patrones...?

-¿Quién va a decirle? insistió Mariano.

-Si es así, les pasaría un costillar.

-Preferible una pierna, don –replicó Bascuñán.

Envolvieron la pierna en una manta del mozo y una vez que estuvo montado, la alzaron entre todos. Antes de retirarse, el Cabo preguntó.

-¿Cuánto le debo?

El cuidador quedó pensativo un rato. Después contestó:

-No me debe nada, mi Cabo. Total, después nos iremos de gauchada en gauchada.

Hasta allí llegó el patrullaje. No podían continuar con la carne a cuesta. Mientras regresaban, Mariano preguntó:

-¿Por qué huinca odiar tanto?

-Acuérdate que yo también soy huinca.

-Tú ser otra cosa. Otros blancos querer ver muertos a todos los paisanos.

-Será por los daños que hacen...

-Más daños hacen chilenos, - replicó el muchacho con ira.

El policía le contestó, molesto:

-Te he dicho mil veces que a los blancos no tienes por qué decirles chilenos. Tú y los tuyos son más chilenos que todos nosotros.

Al mismo tiempo que decía esto, exigió con las espuelas a su cabalgadura, como si estuviera enojado con alguien. Al rato pensó con satisfacción que le preocupaba el porvenir del mozo.

CAPÍTULO V

El lanchero, antes de continuar con el relato, tomó la guitarra y cantó la siguiente décima:

“Leiva Tapia el cabecilla
era aquel gran dirigente
con su palabras sencillas
puso el valle al corriente”

Vásquez, como si despertara de un sueño, nuevamente se percató que no estaba observando los hechos, sino que escuchando una historia. Sin embargo, a medida que el rumor de las palabras del narrador entraban en su mente, el cuadro con sus variaciones se hacía cuerpo otra vez.

-“Era verano del año 1934. El lavadero de oro del Tallón, de propiedad fiscal, estaba en plena explotación. Se hallaba a quince kilómetros de Lonquimay, en dirección a la frontera con Argentina. En la misma época se comenzaba la construcción del túnel de las Raíces. Inmediatamente se notaba la diferencia de salarios que había entre los obreros camineros y los agrícolas de la zona. Estos últimos se percataron de su miseria, viendo y haciendo comparaciones.

Juan Segundo Leiva Tapia, era uno de los colonos, avecindados allí. Recibió ochenta hectáreas y vivía con su mujer,

Valentina Muñoz, y sus hijos Juan Lenin y Rubén. La hijuela estaba ubicada en Pehuenco y le puso por nombre Santa Rosa.

Leiva había nacido en Neuquén y se crió, hasta los cinco años en esa ciudad argentina. Pero a la edad mencionada, sus padres lo trajeron a Chile. Aquí se educó; y según dicen, cursó hasta segundo año de Derecho. Pertenecía a un partido político de extrema izquierda. Sus jefes se dieron cuenta inmediatamente de los dotes de líder del muchacho y lo encargaron de la misión de organizar a los colonos e indígenas de la zona. Las condiciones se iban dando favorables, por la miseria que aumentaba continuamente, por el atraso en materia educacional, por los permanentes desalojos con orden judicial. El argumento de los dirigentes? era "abuso de autoridad". En el sector privado, las pulperías explotaban inicuamente a los vecinos. Con la ayuda de un ex minero de Lota, llamado Alarcón. Leiva organizó un sindicato campesino, reuniendo en él los inquilinos y pequeños propietarios de Tralhue, Nitrito, Ranquil, Lolco y Lonquimay. Esta última sede de la entidad. Leiva fue elegido presidente y el minero, secretario. En nombre de esa federación, el presidente del sindicato asistió a un congreso campesino realizado en Temuco.

Durante una de las sesiones de ese congreso, Leiva expresó sus ideas políticas y, por recomendación de los dirigentes, tuvo que abandonar el evento. Inmediatamente organizó una fracción de delegados y constituyó un congreso paralelo y disidente.

Al regresar a Lonquimay, sus compañeros prepararon una amplia reunión, con asistencia de obreros de la zona, en el único hotel de la ciudad. El presidente del sindicato, junto a otros dirigentes, fueron clasificando los poderes de los asistentes y una vez constituida la asamblea, Leiva pronunció un violento discurso en contra del Gobierno de las autoridades de la zona y de los que tenían fortunas.

De pronto, en medio de una pausa del orador, se levantó Alfonso Zañártu, guardabosques de la Reserva Fiscal de Troyo, y con voz potente, dijo:

—Todo lo que está diciendo usted, señor Leiva, es mentira. Sus intenciones políticas las conocemos todos y no nos dejaremos engañar. Sólo los tontos le creen...

Se armó una batahola en el local y los dirigentes optaron por clausurar la reunión ahí mismo. A la salida, Leiva se topó con Zañártu:

—Me la tendrás que pagar, desgraciado. Zañártu intentó castigar al ofensor; pero se metieron varios amigos y lo separaron"

"Leiva Tapia era abogado
también era profesor
un rebelde consumado
era un gran agitador.
Por esas orillas sembró
el pánico más grandioso
Que allí se cometieron
los crímenes más alevosos
y los indefensos vieron
grandes hechos desastrosos.

La intranquilidad creció en la zona en forma alarmante. En el fundo Lolco, los colonos fueron notificados de desalojo y de que se les iba a trasladar a otros lugares de propiedad de Estado. El dueño del fundo, inmovilizado por una parálisis en la Capital, alegaba ocupación ilegal y ganó el pleito. Los vecinos se movían de una casa a otra, aconsejándose unos a otros.

En la casa de Riva, los lamparines a parafina estaban encendidos. Los perros ladraban furiosamente, anunciando visitas. El viejo como lo llamaban, se inquietó porque en muchas oportunidades

se vio metido en líos por sus bravos canes. Salió al patio e hizo callar a los animales. Una voz fuerte se escuchó en las sombras:

—Retire sus perros, don' Rivas; para poder pasar.

Los perros rodearon al amo, con las colas entre las patas:

—Adelante don, pase.

El recién llegado amarró su caballo a la vara, retiró la tranca de la puerta y entró. Se trataba del hijo de Vicente Rivas, pariente suyo, cuyas visitas se sucedían últimamente con frecuencia.

Entraron al comedor y cerraron la puerta tras sí. Todo lo que habían tratado en las visitas hechas por el joven, era un secreto para la familia del "viejo" Rivas. Ahora el muchacho extendió un mapa en la mesa. Era el fundo Lolco dividido en hijuelas.

La hija del dueño de casa, entraba de vez en cuando, trayendo mates, tortillas con mantequilla y echando leña a la estufa.

Los lamparines y la estufa permanecían encendidas toda la noche. De las palabras sueltas, la niña logró hilvanar algo para contar a su madre y sus hermanos mayores. Entre la familia se creó un ambiente de inquietud.

Alguien comentó:

—Todo esto no me gusta. Se trata de asuntos políticos, en donde nosotros podemos salir perjudicados. Hugo confirmación unánime y el silencio acentuó ja intranquilidad.

Al día siguiente, el padre, en la mesa de almuerzo, hizo algunas confidencias:

—Ya saben ustedes de la notificación de desalojo. Según el pariente Rivas, después de abandonar las tierras Seríamos dejados a nuestra suerte en medio del camino, sin obtener nada a cambio. Es por eso que resistiremos la entrega de las parcelas que con nuestro sudor hacemos producir. Los obreros de la Capital y otras partes, apoyarán nuestra lucha y al fin el Gobierno tendrá que ceder y dejarnos aquí.

—No ganaremos nada con eso. Finalmente nos echarán por la fuerza. La justicia ya dictó sentencia y no pueden echarse atrás. Puede haber tragedia.

Las palabras del hijo mayor, inquietaron al viejo Rivas, quien confidenció en voz baja:

—Si resistimos, agrandaremos nuestra hijuela. Y ustedes ya son hombres y necesitan también algo propio

—A cambio de eso, ¿Qué piden? —Preguntó otro hijo —Que por ningún motivo, entreguemos las tierras.

— ¿Y si los Carabineros insisten en echarnos?, preguntó la mujer.

—Sólo tendremos que aguantar uno o dos días. Después se sabrá a qué atenerse.

La mujer insistió:

—A todo eso, algunos de nuestros hijos habrán muerto, y cambiando de tono, volviéndose enérgica, agregó. —Hemos decidido anoche no participar en toma alguna de terrenos

—Bueno, mujer. Se hará como tú digas, —contesta el marido malhumorado.

**

*

A la misma hora que la familia Rivas discutía el apunto desalojo, a un centenar de kilómetros de allí, el Intendente de la Provincia de Cautín, emanó una orden de desalojo contra los colonos del Alto Bío-Bío. El cumplimiento de la orden estaría a cargo de la Cuarta Comisaría de Victoria.

El Capitán Luis del Fierro Herrera, Jefe de la Misión, notificó con veinticuatro horas de anticipación, a la tropa, que sería de la partida. Llevarían equipo de campaña y alimentos para varios días.

A la hora señalada, el Capitán partió al mando de quince Carabineros. Montaron los mejores caballos de la Unidad para recorrer en buenas condiciones los seiscientos kilómetros de ida y vuelta a Ranquil.

La primera parada la hizo el destacamento en Curacautín, donde pernoctaron. Al día siguiente, partieron más temprano que el anterior, pese a que la distancia a Lonquimay era menos que la jornada pasada. Pero el terreno era más difícil.

Al atardecer, cruzaron la cordillera de las Raíces, llenos de sudor y polvo entraron a la Subcomisaría fronteriza de Lonquimay. El Teniente Cabrera, a cargo de la Unidad, invitó al jefe de la expedición a su casa y le informó sobre las dificultades que se presentaban ante las notificaciones. Le contó de las tentativas de resistencia y los dos acordaron que el pelotón fuera engrosado por cinco funcionarios más de la localidad. Así fue que apenas aclaraba, el Capitán Fierro puso los veinte hombres en dirección a Nitrito. La tropa se extrañaba ante tal despliegue de fuerzas; sobre todo, los del lugar, que conocían a los pobladores, y poblaciones, a las cuales consideraban pacíficas. Los de la Capital provincial, se extasiaban entretanto, con la hermosura del paisaje, cuando llegaron a la laguna de San Pedro, a la balsa de Caracoles sobre el Bío-Bío y otros parajes dignos de admiración. Pasaron Ranquil, Troyo. Al medio día, llegaron a Nitrito.

Después de un breve descanso y merienda, fueron divididos en parejas con el fin de ir comunicando a los colonos que tenían cuarenta y ocho horas para abandonar los terrenos, según órdenes superiores.

**

*

Ante las casas, los perros salieron al encuentro de los policías. Detrás de los canes, venían los niños a chillar; y finalmente las mujeres insultaron a los uniformados. La noticia de la llegada de los Carabineros habíase dispersado como un reguero de pólvora en todas las direcciones. El grito de terror y de guerra era "Llegaron los pacos". Miraban a los recién llegados con odio, como si ellos hubiesen sido los responsables directos del desalojo.

Esa noche y el día siguiente, fueron aprovechados por los hermanos Benito y Simón Sagredo para recorrer las casas y decirles:

—Estas tierras son nuestras. Las hemos ganado a fuerza de trabajo y sacrificio. No debemos entregarlas así y porque sí...

Donde había resistencia a sus ideas, permanecían todo el tiempo necesario para convencer a la gente. A medio día, comenzó a funcionar el cumplimiento de Las órdenes judiciales. Los colonos resistían levemente; las mujeres y los niños se colgaban de los brazos y piernas de los uniformados, imprecándoles su proceder. Se tiraban al suelo y lloraban a gritos. Esos gritos, los ladridos de los perros y el forcejeo de los hombres, agregaron irritación al ambiente, ya de por sí tenso. Finalmente, los perros fueron lanzados abiertamente contra los hombres del orden:

— ¡Cómanselos! ¡A los bandidos!

Los animales se lanzaron contra las nalgas y las piernas de los Carabineros. Sólo las polainas y los parches-entrepiernas defendían la carne uniformada. Las otras partes sufrían los mordiscos y algunos sangraban.

En todas partes estaban los hermanos Sagrado, ayudaban a cargar los enseres en las carretas. Cuando ya las casas estaban vacías, o cuando nadie los veía, procedieron a incendiar los hogares abandonados, después de llenarlos de elementos de fácil pasto. Enseguida montaron en sus caballos, gritando a voz en cuello:

— ¡Estos condenados le están prendiendo fuego a las casas!

Cuando el Capitán Fierro se percató de la verdad, mandó a detener a los incendiarios. Y cuando los Carabineros se retiraron de Nitrito, los hermanos Sagredo, iban en medio de la tropa.

CAPITULO VI

Todo el tiempo que el Cabo Bascuñán llevaba en el servicio de Carabineros, lo hacía en lugares apartados de las ciudades. Por tales razones hubo que aprender oficios diversos, tales como partero, enfermero, componedor de pleitos entre vecinos, etc.

Las primeras armas de enfermero, las hizo en animales, antes de atreverse en hombres. A fuerza de clavar agujas en los duros cueros de las bestias, se animó a hacerlo en la piel de la gente. Para el efecto adquirió libros de medicina práctica y revista de especialidad. Confiaba mucho en las yerbas. Las machis curaban con pastos y él no podía ser menos. Todos sabían que su botiquín en el Retán se hallaba provisto de surtido abundante y él atendía tanto a sus compañeros como los vecinos...

Un día, al atardecer, irrumpió en el Retén el administrador del fundo Guayalí. Los Carabineros se entretenían con un manoseado naípe, unas de las pocas diversiones que tenían en estos lugares.

—Buenas tardes, —saludó el recién llegado.

—Buenas las tenga, señor Vergara, —respondió el Cabo agregando — ¿En qué podemos servirle?
—Con usted quiero conversar.

El Cabo se levantó y los dos salieron al patio. El administrador le comunicó que una empleada que tenía en la casa, se enfermó gravemente y que era preciso que Bascuñán la atendiera.

El Carabinero accedió al pedido, e inmediatamente se preparó para acompañar a Vergara. Salieron a los pocos minutos, mientras cabalgaban, el enfermero indagó detalles de la enferma.

Por los datos que obtuvo, sacó las consecuencias de que no podía tratarse de otra que de María, muchacha joven y agraciada que andaba en coloquios amorosos con Mariano. El administrador confirmó el nombre.

Pronto llegaron a la casa de Vergara. Inmediatamente el enfermero fue llevado a la pieza donde estaba la niña. Comenzó por tomarle el pulso; controló la temperatura y la respiración. En seguida preguntó a la niña que malestar sentía.

—Un gran dolor en el brazo derecho, como una quemazón. Siento también como si un bicho anduviera dentro

—El Carabinero movió la cabeza con aprobación; se levantó y pasó al comedor, donde los presentes parecían esperarlo con ansias.

—¿Qué tiene mi Cabo? —preguntó Vergara.

—Para serle franco, no le encuentro nada anormal? No tiene fiebre; el pulso y la respiración están bien...

—No lo puedo creer. Anoche no nos dejó dormir con sus quejidos.

—Creo que mi presencia no se justifica aquí.

Y tomando su maletín, se iba encaminando hacia a la puerta de salida. Vergara se adelantó y lo retuvo:

—Ya que está aquí, no se irá sin acompañarnos a la cena que está por servirse.

El Carabinero pensó en lentejas que le esperaban en el Retén. La experiencia le decía que Mariano era lerdo para retirar las piedrecitas que traían, y aceptó, con un poco de reticencia cortés.

Pronto llegó la cazuela de ave, que olía de lejos. Bascuñán se sirvió dos platos, tras la insistencia de los dueños de casa; comió postre y cuando todos estaban tomando café, del interior de la pieza de la enferma, salieron unos gritos desaforados. Todos corrieron al lugar de los gritos.

La muchacha se veía alterada. Con su brazo derecho golpeaba el tabique violentamente, mientras miraba hacia el rincón del cuarto:

— ¡Saquen a esa mujer de allí! ¡sáquenla! —gritó desesperada.

Allí estaba el lamparín a carburo y no se divisaba sombra alguna en el rincón. Los dos hombres sujetaron a la niña para que no siguiera golpeando el tabique y se calmara. La paz duró unos segundos y la violencia volvió a desatarse. Sin embargo, el policía notó que nada S3 alteraba en el funcionamiento normal de la paciente. Después al pensar un rato dijo:

—No creo en brujos; pero que los hay, los hay. Hay que llevarla a un médico,-, aunque no creo que vaya a legar algo. Si quiere un consejo inmediato, llame a una machi...

De nuevo se oyeron los gritos. Ahora eran más agudos todavía. El Carabinero recapacitó y se acercó al lecho de la enferma.

—Sacaré la verdad, ahora mismo. Siempre que se trate de algo raro que me imagino.

Mientras le sujetaba las manos, hacía preguntas a gritos para que la niña oyera en medio de sus chillidos. No obstante, las respuestas eran muy atinadas y no demostraban alteración alguna a la mente. De pronto, se le ocurrió una pregunta:

—Esa mujer, que estaba en el rincón. ¿Es la que te hizo mal?

La enferma se incorporó extrañada:

— ¿Cómo lo supo?

El enfermero se rió. Al fin se levantaba el telón que lo cubría todo hasta ahora. Era preciso seguir en ese sentido hacia otros puntos del asunto. Ante el requerimiento de Bascuñán, la niña se confidenció:

—Hace tres días fui, con mi tía a un velorio en casa de los Valenzuela; nos sirvieron mate con tortas. En el momento de retirarnos una muchacha no quería soltarme la mano, al mismo

tiempo que se acercaba a mi oído y me hablaba, refregando fuerte su mano en la mía.

—Esa muchacha ¿Es la misma que estaba en la pieza hace rato?

—Sí la misma.

—Debe tener algún motivo para querer hacerte mal.

—No ninguno.

— ¿Y si le digo que hay un hombre?

De nuevo se traicionó la niña. En su rostro se dibujó el asombro.

—Sí hay un hombre...

— ¿A quién pertenece?

—"Es mío" —replicó María con autoridad.

—El culpable de todo es Mariano. Los celos causaron el desaguizado.

—Sí; señor —dijo la niña avergonzada. Pero él me prefiere a mí.

—Anoche, ¿Pudo dormir?

—No señor. Esa mujer no me dejó.

—Esta noche dormirás tranquila; pero tienes que llamarla.

— ¿Llamarla?

—Sí, llamarla por su nombre.

La enferma se puso a llamarla en el acto:

—Juana ven, Juana...

Unos segundos después, María se puso lívida e indicando al rincón de su temor, gritó como "loca":

—"Ahí está, ahí está".

En seguida levantó el brazo derecho y comenzó a golpear la pared —Bascuñán esperó un rato, tras cual dije solemnemente, con persuasión:

—La echaré y podrás quedar tranquila.

Para el efecto de echar el fantasma, empleó ademanes violentos al tiempo que lanzaba improperios. La muchacha miró al rincón y sus ojos fueron caminando por la pared hasta la puerta. Allí se detuvo, viendo como el Carabinero le abría y la cerraba con violencia. Su rostro se iluminó y la calma se posó en él.

Mientras tanto, el curandero pidió un paño rojo, dos agujas e hilo de coser. Armó una bolsita cuadrada, colocó las dos agujas en cruz adentro y puso el objeto al lado derecho del busto de María, mientras decía a los presentes:

Es necesario cuidarla durante la noche, por si acaso.

—Si no fuera mucho la molestia, le pediría que se quedara aquí esta noche, por las dudas —dijo el dueño de casa.

—Siempre que no presente problemas para ustedes contestó el enfermero.

—Todo lo contrario —se apresuró a contestar Vergara

Mientras los dos hablaban, llegó a la casa un vecino que se desempeñaba como profesor particular. Los dueños del fundo pagaban cuotas para que enseñara las primeras letras a los niños pobres del lugar. La conversación se hizo general y el administrador ofreció café al recién llegado.

—Encantado —dijo el profesor Leal.

La conversación continuó entusiasta, con el tema del momento: brujería. Bascuñán recordó que había un neutralizador para conjurar a los "tuétués", brujos que salían de noche a recorrer los espacios, montando escobas:

—Se los invita a la casa y se les hace sentarse en una silla donde previamente se coloca unas tijeras abiertas, «sobre las cuales, para disimular, se ponía un cojín. Si es brujo, no se puede parar...

Los otros afirmaron haber oído hablar de ello, pero que no les constaba que fuera cierto. La velada duró hasta tarde y todos se despidieron con ganas de irse a la cama. Bascuñán durmió

profundamente hasta muy entrada de la mañana, ya que parte de la velada la pasó junto a la enferma.

Al abrir los ojos, vio ante sí a Vergara, quién le indicó que el profesor Leal venía hacia a la casa. Efectivamente, a través de la ventana, se veía la silueta medio desgarbada del maestro.

—Póngale las tijeras; póngaselas —dijo con vehemencia el Carabinero.

El administrador salió y en segundos preparó el asiento como se lo indicaba Bascuñán. En ese momento entró el profesor:

—Adelante, señor Leal —dijo zalamero, el dueño de casa, tome asiento.

El maestro entró en sospecha y, levantó el cojín. En su cara se notó un gesto de ira, pero se contuvo ante el desaliento del administrador:

—El de la idea fue el Cabo Bascuñán.

Ambos se rieron y juntos caminaron al lecho donde aún se encontraba el curandero, quien dijo al verlo entrar:

—Así que sin querer, cayó el brujo...

Leal, sin decir palabra, tomó en vilo la ropa de cama y la tiró para atrás, al mismo tiempo que aparecía la figura de la señora de Vergara en la puerta. El hombre, desnudo, apenas atinó a darse vuelta de espaldas.

La señora, al ver la escena, lanzó un gritito femenino, se tapó la cara con las manos, y salió corriendo del cuarto. Casi al medio día llegó la meica del reducto indígena de Raleo, Bascuñán se escondió en una pieza contigua a la de María para que la mujer no tuviese cuidado en hablar, mientras él podía escuchar lo que decía.

Lo primero que hizo la meica, fue tomar los humores de la enferma en un frasco y lo observó detenidamente- a la luz de la ventana.

—Hace cuatro días que le hicieron el mal. Fue en un velorio. Pero flechazo masiado fuerte. Dieron cuando pasar la mano; ser difícil sacarlo. Tienen que llevarla al doctor.

Vergara, su mujer y Bascuñán tras el tabique, estaban pendientes de las palabras de la indígena. De pronto la meica reparó en la bolsa hecha por el Carabinero:

— ¿Quién puso esto?

—El Cabo Bascuñán —respondió el dueño de casa.

La paisana movió afirmativamente la cabeza y habló en su lengua.

Hubo que insistir mucho para que la meica diera algún remedio a la enferma. Aduciendo que el mal estaba avanzando, la mujer no quiso aventurarse. Sin embargo al atardecer dejó una pócima y recomendó guardar la orina. Finalmente, un tío de la muchacha se la llevó a su casa, con la receta de que la tratara con yerbas.

Bascuñán esperó dos días antes de hacer una visita al tío de María. Como no estaba muy distante, no le costaba ir, además de conocer a la familia como gente de bien.

Al llegar a la puerta de la casa y mientras amarraba el caballo, sintió un alboroto en el interior. Sabía que no podía ser como sucedía en otros casos cuando se acercaba un hombre de orden, ya que esta gente no tenía problemas con la justicia. Es por eso que le intrigó el asunto. Entró y a su encuentro apareció la tía de María con la bacinica, en que estaban los humores recién miccionados por la enferma. El carabinero miró y su asombro se hizo tan patente como el de los dueños de casa: en medio del Ambarino líquido nadaba un bicho inverosímil. El enfermero ordenó escanciarlo en un vaso. Lo puso delante da sí, en la mesa y mientras hablaba en voz baja, escribía:

—Tres centímetros de largo, más o menos; tiene la forma de un esqueleto de pescado; cabeza color rojo; el cuerpo es verdoso y

se desliza en el líquido con movimientos ondulatorios, especialmente la cola.

Bascuñán sacó de su maletín un frasco con alcohol, una pinza y un pequeño corchito. Introdujo al bicho en el envase angosto y lo tapó.

Más tarde llegó la machi. Bascuñán tomó el frasco donde tenía el animalito, para mostrárselo a la mujer; pero antes de hacerlo, comprobó que estaba muerto y que su color habíase tornado negro.

Al ver el bicho, la india musitó:

—Salió el mal; mejorará...

CAPITULO VII

Un día, cuando el Jefe del Retén, acompañado por Mariano salieron a buscar carne, sin importarle de qué animal, el cabo preguntó al mozo:

—¿Cómo está María?

El muchacho, al comienzo un poco cortado, se recuperó inmediatamente.

—Mucho mejor, según la meica. Dice que ya no se muere.

—Supongo que la habrías llorado. —Dijo el jefe con una sonrisa.

—Mucho, señor —contestó el otro seriamente—. Estoy esperando que se mejore para robármela.

— ¿Por qué no se la pides a los padres, corno corresponde?

— ¿Y si me la niegan?

El policía hizo un gesto de resignación. Total, era una costumbre de los indios, desde tiempos remotos, robarse a la muchacha y después casarse con ella. Sin embargo, también era costumbre pagar una indemnización a los padres.

— ¿Tienes caballo para pagarla?

— Mi abuelo me tiene dos; hijos de una yegua de mi madre.

Se desviaron del camino principal, para tomar un sendero hacia el rancho de un inquilino que podría tener carne. Pronto llegaron al corral del hombre que venían a ver. Lo primero que vieron era un grupo de tres vacunos encerrados:

— Ser bonitos los pampas, dijo Mariano.

El Jefe iba a contestar, cuando una jauría de perros comenzó a torear a los caballos. Un hombre salió del rancho y, a silbidos llamó a sus canes.

Enseguida invitó a los jinetes a pasar adentro, y, antes que el cabo pudiera decir algo, el colono se apresuró a declarar.

— Quiero darle cuenta de los animales que tengo en el corral.

— ¿Los dos pampas colorados y negros?

— Sí, de esos mismo. Resulta que ayer, a medio día los encontré pastando frente a mi hijuela. Por sus señas parecen ser argentinos. Hoy iba a mandar al mozo a comunicar al Cuartel. Pero, por el trabajo era imposible, mañana iría sin falta...

El policía se olvidó de su misión y procedió a hacerse cargo de lo que le correspondía. Comprobaron las marcas y las señas de los animales y partieron con ellos en el acto. Parecían tener prisa, ya que tras de ellos dejaron polvo por el galope de los caballos y los novillos

— Pa'mí que el mismo viejo ser contrabandista —gritó Mariano a su compañero de carrera.

— Nada de raro que tengas razón. Pero no tenemos como comprobarlo.

Mariano estaba al tanto de los premios que la aduana daba por descubrir contrabando. Con un poco de timidez, preguntó:

— ¿Cómo ir este trabajo?...

— Te representará como diez meses de tu sueldo.

El indio se sonrió ladinamente y apuró más a los animales con su cabalgadura.

**

*

Dos días estuvieron los vacunos en el cuadro de cuartel. El corral estaba hecho de estaca y de alambre de fardos de pasto y se encontraba a unos cien metros del Retén. Llegaban visitas como nunca. Todos tenían algo que celebrar. Traían vino, chicha, aguardiente y comida.

El cabo, por el hecho de que la gente vivía distante una de otra, dio permiso para que se reunieran y festejaran a los amigos. Sin embargo, en la tarde del tercer día, cuando dos carabineros regresaron de una ronda, su asombro era grande al mirar el corral:

— ¿Dónde tiene encerrados los novillos, mi Cabo? — Preguntaron al llegar al cuartel.

— En el mismo lugar de antes —contestó el Jefe— ¿Por qué pregunta?

— Porque no están allí.

Allí mismo se terminó la fiesta. Los tres carabineros y el mozo del Retén partieron para el corral... Una estaca se hallaba en el suelo y dos hebras de alambre cortadas marcaban el desastre.

— Uno de estos desgraciados los largó —dijo furioso Bascuñán.

— Hay que apurarse. Estos son bastante rápidos para caminar, dijo uno de los subalternos.

— “Melo dice a mí”. Como si no lo supiera —dijo el jefe. Partan inmediatamente y háganse acompañar por Mariano que tiene condiciones para seguir huellas.

Se encaminó al cuartel y "preparó la documentación, para despachar a los animales al día siguiente, si sus hombres los encontraban.

A las tres horas, entre nubes de polvo y gritos de triunfo, los uniformados regresaron con los animales. Según contaron todo se debió a la pericia de Mariano. Había contento entre ellos. Durmieron bien y despertaron en la madrugada, cuando vieron al señor Vergara en la puerta del Cuartel. Este les explicó que, estando en conocimiento que iban a entregar los novillos a Lonquimay, quería pedir un favor al carabinero San Martín. Una cobranza y un pago de ocho mil pesos, de unos compromisos pendientes, el carabinero aludido miró a su jefe y este le dio permiso para cumplir el encargo.

Minutos después, la caravana partió alegre.

Sin embargo, no habían cabalgado aún ocho kilómetros, cuando San Martín se percató que había perdido la billetera con todos los documentos. Inmediatamente pensó que no podrían estar lejos ya que hace unos minutos cambió la cartera de bolsillo del pantalón al otro lado, que era el más seguro. Pidió a su compañero que siguiera con el arreo y él regresó unos quinientos metros. Hizo un rastreo minucioso; pero fue imposible. Resignado, volvió al lado del grupo. No hubo necesidad de preguntas. La cara de San Martín decía todo...

Llegaron al rancho de un inquilino del fundo, quien se hallaba en la puerta de su casa, con aire de saludar a los uniformados. No obstante, su intención, San Martín preguntó a boca de jarro:

— ¿Quién fue el que pasó por aquí en sentido contrario al camino que llevamos nosotros?

—Un indio, creo que fue Hueñun de Ralco.

— ¿Cuánto rato hace; Don?

—Unos diez minutos.

— ¿Y antes?

—Los hermanos Mellados; cinco minutos antes. Vienen de Pehuenco y llevan el mismo camino que ustedes. San Martín se golpeó la frente:

—Claro, compañeros. Los Mellado nos alcanzaron y pasaron, más o menos en la parte en que tiene que haberse perdido la billetera.

Se despidieron rápidamente y apuraron a las bestias tras las huellas de los hombres mencionados. Al rato se dieron cuenta que a ese paso no iban a alcanzar a los Mellados. Optaron entonces por abandonar a los novillos por su cuenta y se tendieron en galope en la persecución.

A los veinte minutos emparejaron pasos con los hermanos:

—"A tierra, jóvenes" —ordenó San Martín enérgicamente.

Los dos se miraron asombrados. Sin embargo, como el Carabinero insistiera, optaron por desmontar de malas ganas.

Los allanaron e interrogaron, sin resultado positivo. Viendo que no había nada más que hacer, hubo que dejarlos continuar su camino.

Al anochecer, los carabineros llegaron a Lonquimay, donde San Martín dio cuenta de todo al jefe de Tenencia, quien dejó constancia de los hechos.

Entretanto, Vergara supo la noticia por boca de un mozo que anduvo en Troyo. Inmediatamente se lo comunicó a Bascuñán. Una vez que el administrador del fundo se hubo marchado, el cabo lo comentó con Mariano:

—A San Martín aún le queda mucho que pagar. Es sentirlo...

Al amanecer, llegaron los carabineros a su cuartel. No hubo comentario alguno. Sólo silencio pesado...

**

*

Tres días habían pasado desde que San Martín regresó al Retén. Un muchachón llegó a solicitar que Bascuñán fuera a socorrer a un paisano en Pehuenco. Estaba muy enfermo.

El cabo y Mariano ensillaron rápidamente y partieron al pueblo mencionado. Al entrar a la ruca de barro y quila, se encontraron que un grupo de gente que estaba rodeando al enfermo. Bascuñán hizo desalojar el cuarto, dejando sólo al dueño de casa dentro. Mariano al mirar hacia el lecho se acercó al cabo y le dijo en voz baja:

—Ser Hueñan. A lo mejor encontrar billetera de San Martín.

El otro cerró un ojo significativamente, dándole por entendido. Inmediatamente procedió a examinarlo. Y mientras lo auscultaba, le tiró una pregunta a la cara:

— ¿Y la billetera?

— ¿Qué billetera? —preguntó el indio rápidamente.

—La que te encontrastes...

—No señor; no tenerla.

El cabo, conociendo la idiosincrasia de los indios, le mostró el abdomen hinchado, mientras le decía:

—Tarde te llegó la maldición. Mucho antes debía haberte pescado. Y no te mejorarás hasta que entregues la billetera.

—Entregar ¿Qué? —dijo el enfermo con amargura.

Te vuelvo a decir; la billetera —levantó la voz el carabinero con firmeza,

Hueñan, incorporándose con dificultad en su camastro, sacó de entre las pilchas su vestón y de su bolsillo extrajo una billetera ajada de color café.

— ¿Esta ser la billetera?

—Esta misma —contestó el cabo, mientras la revisaba. No cabía duda, porque tenía el nombre de San Martín y la dirección del Retén de Guayalí. Mariano, al mirarla, confirmó las palabras del cabo:

—Esa ser, mi cabo.

Bascuñán se dirigió enérgicamente al indio:

— ¿Sabes leer, acaso?

—Sí señor.

— ¿Por qué no la entregaste en el Retén?

—Estaba por ir cuando me enfermé.

Mientras duraba la escena, el dueño de casa salió a comentar los hechos con sus vecinos y familiares. El enfermero retiró las jeringas del agua hervida y comenzó su labor profesional. Terminó pronto, y al salir de la casa, dijo al corrillo:

—Ustedes tenían un ladrón en la casa.

El indio viejo se disculpó:

—Nosotros no saber nada.

Los demás comenzaron una algarabía en su dialecto, con el propósito de despistar al policía. Esto lo sabía bien Bascuñán, porque siempre pasaba así. Es por eso que les interrumpió con un grito:

—Si quieren hablar lo tienen que hacer como lo hago yo; y si no, se callan los condenados.

Se hizo un silencio sepulcral. Solo se escuchaba los quejidos de Hueñán.

Cuando ya estaba por montar a caballo para partir, desde adentro llamaron a Bascuñán. El enfermo quería hablar con él. Entró y se acercó al lado del indio. Al verlo, este preguntó con ansiedad:

— ¿Y la maldición?

—Pierda cuidado, Huenún. Al entregar la billetera, ha terminado. Hoy en la tarde o mañana en la mañana, estarás mejor.

En los bajos del paisano se pudo ver una sensación de alivio.

—Gracias, señor...

—El Cabo salió y los dos jinetes se alejaron de la reducción, Mariano preguntó:

— ¿Por qué no traer preso a Huenún?

—Aparecieron los documentos y el dinero. ¡Qué más podemos pedir! Capaz que se nos muera en el calabozo... y después tendríamos líos.

—Tiene razón, mi Cabo.

CAPITULO VIII

El 16 de abril llegó a los lavaderos de oro de Troyo, Antonio Ortiz Palma, en busca de ocupación. Después de una conversación con el Concesionario, don Juan Zolerzi, fue aceptado inmediatamente, siendo agregado a la cuadrilla de José Carrasco. Sus compañeros de pique, serían Miguel Urrutia, Abel González y Juan Pizarro. Todos ellos vivían en un Rancho, donde fue aceptado como nuevo huésped.

Al comienzo, lo miraron con recelo. Incluso, una vez que llegó un colono a conversar con sus compañeros le insinuaron que la charla sería en privado y no era conveniente que se quedara dentro. Supo después que el colono había recorrido otros ranchos del mineral, después de abandonar el de sus camaradas. Le parecía muy natural que no tuviesen todavía toda la confianza en él. Sin embargo, antes de acostarse, aquella noche, Carrasco le preguntó sorpresivamente:

—Amigo, ¿Tú tienes ideas políticas?

—Si más o menos —respondió Ortiz.

—Pero, ¿Cuál es el partido de tu preferencia?

—Estoy afiliado al Partido Socialista de Antofagasta.

Todos se miraron con asombro, hasta que Carrasco tomó nuevamente la palabra:

— ¿Conoces el dicho de Santo Tomás de Aquino?

—No tengo idea.

—"Ver para creer", viejito.

Ortiz, comprendiendo lo que le pedía, tomó su vestón sacó del bolsillo un carnet de cartulina, bastante viejo, lo hizo circular entre sus compañeros. Estos a medida que iban comprobando la verdad de sus palabras, le fueron estrechando la mano, reconociendo así en él a un camarada.

En las siguientes reuniones con el colono González Ortiz tomaba parte. El dirigente habló de "Revolución Social", que no solamente se haría en Chile, sino que en todo el mundo, para lo cual, los trabajadores de los lavaderos se estarían preparando, junto con todos los demás gremios en el país.

El colono González se alojó varias veces en el campamento aurífero, por habérsele hecho demasiado tarde para regresar a su hogar. Era un hombre de los que viajaban de pueblo en pueblo, en calidad de "Activista revolucionario".

**

*

Fines de Mayo, se hizo presente en los lavaderos de Troyo, Juan Segundo Leiva Tapia, acompañado por Alarcón y otro delegado. Se organizó una reunión del sindicato y Leiva fue presentando por el Secretario del organismo. Alarcón y el otro delegado, que era de la capital, también fueron nombrados en la presentación.

La asamblea era grande y Leiva Tapia pronunció un violento discurso.

—Camaradas: ya llegaron las noticias confidenciales que estábamos esperando. Todas las regiones están siendo puestas sobre aviso para preparar la huelga general revolucionaria e implantar en nuestro país el régimen soviético. Las fábricas serán nuestras y las tierras de quien las trabaja.

Después de una pausa, en que tomó un vaso de chicha de manzana que estaba sobre la mesa, continuó:

—Las pulperías tendrán que entregar los víveres a los que no tienen que comer, porque también serán nuestras. Pero, cuidado con traicionar el movimiento, pues entonces serán los mismos camaradas

que harán justicia en el acto. No habrá piedad para los soplones o traidores.

En ese momento, alguien divisó una pareja de Carabineros que entraban en la pulpería. La voz corrió rápidamente y la reunión se dispersó en el acto. Sin embargo, los uniformados se retiraron pronto, ya que seguramente andaban en misión de compras.

Uno de los que asistieron a la reunión, encaminó sus pasos hacia la casa de Erminio Campos Pedraza, donde funcionaba la escuela del campamento. El único profesor del establecimiento educacional era Isidoro Llanos Burgos, muchachón de unos diecinueve años. El lugar estaba ubicado a unos mil quinientos metros del puente de Ranquil, en el interior del cajón de Pehuenco.

El profesor, para aumentar sus ingresos pecuniarios, solía comprar las pepitas de oro que le traían los mineros. Pagaba un precio superior al del concesionario de la pulpería. Además en la pulpería siempre se debía algo y se hacía pesado pagar, sobre todo si se acercaba la "Revolución Social", en que no se iba a cancelar ninguna deuda...

Una muchachita de más o menos doce años, salió a la puerta, cuando se sintieron los llamados del minero:

—Deseo hablar con el señor Llanos, señorita Marta, dijo el recién llegado.

La muchacha corrió al interior, mientras gritaba;

—Señor Llanos, el Sambo Aníbal lo precisa.

El profesor dejó la mitad de su taza de té en la mesa y se acercó ceremoniosamente a la puerta:

—Seguro que trae más oro, —dijo como para sí mismo.

Hizo pasar al sambo a la pieza donde hacía clases, sacó de un armario una balanza pequeña, tomó en silencio la bolsita de mineral que le entregó Aníbal, la colocó en la balanza, guardó las dos cosas en el armario; sacó un lápiz y papel, hizo una cuenta, extrajo dinero del bolsillo y lo puso en la mesa, frente al vendedor. Este no tomó el

dinero. Miró por todos los lados como si temiera que alguien le escuchara, se inclinó sobre la mesa hacia el profesor y dijo:

—Patroncito; por esta vez págueme unos pesito.; más mire que el día menos pensado le haré una gauchada re'buená.

El profesor se reía para sus adentros: "¿Qué gauchada será capaz de hacerme este pobre diablo?, pero a pesar de todo introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y sacó unas monedas que puso encima de la cantidad anterior.

El destino quiso que ese acto de generosidad, fuera la causa de que el profesor viviera muchos años más de lo que hubiera vivido si no lo hubiera llevado a cabo frente El "sambo".

**

*

El Carabinero Fidel Montoya Villagrán se hallaba en posición "firme" frente a su Teniente Luís Cabrera quien ordenó:

—Carabinero Montoya; con motivo de su traslado desde el Retén Boca Sur al de Guayalí, tendrá que prepararse lo más pronto posible para partir.

—A su orden, mi Teniente... Pero tengo un problema —agregó tímidamente.

— ¿Es muy grande? preguntó el Oficial.

—Mi familia. La mujer y los tres hijos.

—Bien, usted está trasladado y está autorizado a ver modo de vivir allí con su familia. Mañana mismo puede viajar al "Más Allá".

Así el destino jugó dos cartas contrarias en un sólo día.

Dos días y medio se demoró Montoya en viajar a su nuevo destacamento y regresar. Se apersonó al Teniente Cabrera y le dio cuenta de su misión.

—Imposible vivir en Guayalí. No hay casas. Sin embargo, si mi Teniente lo autoriza, podría dejar mi gente en Victoria, donde se puede arrendar una habitación.

—Haga lo que pueda y llévelos a Victoria.

—Gracias, mi Teniente.

En dos días consiguió carreta y bueyes. Al tercero, cargó hasta el tope el carro, sentó a los niños entre los enseres, hizo que su mujer caminara al lado del vehículo para cuidar que no se caiga nada y partió.

Abel, de cinco años, Aldo de tres, y Rosalba, de ocho meses, jugaban en la carreta. Celmira Belmar Barros, la madre, caminaba con paciencia, mirando a cada rato hacia atrás por si se ha caído algo. El Carabinero se sentía contento de tener una esposa tan cooperadora. Sabía que con ella se podía contar siempre.

Así, a la media hora de viaje, estaban pisando la subida de la cordillera de las Raíces. El tiempo era bueno Montoya volvió a pensar en su mujer: "menos mal que escogí una mujer de trabajo y no una pituca de la ciudad". Detuvo el vehículo para que Celmira amamantara al menor, porque estaba dando alaridos de becerros. Allí aprovecharon a merendar todos, porque se acercaba el medio día.

Sin novedad reanudaron la marcha media hora después de almorzar. Casi no conversaban entre sí. Se entendían por medio de señales, ya que no les costaba saber las necesidades que aquejaba a cada uno.

Al atardecer, cuando el sol se iba a esconder detrás de las crestas blancas de las montañas, decidieron acampar y para ello escogieron la sombra de un enorme roble, a pocos metros de la Piedra Santa. Una fogata les dio calor mientras permanecían allí.

Al día siguiente, temprano, llegaron a Curacautín. Allí el Carabinero despachó a su familia y a los enseres por ferrocarril, a

Victoria. En la estación, estampó sonoros besos en la boca de la mujer y en las mejillas de sus hijos.

—Lástima no poder acompañarlos. Pero tú sabes: el término del permiso está por cumplirse.

CAPITULO IX

Mariano partió para el reducto Raleo, para ver a su abuelo, ya que hacía dos meses que no sabía de él.

Antes de llegar al pueblito, el muchacho escuchaba gritos y música como si hubiera fiesta allí. Sabía que no era época de Guillatún ya que el frío arreciaba, sin embargo, a medida que se iba acercando los característicos sonos de la fiesta india no dejaban lugar a dudas. Mariano miró en torno suyo y creyó estar fuera de su juicio. La nieve comenzaba a cubrir la tierra y no conocía motivo alguno para un Guillatún. Miró a los caballos que se hallaban amarrados a los arbustos sin poder ramonear como era lo normal en tiempo de Guillatún. Los instrumentos indígenas de música, elevaban sus lamentos al cielo.

Al acercarse más aún, vio que de entre los hombres y mujeres que formaban el tradicional ruedo, salieron cinco mocetones hacía el centro, en donde, en vez de animales para el sacrificio, como era lo normal, había armas de todo tipo: fusiles, escopetas, cuchillos, machetes, hachas, etc. Los jóvenes, con la pintura de guerra en todo el cuerpo contorneaban sus figuras grotescamente.

Como nadie se preocupaba de mirar atrás. Mariano retrocedió a unos quinientos metros, para dejar a su cabalgadura amarrada a unos michayes. En eso andaba, cuando pasaron por su lado dos jinetes. Por el modo de montar y por el olor a aguardiente, no cabía dudas que estaban borrachos. Mariano sabía que en los guillatunes no se ingería alcohol. Sólo se tomaba el "Muday", bebida

hecha a base de piñones molidos y fermentados en tiestos de madera. Su extrañeza llegó a inquietarle. Se desvió un tanto del camino y llegó a la choza de su abuelo, donde se sentó en unos cueros para esperarlo.

Desde su escondite, a través de la puerta abierta, pudo ver como sus hermanos de sangre danzaban un baile violento, pasando a cada rato, por el centro, para recoger las banderas que se hallaban en largas estacas; montaban en sus caballos y corrían en círculo alrededor de la pila central. Sabía que eso era lo que los indios llamaban la "Corrida del Diablo".

La sangre le tiraba de los brazos. Sentía deseos de correr juntos a sus parientes... Pero, más pudo la prudencia y el muchacho permaneció oculto en la ruca. Más o menos, a las cuatro horas de su estada allí, llegó el abuelo. Al ver a su nieto, al principio, se sorprendió:

— ¿De cuándo aquí?

Poco rato.

Tener que huir acto.

— ¿Por qué abuelo?

—Guillatún ser de guerra. Matar todos los hincas y también los "pacos" de Guayalí.

— ¿Los Carabineros? —preguntó alarmado Mariano.

—Sí. Carabineros matarlos todos...

—Yo tener que avisar —dijo el muchacho con firmeza.

Y junto con estas palabras, tomó el rebenque e intentó salir de la casucha. El viejo le retuvo:

—No hijo. No poder salir de reducción. Estar rodeada y vigilada...

—Unos chilenos llegar ayer y traer mucho aguardiente: emborrachar cacique. Este ordenar guillatún y blancos seguir curando paisano.

Mariano estalló en cólera:

—Blancos desgraciados; necesitan carne de cañón...

— ¿Qué, hijo? —preguntó el viejo extrañado.

—Tú no entender, abuelo.

Quedó pensativo un rato y preguntó enseguida:

— ¿Qué hora poder salir?

—De madrugada.

Para el mozo de los Carabineros, las horas de espera eran las más largas de su vida. Apenas vio los primeros albores, salió de la ruca. Dio un largo rodeo hasta llegar al lado de su animal, para evitar las fogatas y antorchas que aún ardían en el campamento. Comprobó con horror, que le habían robado el caballo. No quiso apoderarse de otro por no alarmar a nadie. Partió a pie en dirección a Guayalí.

En el camino pensó que era mejor seguir a la Tenencia de Lonquimay para lograr refuerzos para su propio Retén en peligro.

CAPITULO X

Hacía tres días que un chileno recorría los boliches del suburbio de Zapala, en Argentina, buscando a un compatriota que tuviese necesidad de dinero. Después de andar por cientos de lugares del bajo fondo, encontró al que podría servirle.

Era un oscuro burdel. A voz en cuello, un parroquiano pedía más vino, en tanto que nadie le atendía, por lo que nuestro hombre, recién llegado, sabía que era falta de fondos monetarios. Las voces eran características de un chileno y los exabruptos también.

El buscador de hombres, se ubicó en la mesa del sediento y lo convidó a un trago del mejor vino de la casa Y mientras el otro se servía, dijo:

—Me parece que usted es chileno.

— ¿Se me nota? — ¿Usted también es compatriota?

—Por supuesto, compañero. Si no fuera así, ¿Cree usted que le haría compañía ahora?

Los dos se dieron las manos y pasaron a un apretón de cuerpos.

— ¿De qué parte de Chile es Ud.? —preguntó el recién llegado.

—De Temuco, colega.

—Ando en busca de un hombre de confianza para un trabajito. Tiene que ser chileno.

—El trabajito ese debe ser contrabando, me parece...

—No tanto. Más bien es un encargo... y bien remunerado.

—Bueno, y ¿Por qué tiene que ser compatriota?

—Porque son de fiar y tiene más agallas.

La explicación dejó conforme al residente y entre copa y copa llegaron a un acuerdo.

Al día siguiente, al atardecer, el hombre que debía llevar el encargo, salió de la ciudad montando en un caballo y llevando un segundo de "pilchero". Traía bastante alimento y dinero para el viaje. El saldo lo recibiría una vez realizada la tarea.

El hombre conocía el camino, por lo que no le costó atravesar las cordilleras de los Barros, hasta llegar a Rahue en territorio chileno. En pocas horas después ubicó a las personas a quienes debía entregar las bestias cargadas.

El día anterior, un "Chasque" recorrió las casas de los conjurados para realizar una nueva reunión, preliminar a la de Quilleime, solamente con los hombres de su exclusiva confianza.

Se juntaron en unos de los primeros puestos de veranada, al interior de Troyo. Hasta ahí llegó el mensajero de Argentina, acompañado de uno de los colonos que estaba citado.

Varios hombres adoraban, en ese momento las llamas de un fogón, al principio, cuando sintieron los pasos de las bestias sobre la escarchada nieve se sobresaltaron.

—No se asusten, camaradas, soy el sambo, —dijo uno de los jinetes.

Los que habían sacado a relucir sus viejos revólveres, los volvieron a sus bolsillos, con tranquilidad, invitando, alborozados, a desmontar a los llegados.

Leiva hizo una exposición del estado de las cosas que rodeaban a los trabajadores. Que no les esperaba otra cosa que la explotación permanente, si no se producía un movimiento emancipador. Indicando especialmente que el peligro mayor y del momento era el desalojo de las tierras que le pertenecían legítimamente por el trabajo que habían realizado en ellas. Sus palabras eran tan convincentes, que los colonos, antes pesimista por el desalojo, ahora se veían ya dueños absolutos de esos terrenos.

—Para terminar, dijo el orador debo informarles que el movimiento comienza mañana en Quilleime.

El mensajero que venía de Argentina, no comprendía nada al comienzo. Sin embargo, a medida que Leiva iba poniendo a los presentes al tanto de las cosas, fue haciéndose clara la situación. Se acercó al jefe y le entregó la misiva que había recibido de su mandante en Zapala, enseguida salió a descargar al "Puchero". Mientras tanto, los que se hallaban adentro, leyendo el mensaje y se percataron, con horror, que el hombre no pertenecía al movimiento.

El hombre entró con el bulto que tenía sobre el puchero y trató de abrirlo; pero el sambo no se lo permitió, haciendo el mismo el trabajo. Desenvolvió la lona y ante la alegría de los circundantes, descubrió, un montón de armas de todo calibre, además de municiones para ellas.

Tras la alegría primera, comenzó a dibujarse la preocupación que les inspiraba el afuerino. Un silencio profundo, que permitió escuchar el zumbido de un mosquito, quedó en el aire... El portador del bulto fue el primero en hablar:

—Bien; tengo que partir.

—Supongo que no nos venderá— dijo uno de los presentes.

— ¿Venderlos? ¿De qué hablan?

— ¿Y preguntas?

—Lo que quiero es que me paguen y parto pal otro lado.

Varios se rieron en alta voz, mientras el sambo dijo:

—Quiere que le paguen... ¿Por qué no le paga, camarada Leiva?

—Sí que me paguen —insistió el mensajero.

El jefe, que estaba revisando uno de los revólveres que habían llegado en el bulto, se entretenía en llenar el tambor de carga. Con la sangre fría que denotaba su rostro tranquilo, dirigió el cañón del arma hacia la cara del extraño y le descerrajó un tiro en pleno rostro, destrozándole la base de la nariz y los ojos.

—"Ahí tienes tu paga, infeliz...!"

Un hilo de sangre brotó de la cara del caído y se coaguló rápidamente en el piso. La complicidad se hizo más estrecha entre los presentes y la unión era inevitable

Algunos intentaron dar sepultura al cadáver; pero Leiva los detuvo:

—Déjenlo aquí. No será el primero que se han de comer los pájaros.

CAPITULO XI

Una nueva estrofa de la historia del lanchero, devolvió a la realidad al cabo Vásquez:

El país estas razones
no las puede comprender
pero la causa de rebeliones
se puede entender...

Los demás presentes en la casa, se divertían comiendo y bailando, mientras que los tres hombres que estaban en el rincón, se hallaban enfrascado en el relato. El dueño de casa continuó y el policía nuevamente se posesionaba de los acontecimientos:

El 26 de junio era el verdadero día del comienzo de la "Matanza de Ranquil".

La totalidad de los pobladores, estaban citados a la reunión en Quilleime. No había terminado la mañana y ya se encontraban allí ciento cincuenta colonos, varios indígenas y algunos mineros. Nuevamente fue Juan Leiva Tapia, quien usó de la tribuna al comienzo:

—Camaradas: esta reunión no tiene el carácter ordinario de las otras que hemos realizado hasta ahora. Esta es una asamblea revolucionaria, en la que todos debemos conocer nuestro puesto de combate. El movimiento comenzó en todo el país y su objetivo es la* implantación de un régimen social proletario anti burgués. Estos últimos que siempre han sido nuestros enemigos de clase, han explotado al pueblo y ha llegado su hora en la que pagarán todo. Las tierras, las fábricas y todos los bienes, desde ahora en adelante, han de pasar al poder de nosotros... Compañeros, todos tenemos que tomar las armas y participar en la revolución. Los traidores serán arrojados al Biobío.

Se produjo un griterío de entusiasmo:

—"Viva la revolución social"

—"Viva el cantarada Leiva".

—"Viva".

Muchos de los presentes no estaban al tanto de las consignas ni de los hechos que debían enfrentar. Rápidamente fueron empadronados y colocados en sus puestos. Los que sentían dudas, sabían que las aguas del río les esperaban si no hacían causa común con los revolucionarios.

En el acto fueron seleccionados los jefes. No hubo discusión en lo respecto al comandante. Todos estaban de acuerdo de que debía ser Leiva. Sin embargo, para los de menos categoría, el debate se prolongó, hasta que el jefe supremo designó a los que estaban en disputa.

Se ordenaron guardias para evitar desertiones. Así terminó ese día 26 de junio.

De amanecida, al día siguiente, dos grupos partieron para el norte y el tercero se dirigió a Ranquil, donde estaban ubicadas las pulperías de Juan Zolerzi y José Frau. Este pelotón era comandado por Leiva y sus ayudantes eran Filimón Sandoval, uno de los hermanos Lagos y Segundo Ortiz.

La columna contaba con treinta hombres.

A las 8 de la mañana, llegaron al negocio de Zolerzi

Del grupo se separaron cinco hombres, los que entraron a la pulpería. Pidiendo diversos objetos, regateando el precio. Al rato uno de ellos dijo:

—Deme un juego de herraduras número tres, don Juan.

Para sacar del anuario el pedido, el dueño tuvo que abandonar el mostrador y pasar delante de los supuestos clientes. Era el momento que ellos aprovecharon de lanzarse encima y golpearlo, arrastrándolo hacia el patio A

— Tilos gritos de la víctima, aparecieron en la puerta doña Luisa Seguel, esposa de Zolerzi, seguida de los dependientes Carlos Dermond. Luis Aburto y Blanca Orrego. La mujer intentó auxiliar a su marido pero los asaltantes las sujetaron firmemente, mientras Lagos y Ortiz se ensañaban con el hombre, que ya estaba muerto. Ella se libró de los que la retuvieron y, llorando a gritos, entró a sus habitaciones...

En ese momento, llegó corriendo, por un lado de la casa, Alfonso Zañártu, socio de Zolerzi, Venía de las pesebreras y no se

percataba de lo ocurrido. Leiva, al verlo, comenzaron a brillarle los ojos ya lo habían tomado los otros hombres, cuando el jefe gritó:

—"No lo maten", no lo maten"...

Zañártu miró estupefacto. No esperaba esa merced de quien lo había amenazado el día que se opusiera a él en el sindicato:

—Para que veas que no me anima ningún espíritu de venganza, te daré una oportunidad para salvarte dijo el comandante del grupo al pulpero.

Mientras tanto, los subalternos se hicieron cargo de los dependientes a quienes amarraron las manos y prepararon para llevarlos presos.

Leiva hizo formar un círculo con veinte hombres con un intervalo de un paso entre uno y otro; puso a Zañártu en el medio y le dijo.

—Si logras romper el cerco, quedarás en libertad. Y dirigiéndose a sus hombres, en tono amenazante, agregó: si logra salir, los que fallaron, irán al fondo del Bío-Bío.

Dio la orden y comenzó la troya humana. El hombre se agachó, metiendo la cabeza como proa; con sus robustas piernas se dio impulso, tratando de pasar...

"Zas" zas... zas... Los primeros garrotazos venían a un brazo y en la espalda, tirándolo al suelo. Sujetándose la extremidad, que parecía rota, se incorporó, acometiendo contra otro punto del redondel. Allí fue recibido con el filo de un machete y la punta de un estoque que le mordió un costado.

Los alaridos del pulpero, se entret Tejían con los llantos de las mujeres que se hallaban en el interior de la casa. La nieve del círculo flagelador, estaba salpicada de sangre. El castigado ya no tenía fuerzas para levantarse. Sin embargo, gateando seguía en su tentativa de romper el cerco Se iba al suelo, momentos que sus verdugos aprovechaban para golpearlo más y más. Lo patearon en las quijadas, tirándolo de espalda. El cuerpo, desde en su mayor

parte, estaba poseído por convulsiones violentas. Los que formaban el círculo, gritaban y saltaban en derredor, apurando la agonía con nuevos golpes de garrotes y puñal. Cuando ya estaba dando los últimos estertores, Leiva ordenó:

—Capen a esa mierda:

Uno de los hermanos Lagos sacó un cuchillo y procedió a descuartizar a Zolerzi, mientras Pilimón Sandoval hizo otro tanto con el cuerpo de Zañártu. La orden fue cumplida con los dos socios de la pulpería.

Se ordenó a los empleados Deramond y Aburto que llevaran los cadáveres de sus patrones al Bío Bío. Para ello se los libró de las amarras.

Los mozos intentaron colocar los cuerpos sobre los caballos; pero Leiva ordenó que fueran arrastrados por las cabalgaduras. Toda la trayectoria fueron vigilados. Los mil quinientos metros eran tierras claramente visibles, Aburto, cuando tiró su cadáver, exclamó con furia:

—"Bío Bío sangriento!

Los habitantes de la mansión, hombres y mujeres, tuvieron que atender a los revolucionarios, como se llamaron ellos mismos. Los jefes se sentaron en el comedor y pidieron los licores más finos que hubo en la casa. Los demás, consumieron vino y chicha de manzana

Uno de los hombres de Leiva, encontró una vitrola y puso un disco con música de moda. La viuda de Zolerzi, escuchando el vals, corrió de la cocina al comedor, empujó violentamente al que había dado cuerda a la vitrola, tomó el disco y lo tiró lejos, destrozándolo en mil pedazos.

El hombre tomó a la mujer del pelo y sacando de la cintura un cuchillo, se puso en pose de ataque. Lagos, al verlo, dijo:

—Mucho cuidado con las mujeres. Ellas no deben ser tocadas, agregando en voz baja por lo menos hay que respetar su luto.

La pulpería fue saqueada, Treinta y cinco mil pesos en mercaderías y dieciocho mil en dinero efectivo, fue el botín. Desaparecieron dos botellas de oro en pepitas y en polvo. Estas botellas no fueron a parar a las arcas de la revolución, sino al escondite de uno de los subalternos de Leiva. Una carabina y dos revólveres con sus respectivas municiones, fueron a engrosar el arsenal de los rebeldes.

La pulpería quedó como cuartel general de la revolución.

Al mismo tiempo que se mataba a los socios de la pulpería de Zolerzi y Zañártu, otro grupo de Leiva llegaba a la casa de Pedro Acuña empleado de la pulpería de José Frau, quien se encontraba en Lonquimay. José Nieves Alegría, jefe del grupo, golpeó en la puerta. La voz de una mujer preguntó quién era.

—Alegría, señora.

— ¿Qué precisa?

—Vengo con unos compañeros y queremos vender un poco de oro al patrón.

—Esperen un poco. Iré a decirle.

Se sentían los pasos de Zuecos alejarse de la puerta. Adentro, Acuña, al recibir la noticia, no terminó de lavarse y salió a medio vestir y levantó la tranca...

Ocho robustos brazos lo aprisionaron en el acto. El sólo atinó a gritar:

—El revólver... el revólver...

Su mujer corrió hacia la puerta y cuando vio lo que sucedía, se apresuró a entrar de nuevo en busca del arma... Sin embargo, le costó mucho encontrarlo, revolviendo todos los cajones; hasta que finalmente se acordó que estaba en el velador. Lo sacó y salió con él en las manos Parecía no saber o no poder disparar; Nieves, que se

hallaba cerca de ella, le arrebató el arma y con el mismo revólver le disparó a quemarropa a la cabeza de Acuña. El cuerpo, como un muñeco de trapo, se relajó instantáneamente

Con la facilidad más espantosa entró en tinieblas. El cadáver fue llevado al río y el negocio fue desvalijado totalmente.

En armas, cual tigres enfurecidos
en aquel avance vil
por Tapia son dirigidos
los hombres que son como mil
por los que estaban ahí amotinados
tres hombres en Ranquil
horriblemente fueron asesinados.

A la luz de los lamparines, los policías vieron al lanchero, cantaba visiblemente emocionado, y sus ojos soltaban gruesas lágrimas sobre la guitarra.

CAPITULO XII

El mismo 27, en la mañana, el sargento Carlos Guerra se hallaba en el pasillo exterior de la tenencia de Lonquimay. Maquinalmente extrajo su reloj del bolsillo y miró la esfera: faltaban pocos minutos para la ocho y media Comunicó al hombre de guardia que iba a tomar desayuno.

Se envolvió la cara con la gruesa bufanda y emprendió el difícil camino sobre la nieve que todo lo cubría. Cada paso implicaba meter los pies hasta la pantorrilla. Maldecía la hora en que hubo tomado la pensión tan lejos de su Unidad.

Llegó con jadeo a la «asa de Ramón Marchant; mientras tomaba su colación, la dueña de casa entregó al visitante un panfleto

que su dependiente encontró la noche anterior debajo del umbral de la puerta.

El Carabinero lo leyó y relejó otra vez... Enseguida se apresuró en terminar el desayuno y corrió al cuartel, presentándose inmediatamente ante el Teniente Cabrera:

—Buenos días mi teniente. Permiso para hablar con Ud.

—Diga no más Sargento, ¿Qué se le ofrece?

—Este volante me lo entregaron donde estoy arranchado. Seguro que andan más por el pueblo.

El jefe del cuartel, tomó la hoja, la leyó y al momento dio orden de que una pareja saliera del pueblo para averiguar detalles del asunto.

En la tenencia nadie hizo nada en las horas siguientes. Todos estaban inquietos. Cuando volvieron los de la patrulla, el Teniente recibió las hojas de mano del Cabo Reyes. El contenido era parecido al que traía el Sargento. Se injuriaba al Presidente de la República y se llamaba, en distintos tonos, a la subversión.

El oficial mandó averiguar más detalles y llegó a saber que los panfletos los repartió Manuel Araneda, y que enseguida se marchó a Ranquil. Ordenó entonces, que el Cabo Reyes y el Carabinero Maldonado salieran en misión de ubicar a Araneda y traerlo detenido.

El Cabo José Reyes Lira, era delgado, alto y servía en la Aduana; pero en el invierno no hay nada que hacer allí, se integró a la tenencia de Lonquimay. Casado con cuatro hijos.

El Carabinero Luís Maldonado Silva era soltero y tenía 26 años.

Los hombres ensillaron sus caballos y partieron...

Entre tanto en Ranquil, los acontecimientos se iban precipitando con premura. Mariano corría desesperado, cuando fue sorprendido por una patrulla de cuatro hombres de Leiva. Como sus explicaciones no satisfacían a los rebeldes, lo condujeron al cuartel

general en la pulpería de Zolerzi. En Troyo, uno de los presentes reconoció al mozo de los Carabineros de Guayalí. Fue encerrado en un cuarto destinado para calabozo.

A la misma hora, un grupo de jinetes se presentó en casa del profesor Llanos, quien salió a la puerta a recibirlos. A su encuentro salió a relucir el cañón de una vieja escopeta y la voz del portador de ella ordenó.

—Manos arriba, señor Llanos.

El maestro creyó, al principio, que era una broma de mal gusto. Pero la voz volvió a bramar:

—Manos arriba o se me puede escapar un tiro

Ahora la broma ya no parecía tal. El hombre levantó las extremidades hacía el cielo. Dos hombres lo sujetaron y a empujones lo llevaron al patio. La dueña de casa, al salir, se extrañaba del trato que los hombres daban a su pensionista. Uno de los armados, preguntó:

— ¿Dónde está don Herminio, señora?

—No, lo diga, señora gritó desesperado Llanos.

Fue lo único que pudo decir. El que se hallaba más cerca de él lo derribó de un puñetazo en la mandíbula.

—Reciencito fue en busca de unos gansos, don —dijo la mujer, asustada.

A la señal del que hacía de jefe, cuatro hombres descendieron por una pequeña loma, regresando, al poco rato, con Herminio Campos, quien caminaba de malas ganas. Lo llevaron junto a Llanos y partieron los dos al camino. Los prisioneros tuvieron que andar a pié, mientras los del grupo hablaron a la señora de la casa:

—Cuidado con alejarse de aquí. No iría muy lejos.

Apenas habían cabalgado quinientos metros, tino del grupo dijo al portador de la carabina:

—Mire jefe las botitas re buenas que lleva don Campos parecen del número mío...

Desde ahora, don Herminio tuvo que caminar descalzo sobre la nieve, mientras que el que se quedó con las botas del profesor, le entregó sus chalas de cuero de vacuno.

Uno de los revolucionarios dijo, con burla:

—Así caminábamos nosotros los pobres. Aprendan, por que los explotados seremos ahora los ricos... Una tremenda carcajada estalló y se perdió en el frío cañadón.

Así llegaron a Troyo.

CAPITULO XIII

Pedro Fuentes, segundo comandante de uno de los grupos rebeldes, tenía orden de asaltar el cuartel de Carabineros de Guayalí y matar a los tres hombres que había allí. Como en ese Retén no se conocía aún el movimiento subversivo, las puertas de la Unidad estaban abiertas de par en par, cuando dos civiles entraron a mediodía. El funcionario de guardia los atendió cortésmente cuando apareció el jefe.

—Ya es patilla, mi Cabo, se dirigieron inmediatamente al recién llegado: Los cuatreros nos tienen de caseros, agregó una de ellos. En el año me han robado tres vacas y según parece añadió con misterio. Anoche pasó un arreo de animales desde Argentina, al que agregaron lo nuestro.

— ¿Cómo iban a pasar con este tiempo?; Si la nieve esta a veinte centímetros del suelo —dijo el guardia.

—Usted sabe que para los cuatreros no hay tiempo malo —contestó el hombre.

—También es cierto dijo el Cabo.

Los visitantes ofrecieron una recompensa, si se encontraban sus animales. El jefe del Retén rechazó indignado la proposición, diciendo:

—Está prohibido recibir compensaciones por nuestra labor. Sin embargo, no por eso dejaremos de cumplir con el deber de ocuparnos de vuestros problemas.

Los visitantes se retiraron, mientras el cabo Bascuñán ordenó al carabinero Montoya prepararse para salir. La experiencia le indicaba que el aire olía a tormenta. Deja las últimas instrucciones a San Martín y partió en compañía de su otro subalterno.

Los jinetes llevaban sus carabinas Máuser de cargo, con veinticinco tiros cada uno y en un costado de sus cabalga duras, colgaban los antiguos sables alemanes. Las bestias avanzaban con dificultad sobre la nieve, aplastada en parte. Los matorrales se erguían desde el manto blanco de cada paso. Parecía como si no avanzaran. Aún faltaba una hora para llegar a Nitrito y ya la noche se insinuaba con sus sombras.

El Cabo, como si pensara en voz alta, dijo:

—Ahora nos hace falta Mariano.

Montoya, que venía un poco atrás, apuró a su animal para ponerse al lado de su jefe. Como el viento comenzaba a arreciar, gritó para que lo oyera Bascuñán:

— ¿Me hablaba mi Cabo?

—No, venía pensando en nuestro mozo que nunca se ausenta por tanto tiempo...

—Eso mismo estábamos comentando con San Martín en la mañana.

—Y con lo bueno que es para huellas, nos habría servido mucho.

Después de seguir un trecho largo, el Carabinero dijo:

—Tengo una sospecha, mi Cabo.

—No será la misma que tengo yo: que el reclamante se ha comido los animales y los da por perdidos o robados para que el socio no los cobre.

—La misma, mi Cabo. Además no hemos divisado ninguna huella de arreo.

—Llegaremos a Nitrito y de allí nos volveremos.

Quedaba el último recodo por doblar y llegarían al caserío. Los caballos caminaban ahora cabeceando como si estuvieran inquietos. Parecían oler el peligro...

De pronto, tres sombras cayeron sobre los jinetes y otros hombres sujetaron a las bestias. Los primeros, con el fin de echar al suelo a los Carabineros, tiraron fuertemente de sus mantas. En fracción de segundos, los dos uniformados habían caído al suelo sin poder zafarse de los mosquetones para utilizar las carabinas. El Cabo se repelaba, en sus pensamientos, por no haber llevado revólver, cuando recibió un fuerte golpe en el hombro. Perdió por unos segundos el conocimiento, pese a lo cual los asaltantes seguían pegándole e insultando al organismo policial. Pronto los dos Carabineros eran cadáveres destrozados a punta de cuchillos y palos. Las armas se repartieron entre ellos y los cuerpos fueron conducidos a Nitrito, donde se había establecido un cuartel de rebeldía.

La fiesta que se había iniciado horas antes, aumentó de brillo, cuando los demás supieron que los Carabineros de Guayalí estaban muertos. Grandes presas de carne de vacuno se estaban asando, mientras los hombres bebían vino y chicha.

La Emelina, con algunos grados de alcohol en la cabeza, después que dejó de cantar, se acercó a una mesa donde había un gran cuchillo y dijo:

—Yo les voy a enseñar a los hombres, como se porta una hembra en estos casos.

Con paso lento y calculado, recorrió el corto trayecto que la separaba de los cadáveres de los policías y cual diestra matarife, faenó el cuerpo del Cabo, abriéndolo en dos; y dentro de la cavidad torácica le puso un palo.

A Montoya también lo descuartizaron, dejándolo a la izquierda del que en vida fuera su jefe, en una posición tan grotesca, que al verlo producía risa. La mujer mientras ejecutaba su bárbara tarea, se movía rítmicamente, al compás de las llamas de la hoguera central; y su sombra se perdía entre los árboles cercanos. Tres de los presentes se le acercaron; uno portaba un paño, el otro un vaso de vino y el último, una guitarra. Después que ella se limpió las manos, se tomó el trago al seco y con la guitarra ejecutó una alegre cueca. Algunos de sus compañeros, bailaban; otros la avivaban y uno de sus hermanos tamborillaba la caja del instrumento. Más tarde, la Uribe mandó a Abraham Peña, diciéndole:

—Compañero; usted tiene la misión de hacer desaparecer los uniformes de los pacos...

Otros dicen, bandoleros, bandoleros
En Retén de Guayalí
a sus dos Carabineros
También mataron ahí
otros llevan prisionero
Es Bernardo San Martín.

CAPITULO XIV

El 27 de Junio en la mañana, Enrique Farenskrog, muchachon alto y fornido de 18 años, quien tenía a su cargo pulpería de Caracoles del señor Ackerman, rellenaba los anaqueles con mercadería, como de costumbre.

A mediodía, entraron al negocio, Luis Segura, poblador del lugar y antiguo socio de Enrique en la siembra de trigo, acompañado de ocho hombres. Todos estaban emponchados. Al dependiente le causó sorpresa la indumentaria. No era tanto el frío, como para usar

esas prendas. Presintiendo algo anormal, se acercó disimuladamente hasta Segura y sorprendentemente le levantó la negra manta. Bajo la gruesa tela pudo ver un largón cañón negro. La culata se perdía debajo de la axila.

Hizo lo mismo con el resto de los presentes. Todos andaban armados. Como le vieran la cara de estupefacción y adivinando que les iría a preguntar algo sobre las armas, Segura se anticipó.

—Queremos munición, vamos de caza.

—Siento no poderles atender, pero no nos queda, —respondió el muchacho.

Silenciosamente se retiraron. El encargado tuvo una corazonada y llamando a unos de los peones, le dijo:

—Vas a ir donde el patrón y le dices que mande armamento y municiones; y si es posible que también venga más gente.

—Si patroncito...

El peón mandado, al alejarse dijo a sus compañeros:

—Está más tonto voy a ir pá que después me maten.

El resto estuvo de acuerdo.

Dos horas más tarde, llegó corriendo a la pulpería la esposa de Balduino Cid, cuya casa estaba a más o menos quinientos metros de allí. Entre lágrimas y gritos histéricos, la mujer no supo explicarse de lo que estaba ocurriendo en su domicilio. Sólo repetía una y otra vez.

—Don Enriquito; a mi viejo lo tienen amarrado en la casa. ¿Por qué no alcanza hasta allá?

Farenskrog trató de calmar a la mujer, diciéndole que pronto iría. Al dirigirse al interior, se encontró con el peón que había mandado a la otra pulpería de Rahue:

— ¿Ya llegaste, hombre?

—No, patrón fue Mañungo por mí, él tenía que hacer algo por esos lados.

Pero si hubiera ido hasta el cuadro de las ovejas, habría descubierto que lo estaban engañando; porque Mañungo se encontraba escondido ahí.

**
*

Frente a la choza que hacía las veces de calabozo, de centinela se encontraba un indígena de la Reducción Ralco, con la orden, de disparar a matar al que intentara fugarse.

Mariano, a través de la desvencijada puerta, lo convenció para que lo dejara escapar; ocasión que se presentó cuando la gente se preparaba para almorzar. El único lugar que no tenía vigilancia, era la ribera del Bío-Bío y fue la que ocupó el mozo para evadirse, efectuando un gran rodeo al lugar, antes de tomar un atajo a Lonquimay.

**
*

Era costumbre en Enrique terminar a las 17 horas; y recordando lo que le había pedido la mujer de su vecino, encaminó sus pasos a la morada de Cid. Mientras recorría el trecho que separaba las dos casas, pensaba que se podía tratar de una de las tantas borracheras del hombre.

Se oían voces en la cocina-fogón. Al trasponer el primer pié dentro de la casucha, violentamente fue empujado desde atrás. Cuando logró reponerse, se encontraba en el centro, rodeado por varios hombres de sospechosa catadura.

Cid se encontraba amarrado en un rincón. En el fuego arrastrado habían unas ollas hirviendo y dos mujeres se preocupaban

de ellas. Luis Segura y Cáster se hallaban frente a Enrique. El primero se dirigió al recién llegado.

—Así quería tenerte, gringo de mierda; y uniendo la acción a la palabra, levantó su grueso talero y lo descargó sobre un costado del muchacho. Enrique cayó, cuan largo era, sobre su lado derecho. Uno de los presentes se le fue encima; sabían que el prisionero no se despegaba, en ningún momento, de su pistola. De un tirón, le arrancaron la cartuchera del cinturón. Perdió el conocimiento. Un pinchazo a la altura del corazón, lo hizo reaccionar; levemente entreabrió los párpados. Arrodillado a su lado se hallaba Segura, en cuya mano había un afilado cuchillo, con el que le clavaba el pecho.

En esos momentos agradeció mentalmente la intuición, que tuvo para cambiar la pistola desde la cartuchera a su bolsillo derecho del pantalón. Dio un quejido de dolor y se carga más al costado del arma, cuando logró arañar la empuñadura, con su mano izquierda empujó a Segura, quien fue a caer en medio del fuego.

Los demás se apresuraron en sacar de las llamas a su compañero, circunstancia que aprovechó el gringo para arrinconarse y amenazarlos con su pistola.

— ¿Qué hacen que no lo carnean? —gritó Cáster.

Antes que se moviera alguno, Farenskrog con voz de trueno, bramó:

—Al primero que lo intente, lo mato... Tengo siete tiros en la pistola y...

No logró terminar la frase cuando la mujer que estaba más cerca de él se le colgó del brazo que tenía el arma; pero la juventud y corpulencia del muchachón pudo más.

Aunque la pistola variaba algunos centímetros siempre los estaba apuntando.

—Suéltame vieja bruja, —gritó encolerizado, —o se me saldrá un tiro.

Cárter que parecía ser el jefe, al ver que la amenaza era real, ordenó a la mujer que se apartara, diciendo:

— ¡Creí que estaba entre hombres; pero me he equivocado. Son una trácala de maricones!

—Farenskrog tenía que tratar su libertad antes que tuviera que usar su arma, porque sólo disparaba un tiro y después se atascaba; pero, mientras no la empleara, no se darían cuenta de ello.

—Lo único que deseo, si tengo que morir, es hacerlo en mi casa...

—Sí, pero antes de partir tienes que entregar el arma y las balas; después te iremos a dejar, respondió Cárter

Enrique sabiendo que si entregaba algo, era hombre muerto, dijo:

—Las balas se las entregaré en mi casa, y si me acompañan, iré atrás...

— ¿Y si no aceptamos tu condición?

Como respuesta, tiró el martillo de la pistola pulgar, agregando a viva voz:

—Adelantaré un poco la hora de mi muerte; pero algunos de ustedes me tendrán que acompañar al infierno.

Antes de salir tuvieron que dejar las armas en la casucha; una vez que se adelantaron unos treinta metros, los siguió. Al llegar a la pulpería; cumplió con lo prometido, entregándoles la munición.

Una andanada de exabruptos fueron el preludio da partida de los otros:

— ¡Volveremos!

**

*

Esa mañana, mientras los policías se acercaban al sitio de los sucesos el Cabo preguntó a su acompañante:

— ¿Por dónde nos vamos a ir a Ranquil?

—Por donde usted ordene, mi Cabo, respondió el Carabinero Maldonado.

—Por la costa del río es más derecho, dijo Reyes.

—Pero es más accidentado el camino, insinuó el subalterno.

—Sigamos por el alto, entonces.

Caminaron el resto de la mañana y toda la tarde al paso de sus cabalgaduras. En la nieve rastreaban las posibles huellas de Araneda; pero instintivamente eludía las casas habitadas. Cerca de las veinte horas, regresaron por el mismo camino. Al divisar la balsa de Caracoles, vieron cerca de ella a hombres. Los policías se miraron comprendiendo que algo anormal pasaba allí. La claridad de la luna reflejada sobre la nieve, les permitió ver nítidamente que todos andaban provistos con diferentes armas.

Los del grupo, también habían visto a los uniformados descender por la loma. Al darse cuenta de ello, los Carabineros volvieron grupa y lanzaron sus caballos a la carrera, a la casa más cercana.

Los otros al parecer, se paralogizaron momentáneamente. Los cabecillas temieron acaso que sus fuerzas se desbandaran por el temor de que se tratara de muchos Carabineros; pero ellos estaban completamente seguros que las únicas fuerzas policiales que había en el sector, eran los del Retén de Guayalí; y esos ya no existían...

Pasaron varios minutos antes de ponerse de acuerdo en quienes irían en la búsqueda de los policías, otro tiempo tomó en ensillar las bestias, lo que fue aprovechado por los uniformados para llegar al domicilio de Salas. La dueña de casa, al sentir el galope de los caballos y el ladrido de los perros, miró por entre los visillos de la ventana. Al ver a los Carabineros salió de inmediato:

— ¿Qué andan haciendo por aquí, los señores?

El Cabo le dijo lo que habían presenciado en la balsa y que no habían seguido, por no saber de qué se trataba.

—Muy buena medida, señor. Aquí la poblada anda alzada. Hace poco, mataron a mi marido, a los Carabineros de Guayalí, al señor Zolerzi, al bolichero Acuña y a Herminio Campos Pedraza...

Mientras la señora los informaba de los acontecimientos, desensillaron los animales metieron las monturas entre el pasto seco que había en un galpón. Después hicieron un hueco y se introdujeron ellos mismos, siendo totalmente cubiertos con la hierba por la señora y sus hijas. Los caballos fueron soltados por el potrero, esperando que, de un momento a otro se hicieran presente los de la balsa.

Entre la paja y a media voz, el Cabo preguntó:

-¿Tienes miedo, Maldonado?

-El miedo es cosa viva, mi Cabo.

Un tropel de caballos se detuvo frente a la casa.

La pobre mujer abrió la puerta antes que se la echaran abajo. El que parecía jefe, con tono altanero y burlesco, bramó:

-¿Ha visto dos pacos por aquí señora?

-No, no...

Tartamudeo la dueña de casa.

-Para alcahuete tienes precio, vieja desgraciá. Nada raro que estén fondeados aquí mismo. Y dirigiéndose al resto de sus hombres, agregó:

-Busquen bien, muchachos.

La mujer tiritaba de miedo, porque sabía lo que le esperaba si llegaban a encontrar a los escondidos, se desparramaron por las diferentes dependencias de la casa. Unos llegaron hasta el potrero;

pero los animales no se encontraban a la vista. Cerca de una hora, permanecieron en la casa, mientras otros se dedicaban a buscar por los senderos vecinos.

Antes de retirarse, el cabecilla, gritó:

-Fue una suerte para ti vieja de mierda que los pacos no estuvieran aquí si no, le habríamos dado muerte a todas ustedes y con mayor razón a los verdes. Porque esos están de parte de los latifundistas y de los capitalistas, por lo tanto son traidores a los de su clase y a nuestra causa.

Recién a las diez de la noche los Carabineros, se atrevieron a salir de su escondite. Antes de despedirse la viuda les dijo:

-De ustedes depende que se salven muchas vidas, o estaremos todos perdidos.

-Tenga la completa seguridad que trataremos de llegar a Lonquimay, aunque en ello se nos vaya la vida, señora —dijo el Cabo, al mismo tiempo que miraba sombríamente a su compañero.

Ensillaron sus cansados caballos. No sabían que tomar. Todas las salidas tendrían que estar bloqueadas. Lo más cercano era la pulpería de Caracoles; pero a esa hora en manos de los alzados.

**

*

En el negocio, Enrique se encontró con la negativa de parte de los peones en defender la pulpería. Ellos sabían que el movimiento era en contra de los patrones, contra los que contaban con algún capital para defender su independencia económica y los

que no estuvieran de acuerdo con sus ideas políticas. Todos ellos serían pasados por las armas y tirados al Bío-Bío.

El muchacho, a cada rato, se asomaba por las ventanas temiendo que llegaran a asaltarlo. En una de las rondas que pasó por el fondo de la casa, vio a dos figuras que avanzaban con toda clase de precauciones por el potrero interior. Encomendando su alma, a Dios sacó la pistola y esperó que se acercaran un poco más para no fallar el primer y único tiro efectivo. Sólo faltaban cincuenta metros para que las sombras llegaran a las casas. Se preparó para disparar. El techo de nubes, que en esos momentos cubría la luna se descorrió. Su corazón sufrió un vuelco; las sombras se habían transformado en uniformados. Su mente trabajó febrilmente; podían ser “revoltosos” disfrazados con los uniformes de los policías asesinados.

A los pocos metros, reconoció a Reyes y a Maldonado. Sin vacilar un segundo salió a recibirlos.

-¿Están enterados de lo que está pasando?

A lo que el Cabo respondió con otra pregunta:

-¿Por qué cree que hicimos un forado en el cerco del alto?

Los representantes del orden, después que se retiraron de la casa de la viuda optaron por la única posibilidad, entrar en los terrenos de la pulpería rompiendo el cerco trasero.

Mientras tomaban café en la cocina, Farenskrog contó la traición de sus empleados. Incluso, no podía huir porque no había ningún caballar en la hacienda. Seguro que uno de los peones se los habría llevado lejos.

-¿No tiene un bote? Preguntó Reyes.

-Sí; pero de nada nos servirá; el bote está casi al lado de la balsa y esa se encuentra en manos de los criminales. Al pasar nos meteríamos a la boca del lobo y nos matarían como ratas, en el río.

Afuera se sintieron relinchos. Los policías echaron mano a sus carabinas, uno de los mozos entró corriendo a la pieza.

-Patrón; es su caballo que volvió.

Radiante de felicidad, el gringo dijo:

-Ahora tendré que acompañarlos.

-Conforme; pero en la retirada puede caer cualquiera de nosotros y quien caiga no podrá esperar ayuda del resto... A Lonquimay debe llegar por lo menos uno de nosotros.

-A su orden, mi Cabo –Respondió Maldonado.

El dependiente de la pulpería agregó:

-A su orden, señor Reyes.

Para Enrique, el problema era el hijo de su patrón; si lo llevaba, sería un estorbo; si lo dejaba, podrían asesinarlo. Consultó a uno de los policías, quien respondió:

Preferible que lo dejemos; no creo que sean capaces de matar a los niños.

-Esos bandidos son capaces de eso y de mucho más. De todas maneras, tendremos que dejarlo... Pero, don Bruno no me perdonará nunca si le llegara a pasar algo a Bernardo.

Antes de partir, sacó al menor de su dormitorio y lo llevó a una de las miserables y destastadas ranchas que servía de vivienda a

uno de los ovejeros, que vivía allí con su familia. El pequeño se había opuesto tenazmente a dejar su confortable lecho. Sin embargo de nada valieron las protestas del menor. Quedó en el maloliente camastro con los tres hijos del matrimonio llorando.

Por la orilla del río se fueron pasando a un centenar de metros del lugar donde estaban custodiando la balsa. La nieve amortiguaba los pasos de los caballos. Se habían alejado unos dos mil metros, cuando el que iba en la punta ordenó hacer alto. A poca distancia, se ocultaba un bulto.

En contados segundos, rodearon el lugar y con las armas prestas a disparar, el Cabo ordenó a media voz:

-¡Manos arriba! o disparamos.

Dos brazos emergieron lentamente de entre los arbustos. A continuación, se dejó ver la cabeza. Los policías al distinguir las facciones se asombraron.

-¡Tú!... ¿Qué haces aquí?

-Escapar, señor

El fugitivo o era otro que Mariano. A duras penas había logrado llegar a Caracoles, impidiéndole la fuerte corriente cruzar el río. Rápidamente les relató lo que le había tocado vivir.

Acordaron cruzar ahí mismo el Bío-Bío. No seguirían hasta la pulpería de Bruno Ackerman en Rahue, porque seguramente también estaba sitiada; pero no tomada porque los de allí, estaban bien apertrechados con armas y municiones.

El problema radicaba en el cruzar. No sabían si los animales eran de anca; porque si no, era peligroso, aumentaba la peligrosidad, la crecida del río y lo avanzado de la hora.

Farenskrog dijo que lo más seguro, era que el muchacho atravesara el río a nado. El mismo pasaría primero y le dejaría la punta del lazo. Después se encargaría de arrastrarlo con su cabalgadura. La idea gustó a todos; incluso al nadador en ciernes.

Mariano quedó en paños menores, protegiéndose sólo con la manta del Carabinero. El “gringo” le llevó la ropa. A los pocos minutos, se escucharon tres graznidos desde la rivera opuesta; era la señal para que cruzara. Sin contratiempo, llegó al otro lado. El frío lo dejó tieso.

-Todo sea por la vida, barbotó Mariano.

Lo hicieron beber casi un cuarto litro de aguardiente y después que se puso la ropa, trotó los primeros mil metros. Transpirando subió al anca de uno de los animales turnándose cada cierto tiempo, para no cansarlo.

CAPITULO XV

Las estrellas titilaban ya en el firmamento. El poco comercio de Curacautín, estaba cerrando sus puertas. Furtivas figuras entraban en esa vieja casucha que estaba a ocho cuadras del centro del villorrio. Un letrero, malamente, se distinguía en el frontis del edificio, donde se leía: IMPRENTA “EL COMERCIO”.

De esa misma imprenta habían salido los volantes que incitaban a la revuelta y que fueron repartidos en Victoria, Curacautín y Lonquimay.

En el interior, en una pieza, alrededor de una gran mesa, había varias personas reunidas. Uno de los hombres se incorporó y dijo:

-De acuerdo a las bases, el movimiento revolucionario se hará en todo el país a contar de la hora cero de esta noche; por lo tanto, nuestra Célula no puede fallar.

-Sí camarada; sí camarada Vergara, respondieron varios.

Uno de los que no habían pronunciado, aseveró con tono fatalista:

-Pero no tenemos armas, compañero Vergara.

El aludido explotó, encolerizado:

-Camarada Fuentes; sabe usted muy bien que el movimiento es a nivel nacional, las pocas armas que logró reunir el partido, las dejó en los centros más poblados, donde los obreros tienen que tomarse las industrias, las fuentes de trabajo en general para paralizar el país; oponerse a los milicos y a los pacos... Y cuando tengamos el poder en nuestras manos, destruiremos los poderes del Estado, la economía, las instituciones y las reconstruiremos a nuestra manera. Ahí tendremos una organización que será fiscal. Por lo demás, todo pertenecerá al Gobierno. Pues bien, esa organización se encargará de distribuir las armas y las municiones correspondientes para afianzar la revolución, siempre y cuando, queden cuadros regulares del ejército o de cualquier otro tipo de zánganos uniformados. Estos serán eliminados y reemplazados por las milicias populares... Con respecto a las armas, camarada Fuentes, ¿Cree acaso que los campesinos de Ranquil, o los mineros de Tallón, o los obreros del Túnel las Raíces, las tienen...? No, camarada; las tenemos

que conseguir, como las tienen que conseguir esos campesinos, esos mineros y esos obreros.

Como viera dibujado en el rostro del interlocutor la incredulidad, agregó.

-En las reuniones anteriores tratamos ese tema. Para su conocimiento, camarada, asaltaremos las casas, los fundos, el comercio, los cuarteles, y los que se opongan... Serán pasados por las armas.

Después siguió el debate sobre el orden que debía seguirse en las "tomas"; qué industrias, qué campo o cuál comercio. No hubo acuerdo al respecto ni sobre la hora... Alguien de las últimas filas, golpeó insistentemente una plataforma con sus puños, pidiendo la palabra.

Finalmente se la otorgaron:

-Con las armas que tenemos, que no pasan de dos o tres revólveres, no podemos asaltar el cuartel, donde hay buen armamento y personal profesional en el uso. Primero hay que hacerlo en las casas donde nos conste que efectivamente las tienen. Después que se reúna una cantidad suficiente, podemos intentar llegar hasta la Tenencia, con respecto a la hora, la más indicada es a las tres o cuatro de la madrugada, cuando la mayoría del personal se encuentra en sus domicilios y la guardia escasa.

-Para reducirlos, hay que entrar al cuartel. Interrumpió uno de los Jefes.

-Efectivamente, camarada Rivera; justamente iba a llegar a eso. Dos o tres de nosotros, se presentan en la unidad policial, alegando un reclamo y como no esperan asalto alguno, tendrán

confianza. Oportunidad que sabremos aprovechar, despachándolos. Hizo un ademán con la mano derecha sobre su cuello.

El plan fue aprobado por unanimidad.

Cerca de las dos de la madrugada, algunos hombres abandonaron la reunión perdiéndose en la oscuridad noche. Iban a cumplir una misión.

En la esquina de las calles Calama con O'Higgins, se encontraba la tienda más grande del pueblo. Tenía abundante munición y pólvora para la venta. También contaba con dinamita que vendía a los pequeños mineros para la explotación de sus vetas de oro.

El almacén era de propiedad de Carlos Charon, que, por asuntos de negocio, se encontraba en la capital, lo que no cuadraba con los planes de los que iban a apoderarse de la mercadería, ya que, junto a la "Toma" de los productos, deberían eliminar al dueño.

En el domicilio sólo se encontraba la anciana Catalina Hennequin y su nieta Marne Hidalgos, de 14 años, quienes dormían plácidamente en uno de los dormitorios inmediatos a la puerta de calle.

Cerca de las dos y media, se sintieron fuertes golpes en los gruesos maderos de la puerta de entrada. La mujer se puso un abrigo sobre su camisa de dormir y se encaminaba para abrir, pensando que se podía tratar del yerno que regresaba.

La nieta era generalmente de sueño pesado; pero cuando la abuela iba a sacar la última tranca, sintió los desnudos pies de la muchacha. Se dio vuelta y vio un rostro desfigurado por el espanto.

-¡¡No abuelita no abra...! ¡No abra...!

Con su frágil cuerpo la muchachita afirmó los maderos, que desde afuera estaban violentando ya con impaciencia. Al percatarse de esto, la anciana afianzó rápidamente la tranca, la que había desprendido de un lado. Se sintieron una serie de improperios y a los pocos segundos una lluvia de piedras cayó sobre la casa, rompiendo todos los vidrios. Era una de las pocas casas de concreto armado en el pueblo y todos los ventanales estaban protegidos por barrotes de fierro, siendo los gruesos maderos de las puertas suficiente prueba contra balas.

Hubieran seguido castigando esa fortaleza, a no ser que a lo lejos se sintieron los cascos herrados de cabalgaduras que avanzaban por la calle central. Una de las pocas donde no se formaba barriales. En esa fecha, los únicos que mantenían herrados sus caballares en esa localidad, eran los Carabineros.

Los hombres se perdieron, a la carrera, por las diferentes calles mientras en el interior de la casa quedaron dos mujeres aterradas, abrazadas entre sí. La señora portaba un gran revólver, que apenas lograba sostener por el tamaño del arma y su nerviosismo.

A los "revolucionarios", les había fallado el primer golpe y uno de los integrantes del grupo llegó hasta el domicilio de Vergara a comunicarle la mala noticia. Este como buen general, se encontraba a buen recaudo en su casa, mientras el grueso de sus compañeros peleaban por la causa que "emanciparían al proletariado".

Vergara en el acto ensilló un caballo que tenía en su patio y, al galope tendido, escapó a Lautaro. En las afueras del pueblo se lamentó en voz alta.

"Ya no seré Subdelegado de Curacautín".

CAPITULO XVI

A las tres de la tarde, llegaron los rebeldes hasta la pulpería de los socios asesinados en Ranquil. Ahora era Cuartel General. Conducían detenidos al profesor Llanos y a Herminio Campos, los que fueron presentados en el acto a Leiva. Este los saludó amablemente.

-Tanto gusto, camarada Llanos.

-El gusto ha sido para mí, señor Leiva.

-No me trate de señor, sino de camarada...

LA conversación terminó bruscamente. Se había descubierto la fuga de Mariano y paulatinamente el campamento fue adquiriendo mayor agitación.

Los recién llegados también fueron encerrados en el cuartucho que servía de calabozo, siendo doblada la vigilancia. A las veinte horas, hicieron salir a todos los detenidos, formándolos frente al cuartel. Fueron llamados uno a uno, por sus nombres. Catorce nombres se mencionaron y catorce veces se escuchó decir:

-¡Presente!

Uno de los jefes, amparado por la penumbra, acentuada por el frondoso ramaje de un viejo sauce, comunicó:

-Esta madrugada tomarán el camino largo.

Entre los rebeldes estaba el Zambo Aníbal, quien recordando la promesa que le hiciera a Llanos, manifestó a sus jefes:

-Imposible que le hagan eso a éste hombre— indicó al profesor, agregando. El viene a abrirles los ojos a nuestros hijos...

Dos dirigentes intercambiaron miradas de inteligencia. Algunos presentes alcanzaron a percibirlo a los reflejos de las llamas que escapaban de una fogata, donde muchos entibiaban sus entumecidos huesos. Durante un rato nadie se pronunció; por lo que Zambo pensó que habían tomado en consideración su pedido.

Leiva dio instrucciones a los que trasladarían los detenidos a Llanquén de madrugada. De nuevo éstos fueron empujados al cuartucho que les servía de celda, quedando a la espera para iniciar lo que sabían iba a ser marcha hacia la muerte.

A medianoche, llegó un jinete a toda carrera. Era un emisario desde la balsa Caracoles, para comunicar la noticia sobre los Carabineros vistos por allí. En forma urgente fueron citados los “comandantes” de los diferentes grupos. Leiva dio a conocer el plan de defensa en caso de una posible llegada de las fuerzas policiales.

-Necesitaremos más hombres para cubrir el puente de Ranquil.

-Podríamos echar mano a los prisioneros. Insinúo Florentino Pino.

A través del tabique, que separaba a los detenidos, se sintió un movimiento de pasos, luego la voz de Llanos:

-Aquí tiene un voluntario...

-¡No! Usted no, compañero, -bramó el jefe.

De los ocho que se ofrecieron, cinco fueron escogidos. Se los armó con machetes y garrotes, porque de acuerdo con el exiguo número de Carabineros que había en Lonquimay, se llegaría a la lucha cuerpo a cuerpo. Los restantes rehenes fueron llevados a

Troyo, a las cinco de la madrugada, custodiados por tres hombres a cargo de Pino.

**

*

A la misma hora de la salida de los prisioneros, en el sector del Retén de Guayalí, a unos cuantos metros del destacamento, Fuentes daba las últimas instrucciones.

La pareja tiene que haber sido ya apresada, sólo queda el paco que está de guardia, y a ese lo tenemos que sacar engañado. El único que lo puede hacer, es su compadre, dirigiéndose a su ayudante, consultó

-¿Meza se plegó al movimiento?

-Está que sí y que no, respondió Gregorio Vidal.

-Tome seis hombres y vaya a su casa; con el bien entendido, que lo traen por las buenas o por las malas.

El propio Vidal fue el encargado de cumplir la orden. En la casa de Meza, todo estaba oscuro y en silencio; pero los perros se encargaron de alarmar a los moradores. Uno de los visitantes nocturnos fue mordido en un tobillo. El herido reaccionó en el acto, dejando caer el garrote que portaba sobre el animal. El can fue prácticamente partido en dos.

Ante el aullido, el dueño de casa gritó:

-¿Quién anda por ahí?

-Vidal, camarada, lo venimos a buscar de parte de fuentes, para que nos haga un trabajito.

-¿Pero, a esta hora?

-Esta es la hora indicada...

-¿En qué consiste el trabajo?

-En que saque a su compadre del Retén.

-Eso no... Pídame cualquier cosa, pero eso no.

Afuera se escuchó un cuchicheo y posteriormente, alguien contaba:

-Un, dos, tres.

La puerta fue arrancada de cuajo. Meza se encontraba acostado con su mujer. Sin ningún miramiento, fue sacado de su lecho, mandándosele que se vistiera rápidamente. Mientras tanto Vidal decía:

-Mire camarada Meza, si usted no quiere cooperar tendrá que seguir el camino largo.

Las últimas palabras las recargó con énfasis.

La mujer terció en la conversación:

-Es preferible que lo haga, si no pagará las consecuencias.

Sí, camarada ¡bien dicho! Usted, lo único que tiene que hacer, es sacar a su compadre y después todo es cosa nuestra.

-Lo que les voy a pedir compañeros, es que no maten a mi compadre.

-Sí hombre, sí. Respondió Vidal, al mismo tiempo que le cerraba un ojo a Daniel Alegría.

Fuentes ordenó que fueran, en el acto, hasta el Cuartel allí frente a la puerta pusieron al compadre del policía y golpearon. A un costado, se encontraba un hombre con un cuchillo en las costillas de Meza.

Desde el interior, alguien preguntó.

-¿Quién es?

-Meza tuvo intenciones de dar la voz de alarma; pero sintió que la punta acerada del arma se le introducía en las carnes y como viera que su vida estaba en peligro, optó por decir:

-Soy yo, compadre; necesito hablarle urgentemente.

-¿De qué se trata, compadre? Mire que estoy acostado.

-Ábrame la puerta. Después se acuesta otra vez.

San Martín se dejó caer del catre y recorrió el corto trecho que separaba el dormitorio de la puerta de la guardia. Afuera los hombres se encontraban en tensión. El compadre deseaba que tuviera la ocurrencia de tomar algún arma.

Destrancando la puerta, dijo.

-Pasa com...

No le dieron tiempo a terminar. Uno empujó la puerta y dos cayeron sobre él poniéndole los brazos atrás. Lo sacaron del destacamento tal cual se encontraba; en ropa interior y descalzo, conduciéndolo, posteriormente, al lugar donde los rebeldes habían creado otro cuartel. El resto se encargó de recoger el pequeño, pero importante arsenal policial.

Otro grupo, había llegado a las casas del fundo Guayalí y apresado al administrador Víctor Vergara. Lo tenían amarrado en una silla en el comedor de la casona. Era torturado con cuchillo para que confesara el escondite del dinero y las posibles armas. Mientras tanto, otros saqueaban las otras dependencias.

El hijo de Víctor Vergara miraba la tortura de su padre, desde un rincón. Uno de los torturadores extrajo un ajado sobre y se lo mostró a Vergara, quien al reconocer el papel, se asombro visiblemente. Su pensamiento, se trasladó a una semana atrás:

Esa mañana, había redactado una carta, informando detalladamente, de varias reuniones y, al parecer, con fines subversivos, que se estaban realizando en la región. Mandó a uno de los hombres del fundo, que gozaba de su confianza, para que ensillara un caballo y saliera con destino a Lonquimay. Una vez que lo vio en la cabalgadura listo para partir, le conminó:

-Bien Pancho, esta carta es de suma importancia y, por cualquier medio, tienes que entregársela a una autoridad de Lonquimay...

-Sí, don Vergara; así lo haré.

Al regresar cuatro días después, Pancho le había informado que:

-“Anduve como tres horas a la siga del juez y como el tiempo avanzara me encaminé a la oficina del Registro Civil y me atendió muy bien don Julio Morales, Oficial de esa Repartición, diciéndome que él se encargaría de darle a conocer el contenido a quien correspondiera”.

Ahora los “alzados” la tenían en sus manos, comprendiendo la traición.

Uno la leyó a viva voz...

Efectivamente se trataba de su carta, como sus ojos crecieran con el asombro, el que hacía de jefe, dijo:

-Te voy a dar el gusto en decirte quién nos entregó tu traición ¡¡¡infeliz...! Porque de ésta no saldrás con vida.

-¿Quién fue?, -quiso saber Vergara.

-El propio Oficial Civil, que también pertenece al movimiento. La mandó con Araneda, para que supiéramos la clase de gente que tenemos por acá.

A la fuerza de golpes le extrajeron la lengua y uno de los asaltantes con un afilado cuchillo se la cortó.

-Esto es para que no sea más habladorcito, desgraciado.

El hijo de Vergara, al ver eso, se lanzó en contra de ellos, dándoles de puntapiés y mordiscos. El muchachito fue tomado en vilo y llevado afuera.

-¡¡Muy bien hecho! Acaso también seguirá la suerte de su padre.

El administrador movía desesperadamente la cabeza en forma negativa. Quería gritar, pidiendo que no tocaran a su hijo; pero de su garganta sólo salían chillidos y de su boca saltaba sangre en todas direcciones. Entre tanto, con un machete le cercenaron la mano derecha.

-Esto es para que no escribas más cosas que no te importan; y para que no tengas más crías igual a ti, te caparemos.

Todo se hizo entre aullidos de la víctima, cuya resistencia era vencida por la superioridad numérica de los victimarios y las risotadas salvajes de júbilo, de los últimos.

CAPITULO XVII

28 de junio de 1934:

El Cabo Reyes, el Carabinero Maldonado, Farenkrog y Mariano, entraban a Lonquimay a las cinco y treinta de la madrugada. El primero de los nombrados y el encargado de la pulpería siguieron hasta el domicilio del jefe de la Tenencia; el resto continuó a la unidad policial, con el fin de poner al personal sobre aviso.

El oficial despertó sobresaltado ante los recios golpes en la ventana de su dormitorio.

-¿Qué pasa?, -gritó furioso

-Yo mi Teniente; el cabo Reyes...

Sin permitirle continuar, el oficial explotó.

-¿No puede escoger mejor hora para venir a molestar Cabo?

Al parecer, no recordaba que el policía aún se encontraba de “patrullaje”, ordenado por el mismo.

Enrique hizo callar al policía con un gesto y, a viva voz, dijo:

-Señor Cabrera, le habla Farenkrog: poblador de Ranquil. Hemos llegado a esta hora a su domicilio, porque por allá están ocurriendo hechos de mucha gravedad; entre ellos, al parecer, asesinaron a los tres policías de Guayalí.

El efecto que produjo la información, fue peor que un balde de agua fría. Rápidamente, se levantó y los hizo pasar. Al enterarse de la situación cabal, ordenó citar a todo el personal para una salida de emergencia y, a la vez, hizo convocar a los civiles, que estuvieran en condiciones de cargar armas, para defender a Lonquimay de los insurrectos.

El mismo funcionario que citó a Miguel Rodríguez, para que se trasladara de inmediato al cuartel, cruzó la calle y golpeó en la casa de la esquina; al principio con los nudillos. Sin lograr producir ruido alguno en el grueso madero de la puerta, buscó una piedra. Era imposible, encontrar una bajo la gruesa capa de nieve. Sacó entonces su arma de servicio y con la culata castigó el antiguo pino elaborado.

En una de las piezas laterales, se encendió una vela, filtrándose su débil luz a través de las cortinas. Una voz preguntó:

-¿Quién es?

El policía informó escuetamente lo que estaba pasando, pidiendo que alcanzara, a la brevedad posible al cuartel.

Se trataba del dueño de uno de los almacenes más grandes del pueblo. Al llegar a la unidad, el jefe lo invitó a pasar.

-Adelante, señor Seade.

La habitación se encontraba malamente iluminada. Sólo había una antigua lámpara a parafina. Ya se encontraban allí Rodríguez y Augusto Schweitzer. El primero era otro de los

comerciantes “de los grandes” y el segundo, se encargaba del alumbrado del pueblo, producido por un motor y que funcionaba de 19 a 24 horas (siempre que hubiera combustible y el motor no estuviera descompuesto).

Los civiles tomaron asiento y el oficial inició la conversación:

-Los he llamado, ante la gravedad de los acontecimientos que están ocurriendo en Ranquil. En cualquier momento, pueden llegar hasta aquí. Es preciso formar una guardia para el cuidado del pueblo. Además, en sus manos quedará el cuartel, porque tendré que llevarme a todos los Carabineros...

Los hombres se miraron. El oficial miró su reloj y murmuró para sí.

“Las seis”. Repentinamente, reaccionó y gritó hacia adentro:

-¡Cabo de guardia...!

-¡Ordene, mi Teniente! ¡Cabo de guardia se presenta! –dijo el uniformado asomándose a la puerta.

-¿Llegaron todos?

-¡Sí, mi Teniente...! Eso sí, el cuartelero no termina de forrajear el ganado. No habrá sillas de montar para cuatro y también faltará una carabina.

El jefe miró a los que formarían la “Guardia Civil”. Uno de ellos pareció adivinar la pregunta que les formularían y se adelantó a decir:

-Sí, Teniente, nosotros le procuraremos cuatro callos ensillados,- y miró a sus compañeros como esperando una confirmación. Esta no se hizo esperar.

El encargado de la luz, consultó:

-¿Cuál será nuestra misión?

-Primero tienen que elegir un jefe; después organizarse para la defensa, protegiendo todas las entradas al pueblo.

El oficial tomó la tabla de los servicios que le había pasado el de guardia. Dos veces repasó la lista antes de pronunciarse:

Por falta de armamento y además, por estar enfermo, el Sargento Sierra se quedará en el cuartel; de modo que sólo necesitaremos tres animales.

Schweitzer fue elegido jefe, por el simple hecho de haber efectuado el servicio militar. El resto de los presentes irían a reclutar voluntarios para la defensa, las cabalgaduras vendrían “en el acto”.

Regresaron a la unidad antes de las ocho horas. La tropa estaba pronto a salir. El Teniente, dirigiéndose a Rodríguez, dijo:

-Necesito un revólver. ¿Podría facilitarme el suyo?

El aludido, como dudando de las palabras del oficial, sólo atinó a levantarse el vestón y mostrarle una pistola calibre 45.

-Sí; le estoy hablando en serio. Haga el favor de prestármela.

El civil desabrochó el cinturón y le pasó “el todo”. Además, le entregó otro cargador completo con munición. Con lo que estaba en el cinturón, pasaban de cincuenta las balas.

Rodríguez comprendió que el arma era más necesaria al uniformado que a él; pero lo que no podía creer, es que no hubiera armamento para todos los funcionarios.

Los Carabineros iban envueltos en sus gastadas mantas de castilla; las gorras de campaña les cubrían las nuca y las orejas; las polainas acharoladas, daban un brillo fúnebre a los que, al trote de sus bestias, se alejaban del pueblo.

En esos momentos, el cuartel ya estaba lleno de vecinos. En la oficina del oficial se encontraban reunidos los dos comerciantes, el encargado de la luz y el Sargento Sierra. Mientras los civiles iban dando sus nombres, el uniformado los iba anotando. Al terminar, había cerca de cien inscritos. Marcaron a todos los que le merecían dudas, porque la rebelión también podía explotar en Lonquimay.

Sólo quedaban quince personas en los que se podía confiar. Entre ellos estaban: Pedro Quintana, comerciante, Antenor Osses, Custodio Tapia, Secretario Municipal, Jorge España, Inspector Municipal, Anacleto Molina y Eugenio Mellado.

Formaron grupos de tres hombres cada uno, dos dudosos y un leal

Los dos puentes de acceso a la localidad, serían permanentemente vigilados por guardias y el resto permanecería en el cuartel.

A los que irían a resguardar los puentes, se les advirtió.

-Mientras permanezcan en los puentes de Lonquimay y El Naranjo, impedirán que entren revoltosos. Además, tendrán que vigilar a sus compañeros, porque puede haber amotinados infiltrados entre nosotros.

A los habitantes del pueblo se les ordenó entregar todas sus armas en la tenencia para ser repartidas equitativamente. Se logró reunir seis revólveres, cinco pistolas y dos fusiles. Sin embargo, de los primeros había tres en mal estado. Los restantes eran anticuados; de las pistolas, dos eran automáticas. Las otras eran de tiro a tiro; y los fusiles fueron eliminados por no contar con la munición correspondiente.

Se optó por armar a los guardias con escopetas; armas con que contaban casi todas las familias en sus casas. Claro que los medios defensivos serían casi nulos y obrarían más por efecto psicológico.

Se comunicó al padre Jesualdo, cura párroco de la Escuela Misional y la señora Ema Torres, Directora de la Escuela Fiscal, para que suprimieran las clases y enviaran a los alumnos a sus domicilios. La mayoría de las casas del pueblo tenían celosías de madera o en su defecto estaban protegidas con rejas de fierro en sus ventanas. Estas últimas fueron clavadas y remachadas, al igual que las puertas, cuando sus moradores estaban dentro.

El comercio, en general clausuró sus puertas.

Moraga, administrador del Fundo el Progreso, de propiedad de Pablo Ruedi, mandó a los peones Alfredo y Ambrosio Fuentes Leiva para que llevaran pasto de la finca a la tenencia, para cuando llegaran refuerzos policiales desde afuera y forrajear su ganado.

En los domicilios de los comerciantes Seade y Rodríguez, ese día y el resto de la noche, habría turnos para cargar cartuchos de caza, con pólvora y munición que, tenía para la venta.

También se llevaron comestibles a la unidad policial, para cocinarle a toda la gente que componía la guardia. Algunas mujeres

se encargarían de eso. Los fogones permanecían encendidos y los fondos estarían en condiciones de aplacar el hambre en cualquier momento. Las teteras permanecían con el agua a punto para servir mate. Los vecinos solventes cooperaron con la harina, yerba, carne y otros productos necesarios.

CAPITULO XVIII

Mientras las fuerzas policiales salían de Lonquimay, los rebeldes, que conducían a los prisioneros, habían llegado a Llanquén; al campamento que estaba ubicado en el matadero. Ahí fueron recibidos por el Capitán Abraham Peña, quien los agrupó para que cantaran la “Internacional”.

Llanos con otros tres prisioneros continuaron a Contraco; Manuel Salas Gavilán y Herminio Campos Pedraza fueron dejados en la balsa, Contraco, donde se encontraban los hermanos Uribe, arrebataron unos garrotes a sus hombres y, demostrando una pasmosa sangre fría, descargaron golpes tras golpes, hasta destrozarles los rostros a los prisioneros.

No contento con la masacre, el Zambo Aníbal les rompió las ropas y, desenvainando su inseparable cuchillón, procedió a castrarlos. Finalmente los tiraron a todos al río.

“Por tratarse de burgueses adinerados y contrarios a la causa”.

**

*

A los pocos kilómetros del pueblo y antes de llegar a la laguna San Pedro, el Teniente Cabrera detuvo la columna y ubicándose frente a los subalternos, comenzó:

-¡Sargento 1° Marcelino Lobera Jara!

-¡Firme! Mi Teniente, -respondió el segundo Jefe de la Unidad.

El Oficial pensó para sus adentros.

“Casado; pero que hace vida de soltero, por tener a su familia en Pitruquén. Se preocupa que sus subalternos estén en constante superación”.

-¡Cabo Luis Brevis Otárola!

-¡Firme, mi Teniente!

Y así sucesivamente, fueron nombrados el Cabo José Reyes Lira, los Carabineros William Fuentealba, Víctor Bustos Bernal, Eusebio Urrea Aburto, Luis Maldonado Silva, Marcelino Fernández Sáez, Hermógenes Fuentes Novoa y Carlos Núñez Gacitúa. Al final de la formación se hallaban Mariano y Farenkrog.

Habló de lo que estaba ocurriendo en Ranquil y dio amplias instrucciones para las medidas que se irían a adoptar en el momento de encontrarse con los rebeldes. Para terminar manifestó:

-Si alguien tiene miedo, dé un paso al frente. Es la última oportunidad que tienen para arrepentirse...

Los rostros de los policías, curtidos por el puelche, parecían endurecerse más. El jefe, trató de indagar el más leve signo de temor en sus facciones; pero ellos, inconscientemente, echaron sus cuerpos hacia atrás. El Teniente sonrió satisfecho, a pesar de que en ningún

momento pensó que alguien desertara. Después de revisar el atalaje se dio la orden de montar, el oficial dijo:

-Necesito tres voluntarios para que se adelanten... Tengo la impresión que nos han tendido una emboscada.

-¡Yo mi Teniente!, -gritaron al unísono.

En sus voces había un dejo de desafío.

-Como no puedo mandarlos a todos, irán los Cabos Brevis y Reyes; más atrás y, en contacto con nosotros, irá el Carabinero Maldonado.

Brevis era mandado en todas las misiones de importancia, por su capacidad para investigar y su reconocida valentía. Los exploradores mantuvieron una distancia de doscientos a trescientos metros entre sí. Avanzaban cautelosamente; el puntero, en varias oportunidades, tuvo que desmontar y utilizar los anteojos de larga vista, observando objetivos que le parecían sospechosos. Hacía señas al que le seguía para que se detuviera y una vez comprobado que no había peligro, indicaba continuar.

En esas condiciones llegaron hasta Rahue, por la costa del Bío-Bío. Allí se reunieron los tres exploradores. Reyes, con más experiencia, buscó un paso para cruzar el río, teniendo especial cuidado en no mear la munición. Así llegaron al domicilio de Bruno Ackerman, donde fueron informados detalladamente sobre lo que estaba pasando en ese lugar y aprovecharon tomar una pequeña colación antes de continuar.

Entretanto, el grueso de la tropa, seguía con la primitiva formación. A unos cuatro kilómetros antes de llegar a la lancha Caracoles, desde lo alto de un cerro, un tirador solitario descargó su

arma contra el grupo. Los tiros caían dispersos. En pocos segundos todos se encontraban en el suelo, protegiéndose detrás de arbustos, troncos o piedras. Pronto ubicaron al autor de los disparos y lo pusieron en la mira de sus carabinas, esperando la orden de tiro.

Mariano suplicó al oficial:

-Señor Cabrera, déjeme disparar...

Sabiendo la estimación que sentía el champurria por el jefe del Retén de Guayalí, al que todos imaginaban muerto y viendo ése una ocasión para vengarlo, quería aprovecharla.

El jefe, dirigiéndose a un Carabinero, dijo:

-Fernández, pásele la carabina.

Después de graduarle el alza, el policía se la entregó, Torres hizo los puntos y disparó. El que momentos antes lo atacara, saltó por los aires cual muñeco desarticulado rodando por la pendiente, Mariano entre dientes, comentó:

-Uno, por mi patroncito Bascuñán.

No pudieron llegar hasta el tirador para comprobar la muerte del francotirador, o si sólo se encontraba herido. El terreno, en ese lugar, era muy escarpado.

Al comprobar que ni en la pulpería, ni en los alrededores, había rebeldes, Farenkrog se quedó en el lugar. Los otros siguieron; pero sin apurar el paso de las bestias para no maltratarlas en la nieve. A dos kilómetros del puente Ranquil, el jefe tomó las medidas correspondientes a la seguridad.

Con seis funcionarios y Mariano, tomarían el puente. Los cuatro restantes subirían por la costa del río.

Entre tanto, ya los rebeldes se encontraban atrincherados en el sitio mencionado, sin que los Carabineros estuvieran en conocimiento de ello. Sin embargo, como se trataba de un punto estratégico, tomaron las precauciones del caso, avanzando en fila de tiradores, distanciándose cincuenta metros uno de otro.

Los dos grupos se habían divisado ya; pero ninguno quiso tomar la iniciativa antes que el otro:

-Disparar sobre seguro, –dijo a media voz, Leiva; consigna que fue pasando de uno a otro.

-No desperdiciar la munición, no sabemos el tiempo que permaneceremos sin recibir ayuda, -aseveró, al mismo tiempo, el Teniente Cabrera.

Hubo un silencio sepulcral durante largo rato, el que sin orden previa, fue roto por la detonación de un arma de los rebeldes. La bala rebotó en un peñasco cerca de donde estaban los uniformados, perdiéndose el eco en el frío cañadón más cercano.

Ante el impacto, los policías prácticamente se enterraron en la nieve y esperaron el segundo disparo para ubicar mejor a los enemigos, ya que se sabían en desventaja, tanto numérica, como por el hecho que sus posiciones eran ya conocidas.

Los cuatro Carabineros que subían por la costa, escucharon la detonación. Al comienzo pensaron que se trataría de un tirador aislado. Pero no tuvieron que esperar mucho para escuchar una granizada de balas. Ahora ambos bandos habían iniciado ya el

tiroteo. Los unos, a ciegas; y los otros con armamento deficiente, ya que sólo contaban con tres carabinas del tipo militar.

El primer entrevero, no dejó víctimas.

Los que remontaban el río, dejaron atados en unos arbustos y siguieron caminando en dirección a los disparos. Al llegar cerca se tiraron al suelo y se arrastraron por sobre la nieve.

Los disparos eran ahora esporádicos. Los policías habían permanecido largo rato sin hacer fuego, tratando de ubicar a los atacantes. El cielo estaba arremolinado. En cualquier momento se descargaría la lluvia o la nieve. Sepúlveda se encontraba protegido por un roble. Con su vista abarcaba todo el campo de batalla, cuidando de que el tambor de su revólver estuviera cargado. Antes de disparar, lanzó un silbido.

Sus camaradas, que habían aprovechado la tregua para ubicar mejores posiciones, dispararon desde todos los ángulos. El Cabo Reyes dio de pronto un alarido de dolor, doblándose sobre sí mismo. La carabina se le escapó de las manos y se tomó la pierna a la altura del muslo, de donde brotaba un hilillo de sangre, manchando la superficie del suelo.

El Carabinero Maldonado, al ver a su superior no dar señales de vida, salió su escondrijo para ir en su ayuda. El Teniente gritó:

-¡Maldonado! ¡Quédese donde está!

La orden llegó demasiado tarde, segundos antes, Carter le disparó con su arma. Se trataba de una de las carabinas de los policías asesinados.

El proyectil pareció buscar el pecho de Maldonado; pero pegó en uno de los botones de la guerrera y saltó hacia su garganta.

Le pareció como si le hubieran enterrado un fierro al rojo vivo. Los dos heridos quedaron separados sólo por tres metros. Maldonado, dirigiéndose a su compañero, dijo:

-Me han herido, me han herido...

El otro miraba impotente, como se desangraba por el cuello y la boca. Los rebeldes anotar signos de vida en los dos policías, parecían enfurecerse más. Uno de ellos gritó con encono:

-¡Hay que darle a los “pacos” que están baleados...!

De preferencia, los disparos buscaban al Cabo. A su alrededor, las astillas saltaban en todas direcciones y de las rocas cercanas eran desprendidos pequeños trozos.

Después de la descarga, se produjo una pausa, la que aprovechada por el jineteado para parapetarse detrás de un troco. La pausa fue interrumpida por disparos de las fuerzas policiales.

Sepúlveda parecía haber tenido la macabra idea de hacer traer a los prisioneros que tenían atrás, en el campamento, para ponerlos en el frente de la batalla, como sebos vivos. Los prisioneros fueron empujados hasta la cercanía del puente, unos para que se arrastraran hasta el lugar de la balacera; otros eran obligados a caminar a pie, asomando las cabezas sobre los michayes. Se oían voces:

-¡Apúrense desgraciados...!

Don Luis, uno de los hijueleros más antiguo, que se había negado a plegarse al movimiento, intentó oponer resistencia, gritándole a sus compañeros:

-¡No sigan! Los Carabineros nos mataran sin saber que no somos enemigos.

Lo derribó un culatazo; pero no por eso se quedó callado:

-¡No disparen, Carabineros! No disparen.

Sus gritos eran vanos. Las correntosas aguas, impidieron que su voz fuera escuchada en la ribera contraria. Sobre las costillas del anciano, llovieron los puntapiés.

-¡Mátame, infeliz! Máta...

No logró terminar, un golpe en la cara con al trompetilla del arma, hizo brotar a borbotones la sangre. Con ambas manos se tomó la parte herida, agarrándose un pequeño objeto viscoso, que, por su forma, semejaba un gran gajo de uva. Fácilmente lo arrancó tratando de ver de lo que se trataba. Malamente pudo hacerlo. Una de sus cuencas se encontraba vacía...

El veterano, junto con lanzar una serie de palabras soeces, intentó incorporarse. En su rostro se dibujaba un rictus de odio. El verdugo no esperó que se parara completamente y descerrajó un tiro en la cabeza. La víctima se dobló en dos. Su destrozada cara se enterró en la nieve...

El resto de los prisioneros, al ver el asesinato, se lanzaron a la carrera hacia la orilla del río. Los más temerarios, enfilaron rectamente al puente. Para que no le dispararan los uniformados, corrían con los brazos en alto, mostrando que no iban armados. El Teniente Cabrera, haciendo bocina con sus manos, ordenó:

-¡Alto el fuegooooo!

Viendo Leiva que le había fallado el golpe a su lugarteniente, mandó disparar desde atrás, derribando a dos que estaban a punto de pisar el puente.

En la retaguardia rebelde había treinta hombres montados. Una voz de mando les ordenó que arremetieran al frente. Estos, cruzaron a la carrera la pasarela, disparando descontroladamente en contra de las gorras andinistas de los policías, que sobresalían en siete puntos diferentes. El oficial esperó que estuvieran a quince metros, para gritar:

-¡Ahora!

Tres, cuatro, cinco descargas cerradas vomitaban las carabinas máuser. Las filas enemigas ralearon instantáneamente, cundiendo el pánico entre ellos.

Los jinetes portaban lanzas en sus manos, con las que pasaban a llevar todo lo que había en tierra. Otros se tiraban violentamente en contra de los bultos; y como los policías habían disparado toda la munición de las recámaras, sólo se atenían a esquivar los lanzazos. Cerca del Cabo y del Carabinero herido, pasaron tres jinetes; dos de ellos tiraron sus rudimentarias armas, las que se desviaron hacia la nieve. Uno pasó, arañando la gorra de Reyes con la punta, sobrepasando en galope uno diez metros. Giró su cabalgadura en redondo y volvió grupas contra el Carabinero.

Con la vara hacia el suelo, ya estaba a cinco metros del lesionado, cuando, como emergiendo de la nada, apareció Mariano, tomándole la pica, con lo que desmontó violentamente al jinete, quien cayó sobre unos matorrales rompiéndose el cráneo.

-¡Dos por mi patrón...!

El comandante rebelde, al notar a los policías impotentes, ordenó una nueva salida. Ahora de infantes y montados. El fin era rematar a los Carabineros, pero, los cuatro uniformados de la costa, que no podían auxiliar a sus compañeros por encontrarse en un bajo, lograron disparar sobre seguro a todo el que tentara cruzar el puente. No lo habían hecho antes por temor a herir a los prisioneros.

Creyendo los “alzados” que habían llegado refuerzos armados, se desbandaron en todas direcciones y a todo lo que daban sus animales.

Siete cabalgaduras quedaron sin jinete. Dos de ellas, a pocos metros de la ribera, ramoneando los escasos coirones que lograban sobresalir de la nieve. Las restantes bestias se perdieron al interior de la cordillera con sus amos a lomo.

La claridad se escurría entre altas montañas. Antes que se diluyera completamente, empezaron a caer nuevos copos de nieve.

Ahora los disparos eran sólo ocasionales.

CAPITULO XIX

En esos momentos, Llanos y sus compañeros de infortunio pisaban el cuartel de Contraco. Allí tenían prisionero también a los hermanos Gainza, los que arrendaban el fundo de Lolco.

Como faltaba gente, uno de los jefes insurrectos, ordenó al profesor que vigilara a los Gainza. A medianoche, los hermanos suplicaron a su nuevo vigilante que les dejara escapar por la ventana que había en el cuarto que servía de prisión.

-Pónganse en mi caso, -contestó Llanos. Los dejó escapar y tendré que responder con mi vida. Además, ahora mismo me están vigilando y antes que ustedes escapen, me habrán convertido en un harnero, a balazos.

Las súplicas seguían a media voz para que no fueran escuchadas por el resto de los guardias, que se encontraban a cierta distancia.

Esa noche fueron preparados treinta insurrectos, a los cuales el maestro Llanos no conocía. Parecían venir del centro del país.

Al día siguiente, a primera hora, saldrían para interceptar un piquete de Carabineros.

Cuando la oscuridad se adueñó totalmente del terreno, el Teniente Cabrera mandó a cuatro de sus subalternos a que se encargaran de comprobar la gravedad de los heridos y que fueran llevados a retaguardia.

Con sus propias carabinas y mantas peleros, armaron dos camillas, en la que movilizaron a Reyes y Maldonado. A pesar de que sus lesiones no eran de gravedad, estaban imposibilitados para tomar parte en la refriega.

Más tarde, se encaminaron al puente, para rescatar a los civiles que habían caído heridos. La nieve que caía copiosa en esos momentos, no permitía ver más allá de dos metros. Eso facilitaba, en parte, su misión.

Antes de entrar al portón, toparon con dos bultos que se arrastraban. El silencio fue roto por el ruido producido por un cierre de carabina y una potente voz preguntó:

-¿Quién vive?

-Amigos, que estamos jodidos, -fue la respuesta rápida.

El oficial los interrogó sobre lo que había pasado en Guayalí. Los heridos, hicieron presente que era muy difícil que encontraran allí algún policía con vida.

Comenzó la marcha, hasta llegar a la casa de Salas. Avanzaron con mucho sigilo para evitar cualquier sorpresa.

Allí, recién, se pudo atender a los heridos. El Carabinero Urra, con algunos ayudantes y sin conocimiento cabal de primeros auxilios, logró resultados positivos. A falta de desinfectantes químicos, usaron una salmuera tibia y las vendas fueron cortadas de dos sábanas.

Todos los fugitivos que estaban en condiciones de caminar, se le otorgó salvoconductos para que pudieran ir sin problemas al pueblo, sin ser tomados por insurrectos. Llevaron, además, mensajes para el cuartel de Lonquimay, con el fin de ser transmitidos a Temuco, dando cuenta de las proporciones que había adquirido el movimiento.

Después de revisar bien el lugar, el grupo uniformado instaló provisoriamente el Retén. Se ordenó turnos para centinelas y el resto descansó en un galpón, tendiéndose sobre sus frazadas en el suelo y tapándose con sus mantas. Las monturas servían de almohadas.

La inclemencia del tiempo, daba una tregua en la batalla. La mayoría de los alzados se hallaban refugiados en el cuartel general, a unos quinientos metros del puente. Otros vigilaban el puente mismo.

En una pieza, se encontraba Leiva, acompañado de tres jefes más, también estaban allí, la Uribe con sus hermanos, Luis Sepúlveda Canales y la mujer de este último, Laura Sepúlveda Illesca, quien servía de cocinera y mozo.

Conversaron sobre el giro que estaban tomando los acontecimientos. Leiva preguntó a su ayudante Alarcón:

-¿Habrán estallado todos los focos programados?

-Esa era la orden, -respondió el aludido. Sin embargo, por las dudas, se enviaron mensajeros, con misivas, a los lavaderos de oro y al túnel “Las Raíces” para que los obreros se levantasen en armas.

-¡Sssssh! –silbó Carter, indicando a la pieza contigua. Los detenidos pueden estar escuchando.

-Que importa. Mañana ninguno contará el cuento, -dijo Leiva.

-Volviendo al asunto de los mensajeros, ¿a quién podemos mandar?, -preguntó Alarcón.

-José Segundo Roa, -respondió Leiva.

Roa, que en esos mismos instantes, estaba en la puerta de la rancho, al escuchar su nombre, entró en la pieza.

-¿Quién me nombra?

Se le puso en antecedentes de la misión que tendría que cumplir: Saldría a las tres de la madrugada para no ser sorprendido por las fuerzas policiales.

-¿Puede acompañarme alguien? –preguntó tímidamente, esperando una respuesta negativa...

-¡Conforme! Que te acompañe Astroza Dávila, dijo Leiva.

A la hora convenida, ambos fueron despedidos con deseos de “feliz viaje” y, en sus cabalgaduras, iniciaron el viaje a Lonquimay.

**

*

“Necesitamos ayuda en forma urgente. Traten de que vengan aviones, para que sepan los delincuentes que el resto del país está en contra de la revuelta.

Firmado. Teniente Cabrera”

El que leía el mensaje, era el Sargento Sierra. Era una hoja de cuaderno escolar. En el acto lo dio a conocer a los miembros de la Guardia Civil. Después agregó:

-Los dos hombres que acaban de llegar a Ranquil descansarían hasta mañana. Después engrosarán las defensas del pueblo.

-Sí. Ya se les comunicó, -manifestó el señor Rodríguez.

-El Teniente Cabrera lleva doce horas luchando y hasta el momento no ha recibido ayuda, dijo Seade.

-Despacharemos otro telegrama, pidiendo que envíen un avión, -contestó el Sargento.

Todos estuvieron de acuerdo. Inmediatamente se redactó un comunicado a la Prefectura de Carabineros de Temuco.

La preocupación de los habitantes de Lonquimay no aconsejaba retirarse a los domicilios, a pasar la noche. La mayoría se quedaba en el cuartel.

Faltando pocos minutos para las cinco de la madrugada, en el interior de la Tenencia, se produjo un revuelo. Los guardias se alarmaron. Incorporándose de sus lugares de reposo y con sus armas

listas a disparar, se dirigieron cada uno, al lugar de su destino en caso de ataque.

Sobre la blanquecina capa de nieve, se veía avanzar, a la carrera, una formación de hombres montados. Frente al cuartel, frenaron sus bestias bruscamente. Eran hombres maduros, curtidos por el frío viento cordillerano. Todos gritaron de alegría y se abalanzaron sobre ellos, dando muestras de regocijo.

Los guardias no lograban distinguir las facciones de ninguno de los uniformados. Todos estaban protegidos con bufandas y éstas, a su vez estaban cubiertas de hielo de sus alimentos.

A las mantas de agua, parecía que le hubieran aplicado una capa de concreto. Se habían endurecido mientras la tropa cruzaba la cuesta sobre el Túnel de “Las Raíces”.

Uno de los Carabineros intentó desmontar; pero sus esfuerzos eran inútiles. Los zapatos estaban pegados, firmemente, a los estribos. Un espectador civil logró desprenderlos con una piedra.

Seade se aproximó a los recién llegados y los invitó a servirse café. El oficial que iba a cargo de la escuadra, rechazó muy a su pesar el ofrecimiento, porque, en esos momentos, muchos necesitaban de su ayuda.

Y tras la disculpa, el pelotón arregló las sillas de montar y se preparó a partir. Antes de eso, el oficial dijo al Sargento Sierra:

-Deje la pasada por la Tenencia del Subteniente Robertson, acompañado de diez funcionarios, todos de Victoria.

-A su orden, mi Teniente.

Mientras se alejaban al trote de sus animales, silenciosas lágrimas rodaron por las mejillas de los hombres que quedaron.

**

*

Faltaba un cuarto de hora para las seis; los mensajeros rebeldes avistaron la Laguna San Pedro. Quince minutos más tarde, llegaron a un costado de la misma.

En esos mismos momentos, la tropa del Subteniente Robertson, iba llegando a la rivera de la laguna. En contados segundos rodearon a los insurrectos. Fueron registrados e interrogados. Confesaron de plano todas las barbaridades efectuadas por ellos y sus amigos. Los otros escaparon, mientras que a ellos se les hizo difícil arrancar.

El oficial ordenó a dos Carabineros que los condujeran hasta Lonquimay y se los entregaran a los primeros guardias que encontraran. Al instante, los detenidos fueron desmontados, amarrados las manos por delante quedando unidos a los policías por un largo cordel. De ese modo, en fila india, iniciaron la vuelta al pueblo.

A un kilómetro de la ciudad, tropezaron con un destacamento de guardias. En el acto entregaron a los rebeldes y, a la carrera, alcanzaron a sus compañeros.

En el cuerpo de guardia de la Tenencia, volvieron a ser allanados cuidadosamente, porque el personal uniformado estaba al tanto de los mensajes a los minerales de la zona, que mandaban los rebeldes.

Las respuestas eran convincentes, lo que les permitía quedar en libre plática, en el pueblo. Antes de dejarlos salir, fueron revisados otra vez. Dos hombres miraban a Rodríguez mientras este les palpaba las mantas. En sus rostros se dibujaban signos de nerviosismo, aumentó más, al sentir un ahogado grito de la garganta de uno de los jefes de la Guardia Civil:

-¡Aquí, aquí! En la costura tiene que haber algo.

El Sargento con una hoja d afeitar, rompió el borde de la manta, sacando del dobladillo, dos papeles.

Se trataba de mensajes enviados por Leiva a los dirigentes de los lavaderos de oro y al túnel de Las Raíces. Los guardias reaccionaron violentamente. Querían vengarse de la muerte de muchos de sus familiares y compañeros. Los lincharían en el mismo cuerpo de guardia, a no mediar intervención dl único uniformado, quien tuvo que gritar fuertemente para hacerse oír:

-Esto no se puede hacer. Recuerden que están para resguardar el orden y no para cometer delitos.

Junto con eso, levantó a Roa, a quien tenía en el suelo. Lo protegió con su cuerpo. Los civiles recapacitaron y decidieron a someterse al razonamiento del policía. En pocos minutos, amarrados de pies y manos fueron arrojados a los improvisados calabozos; y para impedir posibles fugas, dos centinelas quedaron de punto fijo.

Ni Astroza, ni Roa, tenían familiares en el pueblo; y los conocidos y amigos se negaron a darles alimentos esa noche, por el temor de verse comprometidos.

A la mañana siguiente, Pablo Seade le llevó mermelada y galletas a Astroza, también le dio café que había en el cuartel, diciéndole:

-Mira, hombre, en lo que te metiste. ¿Cómo quedará tu familia?

A la hora de almuerzo, el tendero volvió a llevarle alimentos. Hubo entonces malestar entre sus compañeros de guardia, Rodríguez lo interpeló:

-¿Para qué les das de comer a esos carajos? Si son asesinos que no tienen perdón.

Pero Seade no se amilanó. Seguía llevándoles alimento. Era del dominio de todos, el buen corazón que tenía. Nunca hubo persona en desgracia que no auxiliara.

A las cinco de la tarde, desde la Tenencia, vieron a Seade acercarse al cuartel, llevando la inconfundible servilleta, donde portaba el pan y la mermelada. Uno de los guardias comentó en tono jocoso:

-Este Pablo es un condenado. Cuida a Astroza y le da consejos. Quiere que no le pase nada y que después no tenga problemas para pagarle la cuenta...

Mientras se alimentaba el preso, su benefactor le daba nuevos consejos. Pero Astroza le replicó enojado:

-Córtela, iñor, con sus recomendaciones. Lo hecho, hecho está y después, de alguna manera, le pagaré lo que le debo.

CAPITULO XX

A las seis de la mañana, se iniciaron los preparativos en el cuartel provisorio del Teniente Cabrera, para avanzar hasta Ranquil, foco de la revuelta.

Mientras los improvisados practicantes hacían las últimas curaciones al Cabo Reyes y al Carabinero Maldonado, el primero le dijo a su camarada:

-Colega Urra ¿por qué no le dice a mi Teniente que nos lleve? Es preferible morir peleando, antes que esperar que lo vengán a matar...

El Carabinero prácticamente, pensando que su amigo tenía razón, dejó su tarea y se acercó al jefe:

-Permiso para hablar con usted, mi Teniente...

El aludido levantó la vista de un croquis que estaba estudiando en compañía del Primero Lobera y del Cabo Brevis, miró extrañado al que interrumpía su tarea.

-Diga, Carabinero

-Los heridos desean avanzar con el grupo, mi Teniente.

Y se encaminó a largos trancos hacia los heridos:

-¿Qué pretenden ustedes?

-Seguir en la columna, mi Teniente, -dijeron al unísono.

-¿Cómo se encuentran? -Ahora su voz era paternal.

-Bien, mi Teniente, -Volvieron a corear.

Con la mirada, el oficial interrogó a Urra.

-Sí, mi teniente. Ayer parecían más graves; pero no es tanto ahora. Incluso pueden montar.

Admirado, observó a los lesionados y les preguntó:

-¿Es efectivo eso?

-Con algo de empeño podremos hacerlo, mi Teniente. – Respondió Reyes.

Bien; se preparan entonces. –Y dirigiéndose a Mariano, agregó: -Usted Torres, me hace el favor de cuidarlos en la retaguardia.

-Sí, mi Teniente.

El desayuno consistió en “ñaco”, que algunos acompañaron con tortillas de rescoldo, recién sacadas de las calientes cenizas. Y después de todos se hallaban sobre cabalgaduras, el jefe dio la orden de partida:

¡Adelante! ¡Al paso, maaaaar!

Al llegar al puente Ranquil, tuvieron que retirar dos cadáveres que obstaculizaban la entrada. Diez metros de salida, había otro, grotescamente tirado en el suelo.

La labor de reconocer a los occisos, sus indumentarias y causas del deceso, como era habitual en estos casos, fue ignorada, ahora, por ser una situación de emergencia.

A ciento cincuenta metros del puente, había una casa. Rápidamente fue rodeada. Brevis y Fernández, de un salto, se

dejaron caer de sus bestias y con las carabinas por delante, irrumpieron por la única puerta de la habitación.

Sus compañeros con las armas listas a disparar les cubrían las espaldas. No fue necesario: la casa se encontraba deshabitada.

Al llegar a la pulpería de Solerzzi, -hasta el día anterior, cuartel general de los rebeldes-, les salieron al encuentro las mujeres del negocio. Patrona y empleada, lloraban de emoción, impidiéndoles desmontar, agarradas a las polainas con abrazos y besos:

-¡Nuestros Salvadores! ¡Nuestros Salvadores!- gritaban poseídas de alegría.

Una vez en el comedor, con más serenidad, la mujer relató las atrocidades cometidas por los que asaltaron a su esposo y al socio de éste.

El Oficial decidió, que ese era el lugar más apropiado para cuartel; y de inmediato, se inició la recuperación de especies y la detención de los sospechosos. Esto último se hizo difícil; porque a las casas que llegaban, sólo encontraban mujeres o estaban desocupadas.

A las cuatro de la tarde, iniciaron el avance hacia Llanquén. No habían recorrido quinientos metros cuando el mozo de la viuda de Solerzzi los alcanzó a la carrera.

-Mi Teniente; al frente de este cerro se ven varias personas, parecen “revoltosos”.

El oficial giró su cabalgadura en 90 grados y regresó a la pulpería, con la tropa pegada a la cola de su animal. Ubicó al

personal en lugares estratégicos por donde pasarían los hombres que avanzaban.

Ya estaba oscureciendo cuando hicieron su aparición los jinetes. A doscientos metros de los policías caminaban sin ninguna clase de precauciones. Ochos negras bocas de carabina y una de revólver, apuntaban a los confiados desconocidos. El gatillo le cosquillaba el índice de los uniformados, esperando que el jefe descargara su arma.

El Teniente esperaba tener a los enemigos a tiro seguro, para disparar; pero, a través de la claridad que daba la nieve, distinguió a los hombres por sus vestimentas y gritó:

-¡Alto! ¿Quién vive?

Las bestias fueron frenadas bruscamente y el hombre que iba en primer término se apresuró a responder:

-¡Teniente Robertson, de Victoria!

Mientras decía eso, pensaba que, los que les interceptaban no podrían ser “facciosos” porque aquellos no darían la voz de alto, sino que habrían disparado.

En esos momentos, los Carabineros, que estaban atrincherados, se olvidaron de disciplina y gritaron:

-¡Viva! ¡viva! ¡bravo! ¡viva!...

Los oficiales, conscientes de lo que representaba en esos momentos el encuentro, sólo atinaron a abrazarse fraternalmente:

-Felicitaciones, compañero.

-Gracias, Robertson.

Toda la tropa regresó a la pulpería. Allí los dos jefes planificaron los avances y los ataques que harían a los reductos hacia donde se iban replegando los insurgentes. De acuerdo a los datos que habían obtenido, ordenaron la salida, en el acto, de dos patrullas, de cuatro funcionarios cada una. Una, al mando de Lobera; y la otra, conducida por Brevis.

Llevaban la misión de ubicar y detener a Leiva Tapia a Lagos y a los hermanos Uribe.

La casa de los Lagos estaba ubicada al pie de un cerro. El Primero Lobera se fue por el plano y el otro grupo se descolgó por el alto. Aproximadamente a las cuatro de la madrugada, el cerco se fue estrechando. Faltando doscientos metros, más o menos, para llegar, los habitantes de la morada fueron puestos sobre aviso por los perros.

Los policías, sin voz de mando, apuraron sus caballos, pese a la oscuridad que reinaba en esos momentos. Los dos jefes de patrulla, emplearon la misma táctica: dejaron a un Carabinero a unos ochenta metros de la casa y con los restantes acometieron, en abanico, sobre la habitación.

Brevis, antes de apartarse, dijo a sus compañeros:

-Seguro que nos tocará disparar. Tengan mucho cuidado. Miren que le prometí a mi Teniente llegar de regreso con ustedes... vivos, se comprende...- Lo último lo dijo riéndose.

-¡Que casualidad! Nosotros le dijimos lo mismo con respecto a usted,- respondió, en el acto, el Carabinero Fernández.

En contados segundos, rodearon la casona. Un policía de Victoria, se ubicó a un costado de una puerta e inundó el recinto con la luz de su linterna.

Cinco caballos se encontraban ensillados, listos para partir.

“Menos mal que todavía no levantan vuelo los pajaritos”, pensó, para sí, el Carabinero.

Al no ver a nadie en la dependencia, penetró y siguió alumbrando. En un rincón, entre las cajas, le pareció distinguir un bulto. Apuntando con el arma, ordenó:

-¡Salga de ahí con las manos en alto!

Era un muchachón, mozo de los Lagos, que tiritando de miedo, respondió:

-¡Sí señor! Como mande señor...

Los otros Carabineros ya habían destrozado puertas y ventanas que los moradores no habían abrir, sacando del interior a Leiva Tapia, al padre de los Lagos y también a éstos.

Las mujeres se colgaban de los brazos de los uniformados, para impedir la detención de sus familiares, llorando y gritando al mismo tiempo histéricamente. Al ver que nada podían hacer por ellos, agredieron a los policías con palo. Una vieja, salió de la cocina con una tetera llena de agua caliente y se abalanzó sobre el Primero Lobera. Fernández, que se encontraba cerca y al que la mujer no había visto, desde atrás, le hizo una zancadilla. Se fue de bruces. La candente agua bañó sus propias extremidades superiores, además de parte de su cara y cabeza. No eran gritos los que daba; más parecían alaridos de animal perseguido o acorralado, lamentos que se escuchaban a la distancia en la quietud de la noche.

Los detenidos fueron obligados a recorrer, a pie, los doce kilómetros que los separaban del cuartel.

Leiva, que presumiblemente era el instigador principal fue interrogado inmediatamente por los Oficiales, dejando para después a los demás.

-En ningún momento he ordenado hacer las cosas de que se me acusa. Se trataba de acuerdos de la mayoría... Hace poco que había regresado...- se defendió el dirigente.

-¿Y dónde andaba?

-En Uruguay.

Lo dijo tan natural, como si se tratara de un viaje a Curacautín.

-¿Al Uruguay? ¿A qué?,- preguntó el Teniente Cabrera.

-Con el fin de asistir a una conferencia de partidos comunistas de Montevideo.

Todo el interrogatorio documentado y archivado.

A las nueve de la mañana, salió el Teniente Cabrera con su personal y los de Victoria, con destino a Llanquén. También llevaban a Leiva. Iba amarrado de las manos y al frente de la tropa.

Al llegar la primera patrulla al lugar y cruzar las aguas del río, una nutrida descarga cayó sobre ellos. Los que venían detrás, ya se habían descolgado por una pequeña loma y no podían retroceder.

A los policías les llovieron las balas en todas direcciones. Los Oficiales al ver en la encrucijada que se encontraban, ordenaron abandonar a los animales y protegerse personalmente.

El único que quedó montado, fue Leiva Tapia, quien estaba amarrado. Un proyectil de sus mismos camaradas, lo hirió de muerte. Desplomándose de su cabalgadura, cayó al suelo como una bolsa de arena. Su muerte fue instantánea, quedando el cuerpo a la orilla del agua del río Llanquén.

Como los uniformados se encontraban parapetados, los insurrectos disparaban sobre las bestias, siendo alcanzado en una paletilla, el que montaba el Carabinero Urra.

El yerno de Benjamín Cáceres, que cooperaba con los Carabineros y que intentaba rescatar a un familiar que andaban trayendo prisionero los rebeldes, sería el que conseguiría un animal para el regreso de Urra. Pero, entre tanto, el Teniente Cabrera, al ver que rápidamente caía la noche y les sería imposible dominar, ordenó retirarse a Ranquil.

El civil que los acompañaba, se quedó un rato más para ver las posibilidades de mandar un mensaje a su familiar, pero, en la rivera en donde se hallaban los insurgentes, había sido visto. Uno, que presumiblemente era jefe, gritó:

-¡Ese es un sapo! Hay que darle... El que lo voltee será ascendido a Teniente.

-¡Déjenmelo a mí!- gritó Contreras, un afuerino llegado poco antes de la revuelta.

Dos disparos hizo de un winchester. El yerno de Benjamín Cáceres cayó al suelo, sujetándose un hombro, por donde manaba abundante sangre.

-¡Le di! ¡Le di!- gritaba nuevamente alborozado, el autor de los tiros.

Los primeros policías que llegaron arriba, divisaron un rancho en mal estado. A la carrera, llegaron hasta allí. Su interior fue revisado minuciosamente; pero sólo encontraron un cuarto de cordero, colgado desde una viga. Todo el apetito, que había permanecido escondido durante la refriega, despertó ante la presencia de la carne.

Inmediatamente hicieron fuego. En pocos minutos, las llamas danzaban caprichosamente, elevándose más de un metro, en su ardiente baile. Posteriormente, y a prudente distancia, pusieron el costillar. No se habían percatado de que la lumbre se filtraba por las rendijas de la rancha. A los pocos minutos, nuevos proyectiles mordían los viejos maderos de la construcción.

Fernández tomó la ardiente carne y la arrojó sobre las brazas, desparramándolas por el piso. Sus compañeros comprendieron esa actitud. El asado se iba perdiendo como si hubiera sido un sueño. Y, una vez que disminuyó la luminosidad, escaparon a toda carrera.

**

*

Esa noche hubo fiesta en el campamento rebelde. Había que celebrar el primer ascenso de la campaña... Contreras recibió las estrellas de "Teniente".

A la mañana siguiente, las fuerzas policiales enfilaron nuevamente hacia Llanquén. Llegados al lugar del día anterior, encontraron el cadáver de Leiva; y a unos pocos metros de él, se hallaba el yerno de Benjamín Cáceres. Como no se divisaron enemigos, estudiaron, con más detenimiento a los cuerpos sin vida. La del primero, fue una muerte fulminante; la del otro, al parecer,

por enfriamiento, o anemia aguda; porque no se encontraba ninguna herida que comprometiera algún órgano vital.

La caminata por la ribera del río, era imposible, a consecuencia de las últimas nevadas. El Cabo Brevis fue consultado, por el Oficial, sobre otro camino.

-Lo más seguro, mi Teniente, será cruzar por sobre la cordillera.

Así lo hicieron. Cerca de las cuatro de la madrugada, llegaron al bajo de Nitrito, permaneciendo ahí hasta que aclaró completamente. En el pequeño caserío del lugar, se iniciaron investigaciones a fondo, para tratar de ubicar los cadáveres de los dos Carabineros masacrados en el matadero.

El domicilio de los Uribe y sus alrededores, fueron allanados. Al Cabo Brevis le pareció sospechoso un lugar del patio donde la nieve estaba mezclada con tierra. Tomando una pala, escarbó.

Al ver que la tierra había sido removida recientemente, siguió escarbando. A ochenta centímetros, más o menos, la herramienta quedó atascada por un objeto. Se agachó y la desenredó. Comprobó entonces que se trataba de la tela gruesa de uniformes policiales. El rudo hombre de armas, al contacto con la especie, se emocionó; pero una vez serenado, siguió extrayendo el resto que aún estaba bajo tierra.

Se encontraban totalmente ensangrentadas y destrozadas. Sin duda, se trataba de los uniformes que usaban sus compañeros en el momento en que fueron asesinados y enterrados por Abraham Peña.

A raíz de este hecho se detuvo a varios sospechosos y se los mandó a Ranquil en calidad de detenidos.

Allí el combate fue tal
Según un testigo vio
En el río de orilla a orilla
Se mató y se hirió
Y se vio que el cabecilla
Juan 2° Leiva Tapia, murió.

Fue nacido y criado
En Neuquén, Argentina,
Predicando el comunismo
Pasó a esta nación vecina
Y hoy encontró en el abismo
La muerte como propina.

El relato volvió a cobrar vida a través de las coplas.

CAPITULO XXI

Esa mañana, desde temprano, se hallaban en la Subcomisaría de Lonquimay, dos vecinos de Alto Bío-Bío, tratando de conseguir el pase para poder salir del pueblo y poner sobre aviso a sus familiares de lo que estaba ocurriendo en el sector de Ranquil, Echeverría, mayor de ellos vivía en el lado de los Argentinos; y el otro, un muchachón imberbe, que no lograba aún sobrepasar los veinte años, comprendía no obstante su juventud la situación.

El encargado de dar las autorizaciones para salir, preguntó al menor de los solicitantes:

-¿A qué lugar se dirigen?

-A Liucura, señor

-¿Cómo te llamas? –insistió el miembro de la guardia civil que se encontraba detrás de la mesa.

-Alberto Catalán, señor.

El civil estampó en el papel el nombre del muchachón, al lado del de Echeverría y se lo entregó a este último.

Antes que se retiren del cuartel, el Sargento Carlos Guerra les entregó un mensaje para que lo hicieran llegar al personal destacado en el Retén de Liucura.

-Hagan el favor de entregárselo a la brevedad al Cabo Montoya.

-Sí, mi Sargento. Sin falta lo entregaremos hoy, respondió Echeverría.

A la salida del pueblo, en el puente Lonquimay, se encontraban los guardias civiles, quienes comprobando la autenticidad de los pases los dejaron continuar.

Al llegar a los lavaderos de oro en el Tallón, comprobaron que los mineros se encontraban en sus faenas como todos los días, lo que significaba que no estaban al tanto de los acontecimientos o simplemente no se habían plegado al movimiento subversivo.

Ambos amigos a medida que iban pasando por los predios en que hubiera gente eran informados de lo que pasaba y a su vez, ponían al tanto a éstos, aconsejándolos para la defensa, de un posible asalto. En esas condiciones llegaron hasta el vado de los

argentinos. De ahí en adelante seguiría sólo Catalán encargándose de llevar la comunicación al destacamento policial.

En el Retén, encontró al Carabinero de guardia totalmente desprevenido. En los mismos momentos en que le entregaba el sobre, apareció el Cabo Montoya en el despacho en que se atendía al público.

Al jefe de Retén, a medida que leía, se le dibujaba en la cara una mueca de horror. Dirigiéndose a su subalterno, dijo:

-Llame a Córdova, que está forrajeando el ganado...

El muchachón preguntó:

-¿Puedo retirarme?

-Pero claro y muy agradecido, respondió Montoya.

Reunidos los tres uniformados en la guardia, el Cabo tragó un poco de saliva antes de romper a hablar:

He recibido este papel de la Tenencia, en él me comunican que en Troyo, Ranquil, Lolco y sus alrededores, ha estallado un foco subversivo entre la población... Mataron a los hermanos Gainza, Juan Zolerzzi, Zañartu, Pedro Acuña y a los tres Carabineros del Retén Guayalí. Ante la gravedad de los sucesos, tengo que trasladarme a Lonquimay con uno de ustedes.

Ambos policías se miraron espantados. Esa noche dejaron preparado todo el quipo para el día siguiente. A Montoya, lo acompañaría Córdova. En el cuartel, quedaría el otro Carabinero, que era hermano del Jefe de Destacamento.

Antes de las siete de la mañana, los dos Carabineros llegaron hasta el domicilio de Martín Soto. Menos de veinte minutos se habían demorado en llegar a la primera casa del pueblo. Siguieron caminando por las calles semi-desiertas hasta llegar a una pulpería. En la puerta del negocio, emergió la figura bonachona del señor Soto, hombre estimado por la población. Al ver a los uniformados, se apresuró a su encuentro, diciendo:

-Desmonten, señores... Por lo que veo, van de viaje.

-Así es, señor Soto, respondió Montoya, mientras ambos desmontaban de sus machos. (En esa fecha, todos los destacamentos cordilleranos usaban de esa clase de bestias para los servicios).

Mientras se servían desayuno, el Cabo aprovechó la oportunidad para pedir caballos, con los cuales podrían llegar más rápido al pueblo. Desde el interior de la cocina, se escucharon varias voces de protesta, al saber que los uniformados se retiraban, se trataba de vecinos que desde la noche anterior, estaban en la casa de Soto, a la espera de mayores antecedentes sobre el movimiento subversivo.

-Considero, señor Montoya, que ustedes no se pueden retirar de este lugar y dejarnos abandonados a la buena de Dios..., manifestó don Martín.

A lo que respondió el Cabo:

-Lo que está malo es que ustedes se queden aquí con las manos cruzadas, en circunstancias que en Lonquimay se necesita el máximo de gente para impedir que los levantados invadan el resto del territorio.

Muchos de los presentes manifestaron su conformidad; pero la reacción de la esposa del pulpero no se hizo esperar.

-Ni Martín ni yo, nos moveremos por ningún motivo de aquí, si tenemos que morir, será en este lugar.

Los policías apuraron el último sorbo de café e intentaron retirarse nuevamente, Soto los interpeló por dejar al pueblo sin defensa...

El Cabo demoró un poco para responder. Después de un rato dijo:

-Lo único que puedo hacer, es dejarles a mi hermano que está en el Retén. Además, los vecinos que vendrán. En total serán más de treinta para defenderse.

Mientras decía eso, Montoya escribía una nota a su hermano indicándole que se trasladara a la pulpería con todo el armamento. Antes de retirarse, dejó las últimas instrucciones para la defensa; el lugar rodearlo con fardos de pasto o con sacos de arena, dejar centinelas permanentes y durante la noche mantener encendidas grandes fogatas en los cuatro costados, para evitar sorpresas. Una vez dadas todas las recomendaciones, enfiló con su hombre hacia las afueras de la ciudad.

El camino por recorrer era largo y para ello se preparaban. Después de cabalgar durante dos horas, llegaron al pequeño pero bravo río Pedregoso.

**

*

En esos momentos, en el Cuartel de Lonquimay, el Sargento Guerra informaba al Teniente Manuel Danyau Rivas, jefe del escuadrón Mulchén, que había quedado transitoriamente a cargo de esa Tenencia, por orden del Capitán Monreal, quien había seguido al sitio de los sucesos y asumido ahí la jefatura de todas las fuerzas policiales, que a la unidad se habían agregado dos Carabineros del retén Tallón, quedando uno solo en dicho destacamento. Agregó Guerra que era un verdadero barril de pólvora y que podía explotar en cualquier momento, por el hecho de encontrarse allí los lavaderos de oro.

El oficial ordenó entonces que de inmediato se trasladaran dos uniformados al lugar, para rescatar al que estaba solo allí.

Uno de los enviados era un Cabo y el otro un Carabinero de Mulchén. Ambos policías se preocuparon, en el acto de todos los detalles para los preparativos del viaje. A los pocos minutos, estaban listos para partir. Comprobaron las municiones, se terciaron las carabinas por delante y las aseguraron en el mosquetón.

Como hasta el momento la situación estaba más o menos dominada, los guardias civiles habían entregado el pueblo a los Carabineros. Por eso no había vigilancia en el pueblo de Lonquimay. Los dos policías lo habían sobrepasado uno tres mil metros, comprobaron que el lugar era especial para cazadores, por las diferentes clases de aves y animales que abundaban allí. Entre unos arbustos vieron a un zorro. El Cabo rápidamente desenganchó su arma y el compañero adivinando la intención de su jefe, imitó en el acto.

Se escucharon cinco descargas, las dotaciones se multiplicaron otras tantas veces al rebotar en los cerros. El animal corrió un corto trecho y parándose en la parte alta de una loma, los

miró burlescamente. Los hombres volvieron a cargar sus carabinas, pero, ya era tarde, el zorro había desaparecido.

Un antiguo poblador que avanzaba con su carreta con bueyes en dirección al pueblo, al sentir los tiros hizo abandono de su vehículo. Resoplando y a punto de estallar, recorrió los seiscientos metros que le faltaban para llegar a Lonquimay. Al pisar la primera cuadra del pueblo, se puso a gritar como poseído por el demonio. No alcanzó a llegar a la segunda cuadra, cuando cayó al suelo; pero sus alaridos seguían escuchándose.

Varios vecinos se le acercaron solícitos y uno la preguntó:

-¿Qué es lo que pasa?

El otro, con los ojos desorbitados, respondió:

-Vienen los revoltosos, son como doscientos y todos disparan.

En la pequeña localidad, la noticia corrió como reguero de pólvora. En la unidad policial pensaron de inmediato que los mineros del Tallón o los obreros del Túnel Las Raíces se habrían plegado al movimiento. El oficial mandó a montar a toda su gente y al galope se encaminaron al puente. A cierta distancia ordenó que tres de sus hombres se quedaran con las cabalgaduras y el grueso de la tropa se dispersó a lo ancho del terreno, avanzando paso a paso.

Todos llevaban las armas con la bala pasada y sin seguro. Mientras algunos se adelantaban cuatro o cinco metros, los otros se preocupaban de cubrirles las espaldas. Tardaron más de media hora en llegar al puente.

El campo estaba despejado de intrusos, la tropa recibió orden de montar de nuevo y dividiéndose las fuerzas, unos se

encaminaron a los lavaderos y los otros a Sierra Nevada; pero no se alejarían más de una legua, por temor de que se tratara de una treta para apoderarse de la localidad.

Los dos uniformados que iban en dirección a los minerales con la intención de rescatar al compañero que estaba solo, caminaban despreocupados al paso de sus cabalgaduras. El de más baja graduación le dijo a su colega en forma de chanza:

-Estoy seguro mi Cabo, que si le disparara a un elefante, no le pega.

-No es que tenga mala puntería, sino que esta porquería de carabina está más descalibrada que un cañón de cocina.

-¿Y cómo nos conseguimos las municiones que nos gastamos?

-No tenemos que preocuparnos. Seguro que no nos llega la rocha; pero si pillamos a un pajarón con la boca abierta, le sacaremos las balas para reponer las gastadas. Parecían de muy buen humor, como si todo fuera broma. En un recodo del camino se toparon con Montoya y Córdova, que ya estaban cerca del pueblo. Les contaron el uso que habían hecho de la munición y les rogaron que les prestaran las que les faltaban, comprometiéndose a devolverlas en la Tenencia.

Lo hacían para evitar un posible llamado de atención. No se imaginaban la alarma que habían provocado en la población.

CAPITULO XXII

La administración de los lavaderos de oro había requerido oportunamente de la superioridad de Carabineros, la instalación del

retén que funcionaba allí. Su personal tenía la misión de resguardar el orden dentro de la mina e impedir que contrabandistas trataran de introducir bebidas alcohólicas a las faenas, por tratarse de zona seca; prevenir peleas entre los mineros; especialmente, los días de pago. Todas las semanas solían morir asesinados dos o tres hombres y otros tantos desaparecían.

Las investigaciones llevadas a cabo por el escaso personal, nunca terminaban con resultados positivos, siempre chocaban con un muro de indiferencia por parte de los propios familiares de la víctima o la negación del o los culpables, que ante la fala de testigos o pruebas suficientes, eran dejados en libertad por los tribunales correspondientes.

En la mayoría de los centros mineros, especialmente en esa fecha, la labor policial era más que nada represiva; por eso es que la función institucional era mirada con cierto recelo y rencor; siendo ese uno de los motivos por el cual el Teniente había resuelto ir a buscar a sus compañeros. El Carabinero López, que era el que había quedado en el lugar, hacía tres semanas que le había tocado participar en el esclarecimiento de un hecho de sangre. Un hombre que trabajaba en las faenas extractivas, era asesinado. El policía, una vez que tuvo en su poder la orden de investigación, inició las primeras averiguaciones. El crimen se había cometido en el camino público, antes de llegar al recinto fiscal de los lavaderos.

El último domingo, la víctima había pedido permiso para dirigirse a Lonquimay. Junto con él, otros seis mineros habían sido autorizados para salir.

Por las huellas dejadas en el cadáver, el investigador presumió que el autor había sido uno solo y el resto, con toda seguridad, eran cómplices; ya que al no querer verse envuelto en líos

con la justicia habrían huido, como era lo habitual en la mayoría de esos casos.

Hacía dos días que sus compañeros habían salido con destino a la Subcomisaría de Lonquimay, por los asuntos de Ranquil. Llegó el peón del señor Schweiser a comunicarle que en el pozo donde desembocaba una acequia y que constantemente corría agua, había un cuerpo sin vida. El ciudadano extranjero mantenía una pulpería fuera de los lavaderos de oro y les vendía o cambiaba mercaderías por pepas de oro a los mineros. Ellos preferían llevarlo hasta ese lugar, antes de entregarlo en las faenas que les pagaban menos dinero o los tenían endeudados en sus propias pulperías.

A López le resultó imposible ir hasta el domicilio de Schweiser, porque el administrador, al percatarse de la gravedad de los acontecimientos, trasladó al policía y a todos los empleados a la parte alta del recinto. Allí había una casa, tipo fortaleza, que se encontraba apertrechada con todo el armamento necesario, como igualmente, una provisión de mercaderías de primera necesidad, para soportar un asedio de varios días:

-Haga el favor de decirle a su patrón, si puede venir hasta acá- dijo el Carabinero al peón.

A la media hora, el pulpero estaba relatando al uniformado:

-La Inés, una de mis mocosas, vio como los perros de la casa sacaban del pozo, que está al lado del camino, una pierna de un ser humano. Inmediatamente me avisó y yo le mandé a comunicarle a usted.

-¿Sería cerca de donde apareció el último cadáver?

-Sí, a más o menos veinte metros... Lo que pasó señor López, es que se secó el arroyo y los animales escarbaron en la arena.

-En estos momentos, es bien poco lo que puedo hacer. El cuartel se encuentra cerrado y estoy solo... Trata de darle cuenta al Juez de Distrito o, en su defecto, lárguele agua al pozo y cuando pase todo esto, nos preocuparemos del caso.

En esos momentos, iban llegando los policías de Lonquimay. Inmediatamente se entrevistaron con el administrador y se retiraron de los lavaderos fiscales.

Montoya, entre tanto iba llegando a las proximidades del pueblo. Al acercarse al puente, los dos se toparon con un regimiento de Carabineros, que reforzaría la guarnición. La pareja apuró el paso de las cabalgaduras; pero sólo llegaron al lado de los otros cuando los últimos Carabineros de la larga columna pisaban los gruesos troncos del puente.

-¿Qué jefe va a cargo de tropa?, preguntó Montoya a uno de los que cerraba la marcha.

-Mi comandante Fernando Délano Soruco.

-¿En qué parte va?

-A la cabeza del regimiento, mi Cabo.

-Gracias, huachito- respondió el jefe de Liucura y picando las bestias con sus espuelines, junto con su compañero se adelantaron a los que iban en la columna, Hasta alcanzar la propia cabeza.

Al llegar al lado del Teniente Coronel, sobre la marcha el de mayor grado dijo:

-Cabo Montoya, acompañado del Carabinero Anacleto Córdova se presenta mi comandante.

- Muy bien, Cabo. Forme a la cola del escuadrón y en el cuartel se me presenta de nuevo.

Después que acomodaron el ganado y lo forrajearon, el Comandante Délano se informó, en la oficina del Teniente Cabrera del estado de la situación.

Montoya, en la primera oportunidad que tuvo, se presentó nuevamente al jefe recién llegado, quien le manifestó:

-Cabo, desde este momento pasa a depender del escuadrón.

-A su orden mi Comandante.

CAPITULO XXIII

En el fundo Lolco, de propiedad de Juan Olagaray, que era trabajado en sociedad con Luciano Gainza, desconocían hasta esos instantes la revuelta que se había producido a pocas leguas del lugar. Ese invierno habían quedado cuarenta indígenas en el fundo para efectuar algunas faenas, sin embargo estaban al tanto de la situación, no se lo comunicaron a sus patrones.

Los aborígenes, vivían en un gran galpón que hacía las veces de cocina-fogón. Al fondo de la dependencia había una corrida de piezas que eran habitadas por el matrimonio Desiderio Silva y Rosalía Cruces con sus hijos Armenio, José, Sebastián y Juan.

El 28 de junio, al mediodía, el señor Luciano Gainza llegó hasta la “veta” (cable que sirve para atravesar el Bío-Bío en un cajón).

Vio en la ribera sur, a cinco individuos armados que se habían apoderado del transportador. Amenazándolo desde lejos uno de ellos gritó.

-Busca a tu gente para que te defienda.

Gainza se retiró del lugar con toda prudencia, para evitar que le dispararan por la espalda. Una vez que llegó a las casas, comunicó a su socio lo ocurrido, disponiendo que la señora Dolores, esposa del segundo, abandonara el fundo a la brevedad. La mujer se opuso tenazmente expresando que se quedaría para ayudar en la defensa. No hubo manera de convencerla de lo contrario. Reforzaron la vigilancia con Nicolás Insunza, pasaron toda la noche en vela, esperando el asalto, incluso de la propia peonada.

A la mañana siguiente, una espesa neblina cubría el sector. A los socios les pareció sospechoso un ruido distante. Mandaron a Insunza para que fuera a averiguar de qué se trataba. La orden era disparar un tiro en caso de algo anormal. El mayordomo se dirigió a las pesebreras y antes de montar revisó el funcionamiento de su viejo revólver, enfundándolo posteriormente.

Una vez montado, se acomodó las botas de cuero de chivo y el sombrero. Cabalgó mil doscientos metros aproximadamente y antes de llegar a unas matas de lleuques, el caballo le anunció un peligro, que el amo no alcanzó a percibir. De improviso se encontró rodeado de hombres. Trató de tomar la culata de su arma, sin llegar a rozarla siquiera. Fue desmontado a punta de garrotazos, que le fracturaron un brazo. Perdió el sentido, a consecuencia de los golpes recibidos en la cabeza. Quedó tendido en la nieve, cerca de las matas, presumiblemente dado por muerto. Antes de irse los insurgentes le quitaron el revólver.

Minutos después, cerca de cien hombres rodearon las casas patronales, disparando sus armas contra todos y contra todos, destrozando puertas y ventanas con hachas y fierros. Buscando víctima y botín, algunos llegaron hasta la cocina-fogón, donde se encontraban refugiados los indígenas y la familia Silva. Uno de los jefes, José Uribe, se subió sobre una banqueta y a viva voz dijo:

-Hay dos posibilidades... Nos siguen a nosotros o toman el camino largo. -Al mismo tiempo con un ademán indicó hacia el Bío-Bío.

Sabiendo que los indígenas eran fáciles de influenciar, no les prestaron mayor atención; pero si a los blancos que componían la familia del viejo Silva.

Emeterio Ortega, que hacía las veces de segundo jefe declaró:

-Ustedes están enrolados y tienen que seguirnos.

Desiderio Silva, mirando a los hijos, todos mocetones, agregó:

-Estamos de su parte.

-Bien muchachos, ahora tienen que tratar de buscarse armas.

Olhagaray y Gaiza estaban en el segundo piso, resistiendo el ataque. El primero premunido de un revólver y el segundo de una carabina Winchester. Desde la ventana veían como se quemaba el galpón donde estaba el pasto. Gainza dirigiéndose a su socio, dijo:

-Tenemos que huir...

El dueño de la propiedad, pensó buen rato antes de tomar una resolución. En la pieza contigua se encontraba su esposa. Sin embargo confiaba que los “alzados” tuvieran consideración con las mujeres. Rápidamente descendieron a la planta baja, saliendo por el lado de la cocina. Ahí fueron recibidos a balazos. Al comprobar que les sería imposible escapar trataron de volver a la casa; pero la puerta se les había cerrado por dentro. Ante tal situación se metieron precipitadamente en la cocina.

Los disparos cesaron un instante; pero casi en el acto se escuchó un estampido en el interior de la casona. Había sido Luciano Gainza, que en presencia de su socio, se puso la carabina en la sien derecha y se descerrajó un tiro. El cansado corazón de Olhagaray estuvo a punto de jugarle una mala pasada. Se sobrepuso lentamente y escapó, logrando ahora entrar a su casa. De uno de los dormitorios, tomó un libro de colchón y poniéndoselo sobre sus hombros salió por la puerta principal, tratando de escabullirse.

Los asaltantes, al verlo en la puerta y constatando que desde la cocina no respondían al fuego, con un chivateo ensordecedor, rodearon la morada y entraron en ella. Dos detuvieron al viejo. Los otros entraron tropezando con el cuerpo sin vida de Gainza. Le dieron de puntapiés en diferentes partes. Posteriormente hizo su aparición Ignacio Maripil, cacique de la Reducción Ralco. Se acercó al cadáver, en sus manos portaba un fierro asadero. Con ese instrumento le propinó un golpe en la cara y le vació el ojo derecho.

Desde ese momento, nadie se preocupó de nadie, todos saqueaban todo: joyas, dinero, mercaderías, ropa, etc.

El galpón con cuatro mil fardos de pasto en su interior, se consumía por el fuego en sus cuatro costados. Las llamaradas que se elevaban dantescamente al cielo aumentaron la escena horripilante.

El matrimonio Olhagaray, lo encerraron en una pieza. Desde allí sentían impotentes los gritos que lanzaba su empleada desde el dormitorio vecino. Después que cesaron los llantos y los gritos de la muchacha, salió un tal Troncoso, que se perdió por el pasillo.

Casi en el acto, apareció una mujer en el dintel de la puerta. Era joven y estaba semidesnuda. Cayó ahí mismo desmayada. Se trataba de María, la novia de Mariano, que hacía sólo quince días atrás había llegado al fundo.

Mientras tanto, otros tomaban tizones encendidos, tratando de quemar las bodegas, José Uribe, al ver eso se interpuso entre los más exaltados y les gritó:

-Eso no compañeros... Las bodegas no se quemarán. Nos servirán para obtener el pan que nos falta.

Unos pocos tomaron el cadáver de Gainza y lo amarraron a la cincha de un caballo para llevarlo al río Lolco. Samuel Vidal, antiguo jornalero del fundo, que hacía cinco años que se había retirado, dijo con firmeza:

-¿Qué sacan con llevarlo al río? Ya está muerto ¿por qué no lo entierran en el recinto de la casa?

De malas ganas acogieron la insinuación de Vidal: pero como pertenecían al grupo que él comandaba, lo tomaron como un orden.

Cerca del mediodía, había seis ovejas dorándose en la cocina-fogón, para el almuerzo de la gente. Adosadas a la pared del recinto, se encontraban dos largas bancas, cubiertas de jamones, quesos, mantequilla, carne y charqui. Cinco mujeres amasaban cuarenta kilos

de harina, enterrando porciones de masa en el rescoldo. Otras, ya sacaban las tortillas listas.

-¿Se puede saber tú interés en él?

-Sí. Nos comprometimos en matrimonio, una vez que termine todo esto...

-En ese caso hermanita, deberías habérmelo dicho antes.

Tomándola del brazo, la llevó hasta donde se encontraban el prisionero y sus guardianes para rectificar personalmente la orden.

Mientras los hermanos caminaban en el patio, se escucharon voces de alarma:

-Desaparecieron las armas... ¡No está Sepúlveda! Se fugó.

Viendo los Uribe que sin armas no podrían luchar, indicaron rápidamente al profesor que se aprovisionara en la pulpería, que habían establecido en el matadero y tomara destino a la frontera. Ellos lo seguirían detrás.

Para que la orden no tuviese tropiezos dispusieron que lo acompañara Gumercindo Campos. El encargado de la pulpería preguntó:

-¿Cuántas y qué cosas son las que van a llevar?

-Raciones secas, que no es necesario calentar, y un peso máximo de cuarenta kilos por persona, dijo Llanos.

Campos, casi en el acto, agregó:

-Sí, camarada; más de cuarenta kilos no podemos llevar, porque nos vamos montados.

Todos sabían que cruzar a caballo la cordillera en esa época, habría sido una utopía.

Para alejarse del campamento, tomaron el camino más recto hacia la ribera del río. Significaba más cansancio, porque tuvieron que caminar sobre nieve fresca. Se habían alejado tres kilómetros, más o menos, cuando Campos consultó a su compañero:

-Usted camarada. ¿Piensa llegar a la Argentina?

-Que camarada ni ocho cuartos. De aquí me voy para Troyo.

El otro se rió de buenas ganas, tenía la misma intención, pero no se atrevía dársela a conocer al futuro cuñado de Uribe.

-Bueno pues cámara... perdón, compañero. Botemos todos estos kilos que llevamos demás.

Así lo hicieron. Sólo dejaron cuatro galletas, un trozo de jamón y charqui, por lo que podría presentarse más adelante, encaminándose por la ribera del Bío-Bío hacia el cuartel que tenían los Carabineros en Troyo. A medida que se aproximaban al río Llanquén, avanzaban con todo cuidado para evitar caer de nuevo en las manos de los alzados. La caminata la hacían lo más alejado posible de la huella. Una vez que adelantaron el pequeño riachuelo, casi en la afluente con el caudaloso Bío-Bío, de improviso se encontraron rodeados. Una potente voz se dejó oír:

-Manos arriba.

Como impulsados por resortes, llevaron las manos al cielo; pero al ver los uniformes verdes, con alivio las dejaron caer, dos Carabineros saltaron hasta ellos y violentamente les enterraron en las costillas las trompetillas de las carabinas.

-¡Manos arriba!

Fue tan sonora la orden, que el eco se perdió en el cañón que nacía a veinte metros de ahí. El segundo grito los atontó. El profesor al ver los raídos uniformes; pensó que esos no eran Carabineros, sino insurrectos disfrazados.

Al ver al jefe, le entró el alma al cuerpo. Reconoció al Teniente Cabrera de la Tenencia de Lonquimay. Pidió permiso para saludarlo y, como pudo, rápidamente, le contó todas sus peripecias pidiendo que dispusieran de él y su compañero en la forma que estimara más conveniente.

El oficial redactó un salvoconducto para los dos hombres, enviándolos donde el Capitán Monreal que había trasladado su cuartel general a la casa de Ramón González, en Quilleime.

Al llegar a ese lugar, y a pesar del salvoconducto, fueron exhaustivamente interrogados.

CAPITULO XXVI

Los rebeldes que se encontraban en Contraco, al mando de José Uribe, se prepararon esa madrugada para partir a Llanquén, sin imaginarse que los uniformados estaban acampados ahí y que el grupo que comandaba su hermano había sido disuelto.

Faltaban pocos minutos para las cinco de la madrugada. Onofre Ortiz estaba al frente de la gavilla que saldría en algunos instantes más. Entre otros, iban los hermanos José y Juan Silva. Al partir, uno de los Silva vio a Avelino Muñoz salir de una rancho. Se frotó los ojos; después pestañó dos, tres veces; creía estar frente a

un fantasma, porque sabía que Muñoz tendría que haber sido asesinado en la noche anterior, junto con los otros condenados.

Como le viera ahí sin saber qué hacer, Juan le llamó:

-Don Onofre, monte a su caballo y vamos a combatir a Lanquén.

El otro sollozaba y como un demente se entremezclaba entre las bestias, sin poder ubicar la que buscaba. Uno de los hermanos, agarró un caballar del grupo y le pasó las riendas.

Al tomar el sendero que los conduciría a Lanquén, Onofre Ortiz exclamó:

-Puchas camaradas. Ando con una carabina de los verde y no tengo munición.

No habían recorrido tres kilómetros cuando los jinetes que punteaban vieron un cuerpo sin vida, en un costado de la huella. La luna que iluminaba con su resplandor plateado, la pulida cubierta de la nieve escarchada, permitió ver claramente el cadáver. La cara La tenía destrozada a consecuencias de los perdigones de una descarga de escopeta. Se hallaba en medio de un charco de sangre coagulada. Además, le faltaba un brazo.

Onofre con ira gritó:

-Eso le pasa a los desagradecidos que traicionan al movimiento...

José Silva, al pasar, le dijo a su hermano.

-¿No es el Zunco Heriberto Alegría?

-Sí, "era" el Zunco Alegría. Hace dos días que lo mataron. Se mostró cansado y no quería seguir caminando sobre la nieve. Uno de los dirigentes lo dejó descansando ahí mismo, agregó Juan a media voz.

El grupo llegó hasta la parte alta del río Llanquén, sin sospechar que a trescientos metros de allí estaba el Teniente Cabrera con su tropa.

Estaba aclarando; pero una espesa neblina cubría todo el sector. Juan se dio vuelta para mirar a sus compañeros. Cuál no sería su asombro, al encontrarse solo, con apenas cuatro muchachones; entre ellos su hermano.

-¿Dónde está el jefe?

-No viene... Y los otros se fueron quedando en el camino.

El otro Silva manifestó:

-Entonces, ¿qué hacemos aquí? ¡Devolvámonos!

Parece que ninguno se atrevía a lanzar esa frase; pero todos deseaban que alguien la pronunciara. Sin mediar orden, giraron sus cabalgaduras emprendiendo marcha falda abajo. Entre los que regresaban, se contaban Pedro Vial y Tomás Mariano. Al llegar al matadero de Contraco, sólo encontraron mujeres. Estas les rogaban que de quedasen, porque la policía no les haría nada. Les informaron que el Teniente Cabrera había mandado un mensajero de doce años, comunicándoles que se retiraran a sus domicilios, en caso contrario les haría la pasada.

Mientras daban forraje a sus animales, llegó Aníbal Sepúlveda, quien extrañado preguntó:

-¿Qué hacen ustedes aquí?

-Tuvimos que volver, porque se extraviaron algunos camaradas, respondió Vidal.

-Llegó la orden de que todos deben arrancar. Así que una vez que terminen de forrajear, parten lo más rápidamente posible.

**

*

El Teniente Cabrera, después de haber acampado la noche anterior en Llanquén, marchó con sus hombres todo el día siguiente, llegando al anochecer al fundo Lolco. Al verlo llegar la señora Olhagaray, se colgó de los brazos del oficial y lloró de felicidad.

-Señor Teniente, señor Teniente, creí que no terminaba nunca esta horrible pesadilla. El aludido, desmontó y pasó las riendas al Carabinero Fernández, acompañando la dama a la casona.

-Señor Cabrera, como favor especial, le ruego que tenga piedad de los revoltosos que hay en mi domicilio; porque no nos han asesinado a mí y a mi esposo.

El joven oficial se daba cuenta en el estado de excitación en que se encontraba la dueña de casa y para su conformidad, aseguró:

-No seremos nosotros los que los que hemos de castigar a los culpables. Sólo nos corresponde ponerlos a disposición de los tribunales correspondientes, y ellos serán los encargados de sancionarlos.

-Gracias Teniente, gracias.

Al ser detenido José Troncoso y la mujer de Sepúlveda, que hasta hace poco habían sido los “patrones” de la casa el matrimonio volvió a tomar las riendas del hogar y ordenaron rápidamente los destrozos. Entre tanto, los Carabineros fueron informados que Uribe estaba en la cocina-fogón. El jefe, acompañado de cinco funcionarios se trasladó al lugar y a viva voz consultó:

-¿Quién es José Uribe?...

Uno que estaba a la orilla del fuego, se incorporó y dijo:

-Aquí estoy señores.

Los tres policías que estaban más cerca reaccionaron en el acto y como si hubiesen recibido una orden, con las culatas de sus armas comenzaron a darle golpes hasta que con un quejido, se dobló en dos cayendo de bruces.

Más tarde lo llevaron a una dependencia que daba más garantías de seguridad y era vigilado toda la noche por los Carabineros.

El oficial preguntó a la señora Olhagaray si hubiera alguien que podría cuidar los caballos, según ella los más indicados serían los Silva. El padre y sus cuatro hijos quedaron esa noche al cuidado de los animales.

De la comida estaban encargadas las mujeres de los peones y también algunas de los insurgentes, entre las últimas se hallaba Laura Sepúlveda, José Troncoso aprovechando un momento en que nadie le observaba, le dijo a la mujer:

-Esta es la última oportunidad que nos queda para hacer desaparecer a los verdes del mundo de los vivos...

-¿En qué forma?- preguntó ella, pensando en reparar de algún modo la traición de su esposo.

-Poniendo estricnina en la comida que comerá la tropa.

No pudieron seguir charlando. Notaron que uno de los uniformados los estaba observando.

A las dos horas estaba presente una larga mesa, para que cenaran los policías. Laura insistió en que pasaran todos a la vez. Con esto, la dueña de casa aumentó sus sospechas, diciendo al Teniente Cabrera:

-Tenga cuidado con la comida. Con toda seguridad, preparan más de algo...

Al tomar conocimiento de esto, el oficial ordenó a sus subalternos que no probaran bocado alguno. Estos lo miraron incrédulos. Hacía varios días que no comían algo caliente y ahora que lo iban a hacer se lo prohíben.

El mismo oficial tomó uno de los platos que estaba servido sobre la mesa y lo puso en el suelo al alcance de uno de los tantos perros que había en el fundo.

El animal glotonamente engulló parte de la comida sin llegar a terminar con ella. Cayendo al suelo con espasmos violentos; y a los pocos minutos ya era cadáver.

Las que habían preparado la cena fueron detenidas e interrogadas, confesándose culpables la Sepúlveda y la Troncoso.

A la mañana siguiente, hicieron formar a toda la gente del fundo. Entre peones y colonos, llegaron al medio centenar. Se les encerró en un cerco que había entre la casa y las bodegas. Cuatro

policías se encargaban de registrarlos minuciosamente, en busca de posibles armas. Este acto era controlado por el oficial, teniendo a su lado al mayordomo Inzunza, quien era el encargado de reconocer a los que habían participado en la revuelta. Los culpables quedaron encerrados en un calabozo improvisado.

Dieciocho rebeldes fueron identificados, entre los que se contaban Canales, Troncoso, Darío, Luis Cabezas y Uribe.

El Teniente Cabrera tenía que facilitar el traslado de los detenidos; pero como no contara con suficiente personal, mandó al champurria con las últimas novedades sobre los alzados sometidos. De ese modo dio la oportunidad a Mariano para que eligiera al prisionero que trasladaría hasta Troyo.

El muchacho en todo momento llevó a Troncoso adelante y mientras caminaban por un desfiladero, lo desató y lo hizo desmontar, poniendo los caballos en el sendero, para impedir que escapara; y ubicándose en una pequeña plataforma, que no tendría más de cuatro metros, arrojó su cuchillón por el precipicio y la munición de su revólver la metió en las prevenciones de su cabalgadura, dejando el arma apegada al cerro. Dirigiéndose a Troncoso, que en todo momento lo había mirado en silencio y extrañado por sus movimientos, le dijo:

-Uno de los dos morir... Tú bien saber motivo.

El otro no esperó mejor oportunidad para huir. De un saltó se arrojó encima del muchacho intentando golpearle el estómago con la cabeza. Pero Mariano con la agilidad de la juventud, dio un brinco dentro del pequeño espacio, yendo el otro a estrellarse en el suelo violentamente.

Por espacio de quince minutos lucharon a muerte. Troncoso al borde del despeñadero se encaramó sobre su adversario y levantó una piedra que había logrado asir intentó golpearle en la cabeza.

Torres con fuerza sobrehumana logró levantar al prisionero antes y por sobre su propia cabeza lo proyectó hacia el barranco. Se oyó un corto alarido que dio Troncoso en su trayecto hacia el pedregoso río.

Al medio día, iban saliendo los policías de Lolco llevando el resto de los prisioneros. Los primeros iban montados; los segundos marchaban a pie y amarrados de las manos. Entre los detenidos se encontraba un indómito indígena, que se había destacado por su ferocidad antes y durante la revuelta. Al entrar a una senda que pasaba por un acantilado, donde treinta metros más abajo corrían las turbulentas aguas del Lolco, el rebelde saltó de entre sus compañeros y con una rara voltereta cayó al vacío.

En su intento de fuga pasó a llevar a dos compañeros suyos que también cayeron al barranco, golpeándose sobre las piedras que orillaban la ribera. Los uniformados apuntaron sus armas sobre el cuerpo que luchaba con las aguas pero llegaron a disparar ningún tiro. En segundos se había convertido en un desarticulado muñeco que se destrozaba paulatinamente, en las filudas rocas que poblaban el río.

Las aguas con la misma rapidez que se habían teñido de escarlata, retomaron su primitivo matiz.

Un Cabo acompañado de un prisionero llamado Isla, bajaron por la empinada pendiente. Uno de los caídos estaba con la cabeza dentro del agua; el otro daba quejidos entrecortados, brotándole sangre por la boca, nariz y oídos. Trataron de levantarlo, pero cuando lo hicieron, era un cuerpo al cual ya se le había escapado la vida. Al

sacar al compañero, vieron consternados que el cráneo se le había reventado como una sandía.

El primero en llegar a Troyo fue Mariano. Después de entregar la documentación, dio una lacónica explicación sobre su prisionero:

-Troncoso se fugó tirándose al Lolco.

Pero para sus adentros, pensaba que su misión está cumplida. Había dado cuenta de tres enemigos: dos por su patroncito Bascuñán y uno por la María.

CAPITULO XXVII

Los diarios de la capital no eran pródigos en informaciones de los sucesos que estaban ocurriendo en la zona cordillerana de Lonquimay. Sucedió eso más que nada, por la falta de medios de comunicaciones.

En la Alameda de las Delicias, avenida principal de Santiago, los puestos de periódicos exhibían los diarios extendidos en el suelo. Algunos incluso estaban abiertos específicamente donde se hallaban las noticias del sector amagado. Muchos transeúntes, ya se habían hecho un hábito pasar a leer los principales titulares antes de ir al trabajo. Muchos tenían puestos los ojos en el editorial que publicaba la Nación ese 1° de Julio de 1934.

“LA LABOR DE LA PROPAGANDA SEDICIOSA”

El texto era el siguiente:

“Para nadie es un misterio que la obra de los elementos disociadores de la capital, tienden, de manera preferente a extender sus ramificaciones a provincia, y en especial en agrupaciones obreras desvinculadas de los grandes centros urbanos.

Allí con la complicidad de la dura vida de sacrificio que deben soportar los trabajadores, es más fácil hacer admisible las absurdas utopías reivindicaciones que constituyen la base todos los pseudo-programas revolucionarios”.

“Esta chispa logró prender en medio de un conglomerado de campesinos ignorantes y sencillos. Llegó hasta ellos el embuste del agitador profesional y logró transformar toda una sociedad de labriegos pacíficos en hordas sanguinarias y crueles. Los desarraigó de la paz de sus labores para empujarlos en el camino del delito y del atropello de la propiedad ajena”.

“Después de consumir el atentado y cuando las Autoridades, en resguardo de la vida y de los intereses de la colectividad, hubieron de aplicar enérgicas y dolorosas medidas represivas, los conductores y los guías del movimiento, únicos responsables de la inútil sangre derramada, han comenzado a mixtificar el sentido de la revuelta y achacarlo a justas aspiraciones obreras derivadas de exacciones y lanzamientos ordenados por el gobierno”.

“El enérgico desmentido que han hecho el Ministro de Tierras y Colonización, el cual declara que desde que fueron radicados los obreros de Ranquil no se ha producido la menor dificultad entre éstos y las autoridades, pone de manifiesto la influencia de elementos extraños de perturbación en medio de las tranquilas faenas de las parcelas cordilleranas. No existe siquiera el pretexto de alguna acción judicial entablada en contra de los colonos, los cuales han gozado siempre, desde la fecha de su

radicación, de todos los derechos y privilegios que se le han concedido a fin de facilitarles la explotación de sus tierras”.

“Y lo más doloroso en casos semejantes es que las únicas víctimas bajo el indispensable rigorismo de la represión son los menos culpables de los actos que se castigan. Mueren labriegos y trabajadores incultos, soliviantados por la prédica engañosa de los que los arrojan por los senderos del delito y hacia el cual caminan con la inconsciencia fatalista de los que no están en condiciones de razonar sobre las torcidas intenciones de sus instigadores. En cambio, los verdaderos responsables, los hombres que, cobardemente ocultos, dirigen y propalan estos levantamientos a mano armada, raras veces alcanzan a recibir la sanción de la justicia”.

Tras la lectura venían los comentarios:

-Es la pura verdad, señor.

-Así es no más.

Un tercero levantó y dejó caer los hombres con desdén y reinició la caminata, demostrando escepticismo respecto a la opinión del diario. No cabía duda de que a más o menos ochocientos kilómetros sucedían cosas que el hombre capitalino desconocía totalmente.

CAPITULO XXVIII

Desde el 27 de junio, en Santiago estaban acuarteladas, en primer grado, las guarniciones militares y policiales, preparados para salir a la calle en cualquier emergencia.

El Ministro del Interior y los altos mandos de las fuerzas armadas estaban en conocimiento de la asonada que el Partido Comunista organizaba para derrocar al Gobierno. Sabían que el movimiento comenzaría con huelgas y disturbios callejeros. Y es por eso que se acordó no sacar contingente uniformado desde la capital.

En el atardecer del día 2 de julio, el Presidente de la República, dio personalmente, a través del teléfono de su despacho, una serie de órdenes al General Director de Carabineros, don Humberto Arriagada Valdivieso; al Director General de Investigaciones y al Intendente de Santiago, don Julio Bustamante. Todos deberían reunirse en la Intendencia con el fin de aunar ideas sobre la acción.

Faltaban pocos minutos para el mediodía, hora de la reunión, cuando el jefe de la policía civil llegó, en su automóvil, estacionándolo a un costado del edificio de la Intendencia.

Era el último de los que iban a reunirse.

Comenzó la reunión “a puerta cerrada”.

Una de las primeras preguntas fue formulada por señor Bustamante:

-General Arriagada, ¿con cuánta gente cuenta en el lugar de los sucesos?

El aludido extrajo, desde un portadocumentos, una libreta y después de ojearla, respondió.

-Las tropas al mando de jefes y oficiales que actúan son las siguientes:

“La base de operaciones se ha situado en la Boca Norte del Túnel de las Raíces, donde se encuentra el Comandante Fernando Délano Soruco. En ese mismo lugar se encuentran dos Tenientes, un veterinario y cincuenta Carabineros”.

“En Boca Sur, hay un Oficial y doce Carabineros”.

“En Curacautín, un Subteniente y diez Carabineros”.

“En Ranquil, el Teniente Cabrera con diez hombres; el Capitán Monreal con veintiséis funcionarios y el Subteniente Robertson con diez Carabineros”.

“En Lolco, un Cabo y dos Carabineros”.

“En Guayalí, un Cabo y dos Carabineros, lo que hace un total de ciento cuarenta hombres, señor Intendente”.

-Señor General, ¿cree usted que la situación será superada con ese personal?

-En el lugar mismo, podría asegurárselo con certeza; pero, por informaciones recibidas del Coronel Inspector de la Zona, señor Briones, los que huyen de Ranquil, siguen cometiendo delitos, a su paso por diferentes pueblos. Aquí tengo la última comunicación de dicho jefe.

Se trataba de un telegrama, redactado en los siguientes términos:

DIRECCIÓN GENERAL DE CARABINEROS

SANTIAGO

18:00 HORAS

EN ESTE MOMENTO COMUNÍCAMO TENIENTE CORONEL ROJAS PREFECTURA BÍO-BÍO QUE LA SITUACIÓN SE AGRAVA POR

MULCHEN PUNTO SÁBESE GRAN NÚMERO AMOTINADOS AVANZAN RIBERA NACIMIENTO BÍO-B ÍO ASESINANDO A SU PASO AL AGRICULTOR MARTÍNEZ QUEMANDO CASA PUNTO ESTA VIRTUD HE SOLICITADO ELEMENTOS EJERCITO ACUERDO INTENDENTE DE PROVINCIA FIN PERSEGUIRLOS.

BRIONES
INSPECTOR ZONA

Se debatió ampliamente la situación y se acordó mandar al Sur un tren especial, que llevara tropas y elementos necesarios para reducir la “sublevación”.

Antes de dar por terminada la reunión, el señor Bustamante se comunicó, por teléfono, con el primer mandatario, que aún se encontraba en su despacho en la Moneda (*)

-Sí Excelencia, el plan se programó de acuerdo a sus deseos...

-.....

-Sí, Excelencia; están en conocimiento. Le pasó el aparato al General.

-Sí, señor Presidente; habla el General Arriagada: ordene su Excelencia...

-Señor General, ¿de cuánto tiempo dispone para ponerse en marcha? Se escuchó casi nítida en el interior del recinto la potente voz del “León de Tarapacá” (**), por tener lejos de su oreja el auricular el General.

(*) Casa de los Presidentes de Chile.

(**) Así llamaban a don Arturo Alessandri Palma.

-En media hora, señor Presidente, -respondió en el acto, agregando. —es tiempo suficiente para trasladar a la tropa con su armamento correspondiente y su ganado de cargo a la estación Central, listos para partir...

El Intendente, que no había escuchado bien, preguntó al jefe de Investigaciones:

-¿Diez horas?

-Media hora, señor Intendente, -contestó el otro.

-¡No!... ¡Media hora! ¡No! No puede ser. Necesito más tiempo para acondicionar el transporte de la gente...

-Excelencia, según lo comunicado por el señor Intendente, es imposible partir antes de dos horas. Hay que solucionar algunos problemas derivados del traslado de la tropa en ferrocarriles.

Por unos minutos más el jefe policial seguía recibiendo instrucciones, las que a cada momento, eran interrumpidas sólo por un,

-¡A su orden, Excelencia!

Terminada la conferencia, el General Arriagada se dirigió cortésmente, pero con cierta firmeza, a la primera autoridad provincial:

A la una de la madrugada, necesito el convoy, listo para salir, señor Intendente.

El otro miró su reloj y contestó:

-Por todos los medios, trataré que el tren esté listo a la hora indicada, señor General.

Se intercambiaron algunas palabras más y se dio por terminada la reunión.

A esa hora, en la 16ª Comisaría del Tránsito, ubicada en calle Carrión, ya había sonado la retreta. El personal de tropa que no estaba cubriendo servicios de centinelas, dormía en las cuadras. Los oficiales prolongaban su cena con una agradable tertulia de camaradería en el casino de la Unidad.

El telefonista enclaustrado en una pequeña división dentro del cuerpo de guardia, gritó hacia la amplia y fría sala:

-¡Uno de guardia!

El Carabinero que estaba más cerca, de tres zancadas se puso en la ventanilla del cuartucho:

-Ordene, mi cabo Pérez...

-Ubique rápidamente a mi Mayor y dígame que desde la Prefectura General, mi Coronel Besoain desea hablar urgentemente con él.

-Se iba a retirar, cuando otro de guardia le comunicó que recién había visto al Comisario en el Casino de los Oficiales.

-Gracias, compañero.

El telefonista, que había escuchado también, llamó al que iba a llevar el mensaje:

-No vaya, Carabinero. Trasladaré la llamada a esa dependencia.

Los oficiales, que veían a su jefe hablar por teléfono, un tanto tenso, percataron de que se trataba de algo importante.

Maquinalmente el jefe llevó su diestra hasta el timbre, presionando dos veces. Casi en el acto, hizo su aparición el mozo del casino.

-Ordene, mi Mayor.

-Que el corneta toque la formación...

Los oficiales se incorporaron automáticamente, como si una descarga eléctrica les hubiera alcanzado al mismo tiempo. El mozo quedó petrificado en su lugar.

-¡Que inmediatamente toquen a formación! –tronó de nuevo, el Comisario.

El subordinado repitió la orden, antes de salir precipitadamente.

Al quedar solo con sus subalternos, que lo miraban extrañados, dijo:

-Hemos sido elegidos para ir al Sur...

En ese mismo instante, se escuchó en todo el recinto el vibrante toque del clarín, llamando a formación. Los hombres de tropa se dejaron caer de sus lechos, vistiéndose rápidamente.

-Compadre Vargas, parece que estalló la revolución... -comento uno.

-¡Que revolución, ni que ocho cuartos! Seguro que llegó un jefe de la Prefectura y quiere ver como estamos de rápido para una emergencia.

El otro ya no estaba a su lado. Iba en la puerta de la cuadra con las fornituras y la carabina en las manos, sumándose al grueso

del personal que corría por el pasillo para alcanzar la escalera que los conduciría al primer piso.

Algunos, a medida que descendían se iban abrochando el correa y, por su inestabilidad, caían por los peldaños, al ser empujados por sus compañeros que trataban de llegar antes a la fila.

En el amplio patio de la Unidad, el Mayor, en contados minutos, recibió la cuenta de los jefes de las cinco secciones de la Comisaría, faltando sólo los que se encontraban de servicio.

-Capitán Manuel Bordes Bórquez...

-Ordene, mi Mayor.

-Se hará acompañar por el teniente Pablo Tuza Concha, por el Subteniente Armando Salas Acevedo y el Brigadier Hernán Romero Meza. A medida que eran nombrados, los oficiales se cuadraban.

Entretanto, el jefe continuó:

-¡Capitán Bordes! Llevará la sección y completará cincuenta hombres con la segunda escuadra. Velará personalmente para que le den cien tiros a cada uno; equipo de campaña completos y cabalgadura de cargo.

-A su orden, mi Mayor.

Dirigiéndose a todo el escuadrón, el Comisario dijo:

-En veinte minutos más, revisaré el personal elegido para despacharlo. El resto quedará en la cuadra.

A la media hora, los oficiales y la tropa de la 16ª Comisaría, trotaban sobre sus bestias por la mal iluminada calle Vivaceta, hasta cruzar el puente Mapocho. Siguieron por Balmaceda, para continuar

posteriormente por Matucana. A la una de la madrugada llegaron a la estación Central, donde existía un movimiento febril. Quince minutos antes, habían llegado los efectivos de la Escuela de Carabineros, que también habían sido destinados al Sur.

Las bestias eran conducidas a los carros de rejas. Cinco carros fueron ocupados con animales, uno con víveres, forraje y equipo. Esto último, de imprescindible necesidad para el personal que se iba a relevar. La tropa viajaría en tercera clase, con su atalaje y armamento correspondiente, quedando a cargo de los Suboficiales más antiguos.

El general Arriagada se preocupaba personalmente de los preparativos del embarque. Su recio vozarrón, se extendió por el andén al consultar a viva voz:

-Los fusiles-ametralladoras de la 15ª Comisaría, ¿llegaron ya?

El Capitán Bordes, que se encontraba cerca, se cuadró ante él, diciendo:

-Permiso mi General. Se presentaron seis hombres de la 15ª Comisaría, conduciendo dos fusiles-ametralladoras y, de acuerdo a las instrucciones, los agregué a mis secciones.

El jefe superior llevó su mano a la visera:

-Conforme Capitán; gracias.

A la una y treinta minutos el jefe de estación, dio la orden de salida. El conductor tocó dos veces un silbido. Su ayudante, desde la cola del convoy, movía un farol portátil y el maquinista le arrancó tres sonoros pitazos a la locomotora, antes de partir.

A los pocos minutos, en la estación, sólo quedaba el negro humo que se mezclaba con la neblina, que cubría la capital...

En el carro de primera, viajaba el General Director. En el asiento del frente el Teniente Coronel Jorge Díaz Valderrama; más atrás, se hallaban los oficiales de la 16ª Comisaría del Tránsito; y al lado contrario, los jefes de la Escuela de Carabineros: Capitán Ricardo Romero Meza; y los Tenientes Domingo Díaz Silva y Guillermo Sepúlveda Vallejos. En el vagón siguiente, iban cincuenta hombres de la Escuela. Portaban dos fusiles-ametralladoras.

Vargas y su compadre, que eran de la primera sección, fueron de la partida. El segundo, con chanza, dijo:

-El ojito suyo, compadre. Así que era para vernos como estábamos de rápido, ¡ah...!

-Si fuera adivino, cumpa... no estaría de "paco".

-¿Y se podría saber dónde estaría?

-En estos momentos, durmiendo en una regia cama y de día, vería la suerte...

Iban a seguir charlando, cuando de diferentes partes se levantaron voces para hacerlos callar. Muchos ya dormían en los asientos, tapados con sus mantas. Los que no lo hacían, seguramente pensaban en los seres queridos, que tan inesperadamente dejaron.

Fuerzas solicitaron
A varios pueblos cercanos
Fuerzas de Traiguén fueron
De Imperial y de Lautaro
Desde Santiago partieron
El General Arriagada

Y sus Carabineros

CAPITULO XXIX

Mientras en el sur se luchaba con el arma al brazo, en la capital se preparaban los parlamentarios de oposición para librar una batalla de palabras con representantes del Gobierno en el seno del Congreso Nacional. Se había citado a los Honorables Senadores a una sesión extraordinaria para el día 2 de julio, la que contaría con la presencia de algunos Ministros de Estado, siendo uno de los puntos a tratar, los sucesos de Ranquil.

En sus bancas se encontraban treinta y dos senadores, presididos de los señores Marambio y Pradenas y en el lugar correspondiente a las visitas destinadas a exponer materias de importancia, se encontraban los señores Ministros del Interior, Tierras y Colonización y el de Relaciones Exteriores.

La primera cuenta se relacionó con otros asuntos, luego vino una presentación hecha por don Jorge González, en la que pide que el Senado declare admisible la acusación que se formula en contra de un Ministro de Estado.

Finalmente, el señor Morales, pide la palabra para tratar la materia relacionada con los sucesos de Ranquil.

"Una vez que cuente con todos los antecedentes que me están suministrando, daré más detalles; pero, puedo adelantar que estos sangrientos sucesos se deben a que los ocupantes nacionales fueron expulsados de los terrenos fiscales en que estaban ubicados; por esta causa, cincuenta o más familias vagan errantes por esa zona cordillerana, con el hambre producida por la paralización de los trabajos del Túnel de las Raíces y los lavaderos de oro de Lonquimay".

“Condeno la acción de los Carabineros en estos sucesos y protesto de la persecución de que están siendo objeto los obreros indigentes”.

Sus partidarios se pararon y aplaudieron estruendosamente, amplificándose los “vivas” en el gran salón de sesiones.

El señor Salas Romo, pidió la palabra.

-Tiene la palabra el señor Ministro del Interior, -dijo el Presidente:

“De las palabras pronunciadas por el señor Morales, se desprende que no tiene conocimiento aún de los hechos que se han desarrollado en la región de Lonquimay. No tiene ninguna razón para decir que el Gobierno está preocupado de perseguir a los obreros con metralla, desentendiéndose de los hechos que seguramente están en conocimiento de los Honorables Senadores”.

“Se trata de un grupo de sujetos que fueron radicados, en calidad de colonos, en una propiedad particular; se encuentran de hecho en ella, sin que se les haya molestado en forma alguna. No existe ninguna orden en contra de ellos y por dificultades de carácter económico, seguramente, y movidos por la agitación y propaganda hecha dentro y fuera del recinto del Senado, resolviendo esos hombres a salir de sus parcelas e irse en contra de las pulperías y almacenes que hay en los alrededores. Las asaltaron y en virtud de la resistencia hecha por los propietarios, han sido muertos algunos de estos últimos”.

Se trata en consecuencia, de un salteo, de un asalto a mano armada y el Gobierno tiene la obligación de someter a esos delincuentes...

El Ministro fue interrumpido por los aplausos de los Senadores de Gobierno y parte del público, que se encontraban en las graderías. Él, entretanto hacía ademanes, pidiendo silencio. Finalmente pudo terminar:

“A esos delincuentes hay que entregarlos a la autoridad correspondiente, para que sean juzgados”.

Nuevos aplausos en el hemiciclo.

El señor Mandujano Tobar, Ministro de Tierras, pide una interrupción y se le concede:

“En el fundo Ranquil, la agente ha estado y está en continua posesión del suelo, ya que no han hecho gestiones para desalojarlos ni el Ministro ha dado orden de expulsar a ningún obrero”.

Uno de los parlamentarios de oposición, pide el tiempo de su partido. El señor Marambio, con voz grave, dice:

-El Honorable Senador Puga, tiene la palabra.

El aludido elevando el tono de su voz, atacando la acción del Gobierno. Concluye con las siguientes palabras:

-Son cargos injustos, que, a mi juicio, significan la campaña que se ha emprendido en contra de los parlamentarios de izquierda, porque defienden los intereses de los empleados y los obreros y porque abogan para que haya paz y justicia social.

Nuevos palmoteos; pero ahora, mezclados con rechiflas desde las galerías. Los periodistas no esperaron la Orden del día, donde se debía debatir materias tratadas anteriormente. Salieron rápidamente del edificio del Congreso...

CAPITULO XXX

El máximo personal de Carabineros, que estaba actuando en la zona, fue citado para las quince horas, de ese día, en el Cuartel de Troyo.

Con tiempo, se afeitaron, lustraron sus polainas y fornituras, cosiendo, además, todas las roturas de sus uniformes; tratando de estar lo más presentable posible para cuando fueran revisados por el Capitán Monreal. Este, a la hora indicada, se presentó ante la tropa formada, haciendo salir de la fila a los tres Oficiales y después de los saludos de rigor, se dirigió al personal:

-Los focos están totalmente dominados. Sólo quedan algunos facciosos que están escondidos o han huido al otro lado de la cordillera. Tenemos trabajo aún para algunos días más. Además, hay que poner el mayor interés posible en nuestras funciones, porque está anunciada la visita de mi General Humberto Arriagada.

Se explayó sobre varios tópicos de los sucesos, de los procedimientos. Este último punto, lo trató con algunos detalles.

-Con respecto a los prisioneros, he tenido muchas quejas de parte de ellos. Acusan al personal de flagelaciones; incluso dicen que se ha castigado a miembros de sus familias, sin hacer distinciones si son hombres o mujeres, adultos o niños... Si esto ocurrió, se terminó Carabineros. No aceptaré, por ningún motivo, el castigo de nadie... Y si esto llega a suceder en el futuro, el culpable será puesto a disposición de la Justicia Militar. La forma en que concluyó, demostraba que no se trataría de una advertencia en vano. En su rostro, demostraba que se encontraba visiblemente molesto.

El semblante de algunos funcionarios, se coloreó; no se sabía si de culpabilidad o de enojo.

Al terminar la reunión, los oficiales de menor graduación tomaron el mando de sus escuadras y dispusieron salir de inmediato a dar otras batidas, con el fin de recuperar las especies o tomar más detenidos. Sabían que, en dos días más, serían conducidos a Lonquimay los que en esos momentos se encontraban presos en el cuartel.

Tres funcionarios de Temuco se hicieron acompañar por el cabo Brevis, que serviría de guía a los afuerinos. Estaban ensillando para partir, cuando Mariano se acercó a ellos. El muchacho estaba muy excitado:

-Ismael Cáster, traerlo anoche a casa...

-¿Cáster?

-Sí, el que disparar señor Reyes y Maldonado.

-¡Ah...! Ya; conforme. ¿Nos puedes acompañar?, -preguntó el Cabo de Lonquimay al champurria.

El otro, con el rostro iluminado de felicidad, respondió:

-Como tú mandes, señor.

Velozmente recorrió el corto trayecto que lo separaba de su bestia y, de un salto, montó, exigiendo a su animal para aparejarlo con los caballos de los policías, quienes ya habían partido.

En contados minutos, Brevis relató a sus compañeros cómo habían caído heridos sus colegas, por las balas de Cáster.

Un Cabo de Temuco, de apellido Verdugo, semblanteó a sus camaradas y al civil, proponiéndoles:

-Matemos a ese desgraciado...

Brevis lo miró y se rió, diciendo:

-Se ve que le hace mérito a su apellido. Estoy de acuerdo con usted mi Cabo.

Todos estuvieron de acuerdo, menos un Carabinero que se limitó a encogerse de hombros, diciendo:

-Usted sabe, mi cabo; yo sólo acompaño, -lo que quería decir que él deslindaba responsabilidades.

Verdugo le replicó en el acto:

-Puchas que es poco hombre compañero; parece que le hicieron mella las palabras del “Capi”.

Durante casi todo el trayecto, molestaron al reticente, hasta que se vio obligado a unirse a los demás en la idea de eliminar a Cáster. El temor que a él también le dieran el “bajo”, surtió efecto.

Por diferentes caminos, se dejaron caer a la hijuela Los Guindos, de propiedad del jefe rebelde. En los alrededores no vieron muestras de seres vivientes. Ningún ladrido les salió al paso. Con toda calma, amarraron sus cabalgaduras y, con las carabinas listas para disparar, se dirigieron a la casa. Inesperadamente una figura de mujer se recortó en la puerta. Tenía un niño en sus brazos.

-Buenas tardes, señora, -saludó el Cabo Verdugo.

-Buenas, señores.

-¿Cómo se llama usted, señora?

-Marta.

-Su nombre completo, señora, -insistió el Cabo.

-Marta Rosa Venegas, mi Cabo...

-¿Usted es la señora de Ismael Cáster?

-Sí, señor.

-¿Él está aquí?

-No, señor.

-No mienta, mire que sabemos que llegó anoche.

El asombro que mostró en su rostro, traicionó a la mujer. Los policías, presumiendo que no estaban equivocados, pusieron las carabinas en ristre y entraron a la casa. La mujer intentó sujetarlos. Al hacerlo, se le cayó la menor, mostrando además, un estado de gravidez, de más o menos, siete meses.

Desde el interior de un cuartucho, un nauseabundo olor hirió las narices de los policías. En un rincón, un bulto que daba lastimeros quejidos, descansaba sobre unos cueros... Destaparon un pequeño agujero que había en la pared y que hacía las veces de ventana, penetrando una bocanada vivificante de aire. Con linterna se ayudaron para romper la penumbra.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de los uniformados. Ahí estaba el “peligroso y criminal” Cáster, a merced de sus manos. Se encontraba desnudo de la cintura para arriba y unas horribles llagas le cubrían el cuerpo, de los cuales se escurría a borbotones el pus y también les pareció ver uno que otro repugnante gusano.

-Bien señora, tenemos que llevarnos detenido a su esposo, por haber participado en la revuelta. Se le acusa de varios delitos de los cuales tiene que responder ante la justicia, -dijo el Cabo temuquense.

La mujer presintiendo el fin que esperaba a su hombre, le gritó:

-Si lo van a matar, tienen que hacer lo mismo con nosotros, porque no sabremos qué hacer con mi hijita Lucía... Además, estoy esperando otra cría.

El más interesado en hacerlo desaparecer, se apartó con sus colegas y dijo:

-En estas condiciones, no lo podremos llevar al río; menos al cuartel...

-Es cierto. Por lo demás, este infeliz se está pudriendo entero y es preferible que se muera solo, -dijo el Cabo Brevis.

-Y así también nuestras conciencias nos dejarán dormir tranquilos, -agregó el Carabinero que no estaba con la muerte de Cáster.

A esa misma hora, otra patrulla que había salido de Troyo con una misión, parecida a la de Brevis llegaba al domicilio de uno de los insurrectos. Recorrieron todas las habitaciones y no encontraron un alma. Los hombres que no habían sido detenidos, habían escapado; y las mujeres, por temor de represalias, se escondieron en otros domicilios también huían.

A unos metros de la casa, en la cocina-fogón, se escuchaban fuertes gruñidos y ladridos. Los policías de la patrulla, se acercaron. Cuatro grandes chanchos y otros tantos perros. Todos esqueléticos.

-Esta puebla ha quedado desocupada, a lo menos, hace seis o siete días y los animales no comen durante todo ese tiempo.

Luchaban entre ellos a muerte. Todos pechaban por meterse en la rancho, donde, en un rincón había algo que las bestias mordían, arrancando pedazos.

-Seguro que se trata de algún animal muerto, -dijo un policía.

Desde el interior, salía un olor putrefacto. Con sus linternas iluminaron el rincón. De la garganta de uno de los presentes, escapó una exclamación de asombro.

Los brutos se peleaban un cuerpo humano. A punta de culatazos, lograron alejarlos. El cuerpo se encontraba totalmente despedazado, y por lo poco que de él quedaba, concluyeron que se trataba de una anciana de más de noventa años. Con un lazo ataron la puerta de la cocina y la otra punta en uno de los caballos, ésta fue arrancada de cuajo; posteriormente la pusieron sobre vigas del cuartucho y encima de los tablones depositaron los restos de la mujer.

No pudieron darle cristiana sepultura, por ser la autoridad competente la que debía ordenar el levantamiento del cadáver para su autopsia.

Al regresar al cuartel de Troyo, informaron a sus superiores el hecho.

Después de la cena, en el Cuartel de Troyo, los funcionarios y civiles que no habían participado en la revuelta, se reunían para contar las anécdotas que les había tocado vivir. En esos momentos, el relator de turno era el profesor Llanos.

-Cuando mi Capitán Monreal se encontraba en la casa de Ramón González, en Quilleime y me presenté con el salvoconducto que me diera el Teniente Cabrera, me comisionó para que trajera

detenido a Florentino Pino a este cuartel, por cuanto no se podía distraer dos funcionarios en casos “de rutina”.

Después de una carraspera satisfactoria, continuó:

-Me dieron a conocer la misión que tendría que cumplir y me armaron con un revólver y la suficiente munición, demás, un caballo. Todo eso, tendría que entregar junto con el detenido. Otro salvoconducto, y reinicié la marcha de regreso. A Pino lo llevaba amarrado de las manos y caminaba a pie. Tenía la terminante orden de que, si intentaba escapar, dispararle. Antes de partir, el Capitán, me dijo:

-“Usted me responde con su vida, si se fugara el detenido. Por lo tanto, tiene que entregarlo en el cuartel, vivo... o muerto. ¿Entiende señor Llanos? Vivo o muerto”.

-Sí, señor Capitán, -le respondí.

-Durante todo el viaje el rebelde me imploró:

-“Señor Llanos, por lo que más quiera, déjeme en libertad”.

-Le miraba con lástima, viendo como se le había extinguido, tan rápidamente, la soberbia, que, hasta tan sólo tres días atrás mostrara.

Ahora venía un suspiro de pena, antes de seguir:

-Después de haberlo entregado en Troyo, se me faci...

El relato fue interrumpido por el sonido de un clarín, que indicaba el toque de queda. Todos se encaminaron a sus alojamientos. Al día siguiente, la diana sería a las seis de la mañana.

A la hora indicada, el campamento reinició el movimiento habitual. Ahora, más febril, con los preparativos que se hacían para llevar a los treinta y cinco detenidos a Lonquimay. A cargo de la vigilancia, irían quince policías. Como de costumbre, los detenidos caminaron a pie, no con el mismo ánimo de que padecieran, sino que no habían otros medios, ni caballos, ni otros animales. Además, con caballos habrían intentado una fuga masiva.

Anocheciendo, llegaron a la Subcomisaría de Lonquimay, donde fueron autorizados para ingerir algunos alimentos calientes. Recibieron atención sanitaria del practicante del pueblo y fueron acomodados en la bodega de forraje. A la mañana siguiente, reiniciaron la marcha hacia Boca Norte, distante veintiocho kilómetros.

A las diecinueve horas, arribaron a esa localidad, donde estaba el grueso de los obreros que construían el Túnel de las Raíces. Estos sabían que los campesinos de Ranquil estaban en el camino, próximos a arribar.

El pueblecito contaba con bastantes comodidades, incluso un local que servía de teatro. Allí fueron alojados los prisioneros.

El doctor Hernández que ejercía allí su profesión, les prestó atención médica, ya que algunos venían en mal estado de salud, incluso, muchos tenían completamente destrozados los pies. También recibieron comida en abundancia.

A día siguiente les esperaba otra jornada de cuarenta kilómetros.

En Curacautín, todo el vecindario se volcó a las calles por las cuales tendrían que transitar los presos, hasta el lugar que les serviría para pernoctar, antes de continuar por tren a Temuco.

Cuarenta insurrectos caminaban dificultosamente por el barro que cubría las calles. Algunos asegurados con cadenas de seguridad en las muñecas; pero la mayoría iba amarrado por cordeles. Tanto los detenidos, como los quince Carabineros, eran irreconocibles, bajo la capa de lodo que los cubría.

En la estación del ferrocarril, fueron ubicados en una gran bodega. Allí iban a descansar antes de seguir viaje a Temuco.

Muchas personas pidieron ver y hablar con los presos; pero fue imposible. Estaban estrictamente comunicados, todos se encontraban en el centro del amplio galpón, debiendo permanecer apegados al suelo, fueron sentados, acostados o arrodillados. Fueron autorizados para encender fuego. Preparaban bebidas calientes y, a la vez, se temperó el ambiente. Mientras tanto, nuevamente, un practicante de Carabineros curaba las llagas de los pies de los caminantes.

Una guardia permanente rondando por fuera de la bodega. Cerca de las cinco de la madrugada, se iniciaron los movimientos para partir.

La locomotora del tren especial que conduciría a los detenidos, fue alimentada toda la noche. A las seis, todos estaban embarcados en un carro de rejas, que, comúnmente, suelen llevar animales.

Un oficial revisó los candados y selló y dio su conformidad al conductor. Sonó un pito y se inició la marcha, dejando atrás sólo una estela negra, que poco a poco fue disolviéndose.

Los que presos cayeron
Los trajeron al instante
Que sin saber la razón

Muchos pobres ignorantes
Están a disposición
De un Ministro sumariante

CAPITULO XXXI

El General Director de Carabineros, se encontraba en su sobria oficina en el edificio policial. Se hallaba medio encorvado sobre el escritorio, enfrascado en unos apuntes que hacía.

Una vez terminada la tarea, se incorporó, con alivio y distendió los músculos, se aproximó a los ventanales de su despacho viendo las construcciones vecinas a la Dirección General, encendió un cigarrillo y repasó el escrito. Posteriormente le entregó el borrador a su Mayor –ayudante:

-Redacte, a la brevedad, ese informe, Mayor.

-A su orden, mi General.

Alguien golpeaba la puerta de la dependencia.

-Adelante.

Era una ordenanza. Se cuadró al mismo tiempo que entregaba un documento al General. Se trataba de un radiograma que llegaba a la zona de los sucesos. La mirada del jefe máximo de la policía chilena se iluminó una vez que se impuso del contenido. Parecía que los acontecimientos marchaban hacia la solución final.

-Cumplida su orden, mi General, -dijo el Mayor-Ayudante, mientras entregaba el trabajo copiado a su jefe.

Este, acomodándose en su sillón; y bajo una brillante luz se puso a leer:

Santiago, 11-VII-1934

Al señor Ministro del Interior.

Presente.

Para informar a US. Que el día 2 del presente, a las 22.00 horas, recibí orden de S.E. el Presidente de la República de trasladarme con tropa de Carabineros a la ciudad de Mulchén con el fin de impedir el avance sobre dicha ciudad de los bandoleros que actuaron cometiendo toda clase de depredaciones en la región cordillerana de las Provincias de Cautín y Bío-Bío.

A las 1.15 horas del día indicado partí de Santiago en un tren especial, acompañado del Teniente Coronel Jorge Díaz Valderrama, con el siguiente personal:

16ª Comisaría del Tránsito. Capitán don Manuel Bordes Bórquez, Teniente don Pablo Tuza Concha, Subteniente señor Armando Salas Acevedo, Brigadier don Hernán Romero Meza y cincuenta hombres de tropa, cada uno con cien tiros. Además se llevaron dos fusiles-ametralladoras, servidos por seis hombres de la 15ª Comisaría del Tránsito.

Escuela de Carabineros. Capitán don Ricardo Romero Meza, Tenientes señores Domingo Díaz Silva y Guillermo Sepúlveda Vallejos, con 50 hombres de tropa y con el mismo armamento indicado anteriormente.

A las 17.00 horas del mismo 3 arribé al pueblo de Santa Fe, en donde sostuve una conversación con el Intendente de la Provincia de Bío-Bío, señor Fortunato de la Maza, y me impuse de que no había ningún movimiento organizado por los bandoleros en dirección a Mulchén y todo sólo se reducía a simples conjeturas. Sin embargo, en

la posibilidad de que ello pudiera ocurrir, y a fin de cortarles todo paso, envié por ferrocarril a Santa Bárbara al escuadrón del Capitán Romero, con orden de concentrar diez hombres en ese pueblo, concentrarse al propio Capitán con quince hombres en Loncopague y hacer avanzar al Teniente Díaz por el cajón del Bío-Bío e internarse hasta tomar contacto con el Capitán señor Valenzuela. Este Capitán se encontraba con fuerzas a su cargo actuando en esa región desde el sábado 30 de junio próximo pasado. El capitán llevó orden de relevar estas fuerzas, llevándoles víveres, forraje y calzado.

Yo seguí por ferrocarril con el escuadrón de la 16ª Comisaría del Tránsito en dirección a la ciudad de Mulchén donde llegamos a las 19.00 horas. Allí desembarcamos al personal y el ganado, partiendo al día siguiente (4-VII) a las 9.30 horas en dirección al fundo El Morro, acompañados del señor Carlos Altamirano, quien hizo con nosotros toda la expedición. Llegamos a ese punto a las 17.30 horas de ese mismo día. Aquí nos alcanzó el médico 2º de Carabineros don Néstor Flores y el practicante Morelli, que habían partido de Santiago con el nocturno del miércoles 3, llevando consigo los materiales de sanidad necesarios facilitados por la Sanidad del Ejército, por carecer Carabineros en absoluto de ellos.

Al día siguiente (jueves 5, a las 7 horas) partimos en dirección a Pemehue, a donde llegamos a las 17.40 horas.

El día 6-VII, a las 7 horas partimos a Lolco, debiendo atravesar la cordillera de Pemehue por el paso de Chilpa, llegando a Bellavista a las 14.00 horas; allí me informé que en Lolco los bandoleros habían sido dominados por los Carabineros y se encontraban dispersos y fugitivos por la montaña. Además, concentrada en ese punto había tropa suficiente de Carabineros, de modo que hice alojar el escuadrón en las casas de Vilicura y seguí acompañado del Comandante señor Díaz y del Médico señor Flores

hacia Lolco, a donde llegué a las 16.30 horas, después de haber hecho una jornada de 150 kilómetros en total.

Encontré allí a las siguientes topas de Carabineros; 22 hombres del escuadrón Collipulli, a cargo del teniente Luis Arriagada, y 16 hombres del Escuadrón Mulchén a cargo del Teniente don Manuel Danyau Rivas.

Me impuse personalmente de todos los detalles del salteo verificado en las casas del fundo Lolco, de propiedad de don Juan Olhagaray, y que serán consignados en la cuenta oficial del señor Comandante Délano.

Al día siguiente se me presentó el Comandante señor Fernando Délano, acompañado de su Teniente ayudante señor René Sepúlveda y del teniente señor Luis Cabrera. Dicho jefe me dio cuenta verbal de la situación de la tropa en los distintos puntos que fueron asaltados por los bandidos. Le ordené que se volviera a Contraco, en donde estableció su cuartel, para que siguiera la persecución de los fugitivos, reuniera el mayor número de antecedentes y regresara a su guarnición, a fin de confeccionar el parte con todos los detalles del caso. Le ordené también destacar de su tropa cuatro hombres en Lolco, seis en Guayalí y diez en Contraco.

Al día siguiente (8-VII) emprendimos el regreso por la misma ruta.

Mayores detalles relacionado con los sucesos ocurridos no los consigo en el presente Oficio por cuanto es indispensable conocer la cuenta detallada que darán todos los oficiales que actuaron.

Estimo de mi deber dejar constancia del alto espíritu de sacrificio, abnegación y entusiasmo con que actuó el personal de Oficiales y tropa cuando careció de las especies de absoluta e

indispensable necesidad para esta clase de conmociones, que no las tiene el servicio a mis órdenes y que dentro del rigor de las marchas proporcionan una mínima comodidad y un gran alivio, razón por la cual en su oportunidad pediré al Señor Ministro se dote a Carabineros de estos elementos indispensables.

HUMBERTO ARRIAGADA VALDIVIESO
General de Carabineros y
DIRECTOR

Repasó la lectura. Al terminar esta vez, tomó la lapicera y mojándola en la tinta, firmó.

-Que despachen, de inmediato, este oficio.

-A su orden, mi General.

CAPITULO XXXII

Al día siguiente, en la Intendencia de Santiago, el Oficial de Carabineros encargado de revisar la prensa, y recortar todos los artículos relacionados con la Institución, apartó el Mercurio de ese 12 de julio de 1934, señalándolos con su lápiz el editorial:

“Otra vez el Cuerpo de Carabineros de Chile ha probado con hechos su eficiencia profesional, su disciplina, su alto espíritu de servicio público. Es preciso conocer el territorio en que han debido operar las tropas enviadas contra la revuelta del Alto Bío-Bío, para comprender los sacrificios impuestos a esos hombres. Distancia de que apenas tenemos una idea en nuestra región central con el valle angosto y la población densa; los mayores ríos de Chile y sus afluentes engrosados por dos meses de incesantes lluvias; senderos,

más que caminos, donde hasta se corre el riesgo de que un caballo se ahogue en el barro o en las grandes lagunas improvisadas; ásperos contrafuertes de cordillera cubiertos de bosques, tras cuyos árboles acecha la carabina del malhechor; clima rudo, frío, en plena temporada de lluvias. La campaña ha sido corta, enérgica; llevada a cabo con entusiasmo, con prudencia, con habilidad. El General Arriagada y sus distinguidos Oficiales, entre los cuales merece especial mención el Comandante Délano, pueden estar cierto de que el país entero aprecia su labor y les agradece una vez más su obra de defensa del Orden y de las vidas y propiedades”.

“Llega el Cuerpo de Carabineros a su grado de perfección en los rasgos esenciales de su organización, que lo hacen un orgullo nacional. Si el distintivo es una nación civilizada es, como tantas veces se ha dicho, una buena policía, podemos afirmar que Chile lo posee. Con razón, aún en los peores momentos de nuestra accidentada vida nacional de estos últimos años, cuando solía haber más motivo para avergonzarnos que para enorgullecernos, los viajeros que pasaban por Chile, si quería cubrir con un manto de decencia el cuadro que se presentaba a sus ojos, observaban que muchas cosas iban mal en este país; pero teníamos uno de los cuerpos de guardianes del orden más admirables del mundo”.

“Algunos buenos servidores de Carabineros han caído en esta jornada penosa del sur. Son contingencias del oficio que ellos reciben ya con estoicismo del que está cumpliendo un deber y juega su propia vida en la defensa del orden y del amparo de sus compatriotas. Acaso no pasen muchos días sin que oigamos que en la encrucijada de un camino, en la esquina de una callejuela de arrabal, en una riña de taberna o en un simple tumulto cae un Carabinero por la bala, el puñal o el laque de un malhechor.

“Es menester que los que así arriesgan diariamente su existencia joven y sana por el interés social, sepan por lo menos, que la gratitud, pública se preocupa de asegurar para los suyos un cierto grado de bienestar, y cuando se haga en ese sentido será obra de justicia”.

“Los apologistas que la revuelta hallan en cuerpos legislativos, prensa y comicios subversivos, lloran a los revoltosos que han perecido en la rápida lucha del sur. Y al mismo tiempo prodigan ataque del más absurdo carácter e innoble espíritu a los Carabineros. Ellos querrían que cuando se organizan una banda que incendia casas, destruye haciendas, mata a labriegos que nos se les une y no respetan colonos extranjeros y nacionales que con su esfuerzo de varios años han creado una región agrícola, como los señores Gainza, se les respetará y dejará libres de hacer su voluntad. Se viene a la memoria la socorrida frase con que Alfonso Karr contestaba a los que pedían la supresión de la pena de muerte: “Que se suprima; pero que comiencen los asesinos”. Que los Carabineros no disparen contra nadie, siempre que nadie dispare contra ellos y contra los ciudadanos pacíficos”.

“La represión ha sido hecha, decíamos, en forma prudente. Todos los datos que llegan desde el sur, aún lo que publican, los que en Santiago habían organizado esta sedición, como parte de un vasto programa subversivo, concurren a probar que los Carabineros no usaron sus armas sino en casos extremos. Ni aún fue necesario disparar un tiro para que el gran núcleo de revoltosos se entregara, mientras los demás huían al otro lado de la cordillera. Sólo la mala fe de los que, confortablemente instalados en Santiago, dirigen estas sublevaciones y lanzan al desorden a desgraciados más ignorantes que culpables, ha podido inspirar tales acusaciones de la opinión protesta”.

Una vez recortado y pegado cuidadosamente ese artículo de la tercera página, el oficial siguió revisando los demás periódicos.

CAPITULO XXXIII

Veinticinco días después de la revuelta, se tuvo conocimiento en Lonquimay, que las autoridades argentinas y chilenas se habían puesto de acuerdo para entregar y recibir a los que habían huido al vecino país y que fueron detenidos por la policía fronteriza.

Para esa misión, fueron designados un oficial y diez hombres de tropa. La entrega se efectuaría en el paso Rahue.

La comisión salió de la Subcomisaría, pero el mal tiempo arreciaba y habría sido una imprudencia seguir. El Jefe optó por capear el temporal en el fundo Rahue, donde permanecieron por tres días.

El señor Ackermann, dueño de la hacienda, sabía que no podrían llegar en esa época caballo. Dispuso que durante esas setenta y dos horas que los policías permanecerían allí, sus peones fabricaran chalas de cuero de vacuno y maúillos para caminar sobre la nieve, pues llegaría el momento en que se verían obligados a usar esas especies. Al cuarto día, salieron a las 7 horas. Caminaron montados hasta el pie de la montaña. En ese lugar cambiaron los bototos y las polainas, por gruesas medias de lana y chalas recién fabricadas.

En esta parte, donde la nieve estaba muy alta, usaban los maúillos. Oscureciendo, llegaron a la cima, acampando a un centenar de metros de uno de los hitos desmarcadores de la frontera.

A la mañana siguiente, al reconocer el terreno, se percataron que estaban a pocos metros del lugar de la entrevista. Eran unas ranchas, que en verano eran usadas por los colonos nacionales que llevaban a sus animales a pastorear y que ahora se encontraban casi tapadas con nieve.

Temiendo que los gendarmes hubiesen llegado antes de la tormenta y se viesen forzados a refugiarse en ellas y que ahora estuvieran todos congelados, el oficial mandó despejar las entradas a las chozas.

Ni en el interior, ni a tres mil metros a la redonda, había rastros de seres humanos y como el jefe comprendiera que, en esas condiciones, sería imposible que llegara gente por el lado argentino, ordenó levantar el campamento.

Cinco Carabineros -los más jóvenes- fueron mandados adelante para llegar al fundo y egresaran con las cabalgaduras para poder cargar el equipo.

A los seis días, regresaron a Lonquimay, sin descubrir quien había dado la falsa noticia sobre la entrega de los refugiados.

CAPITULO XXXIV

A la claridad lunar, se distinguía nítidamente la casa del encargado de la balsa de Caracoles. Los lamparines de carburo, la música que se evadía por entre las tablas de la ranca y la gran cantidad de caballos que estaban amarrados al varón, indicaban que se trataba de una animada fiesta.

Esta parranda se estaba realizando treinta y cuatro años después de los sucesos relatados hasta aquí. El lancharo revivió a

través de la narración los fatídicos acontecimientos, mientras los dos carabineros escuchaban como si también las hubiesen presenciado en vivo. Mientras tanto, dos invitados dormían la borrachera.

El dueño de casa, apuró el licor que tenía en un vaso, posteriormente, dio vuelta la cara y, en forma disimulada, se pasó un pañuelo por sus ojos.

Llamó a su mujer:

- María, tráeme los recortes de diarios que tengo guardados en la caja de zapatos que está en el ropero.

Mientras la mujer salía de la habitación, el hombre dijo al Cabo:

- Aún conservo varios recortes de diarios de esa época y se los mostraré, para que no crea que es mentira lo que le cuento.
- No. De ninguna manera dudaba de usted. Por lo que ya me han contado, es más o menos lo mismo.

En esos momentos, regresó la mujer. En sus manos traía una sola hoja de periódico y su rostro se notaba contrariado:

- ¿No habían más hojas? – preguntó el lancharo, extrañado.
- Encontré sólo ésta mijito. Tú sabes, los nietos son tan intrusitos.

Al nombrarle a los nietos, el curtido hombre se dulcificó y agregó:

- Total, que más pueden durar esos papeles.

Y alargándole la hoja al policía más interesado en el tema, le indicó con el dedo el párrafo que merecía la atención, aproximándole al mismo tiempo la lámpara al papel.

“El Diario Austral”.

“Temuco, Viernes 26 de Octubre de 1934”.

“Sección: De la Región”.

“Los Ángeles. Aún arroja el río las víctimas de los atroces sucesos de Lonquimay. Ahora ha sido encontrado el cadáver del mayordomo de Guayalí, Teófilo Zapata. Los Ángeles. Se había venido comentando animadamente en los diversos círculos la noticia dada por un colega local en el sentido de que el capataz de la Hacienda Guayalí, Teófilo Zapata, de la noche a la mañana había aparecido súbitamente en el lejano villorrio de Vilicura, enclavado cerca de la cordillera, cuando las versiones dadas por “El Diario Austral”, meses atrás sobre los luctuosos sucesos del Alto Bío-Bío, confirmaron la alevosa muerte de éste”.

“Lo que hay de verdad es que el cadáver da una idea de los instintos verdaderamente salvajes de sus victimarios y del criminal ensañamiento que pusieron en práctica para quitarle la vida. Aparte de las innumerables puñaladas que presenta el cuerpo del occiso, la cabeza le fue aserruchada, separándole parte de la masa craneana”.

“El cadáver fue reconocido por los hijos por la vestimenta que todavía conservaba en parte y especialmente por un cinturón que usualmente llevaba Zapata”.

“En Mulchén se dio piadosa sepultura al infortunado Zapata, concurriendo a su sepultación sus familiares y una verdadera romería de curiosos”.

- ¡Eran unas bestias! esos criminales, - exclamó con ira el Cabo Vásquez.
- ¿Qué pasó con el cadáver que encontró la hija del alemán en el Tallón?, - consultó el carabinero Morales al dueño de casa.
- ¡Ah! Ese fue un hecho muy comentado. Resulta que cuando fueron a sacar el cuerpo, una vez que pasaron todos los acontecimientos, los carabineros sacaron al occiso; pero no solo encontraron un cuerpo, sino que fueron cinco en total, y junto con el otro que hallaron en el camino días antes, aumentaron a seis los muertos , o sea, que las primeras conclusiones fallaron en el sentido que habían seis cómplices y una sola víctima, en circunstancias que fue uno sólo el autor de los seis asesinatos y según averiguaciones practicadas posteriormente se descubrió que había un testigo o mejor dicho una testigo, que vió cuando Juan Diablo mató a sus compañeros de faenas, uno por uno, los que a consecuencia de sus borracheras no pudieron defenderse. La mujer, que pertenecía a una familia que les decían “Las Pollas Negras” y se encargaban de llevar licor de contrabando a los minerales, le imploró al asesino que no echara al pozo el cuerpo de la primera víctima que se encontró, por ser hijo de una amiga de la “Polla” y por lo menos que la pobre mujer pudiera darle cristiana sepultura a su único descendiente. Y de Juan Diablo nunca más se supo.

Como se trataba de averiguar, Vásquez aprovechó la ocasión:

- ¿Qué suerte corrió el carabinero San Martín?

- De San Martín, tampoco nunca más se supo. Nadie da una versión exacta de su muerte, ni quienes lo hicieron desaparecer y es por eso mismo que no se logró encontrar su cuerpo, ni a sus asesinos; pero hay una estrofa de la décima, que se acerca más a la realidad:

Y pidiendo la guitarra, entonó la estrofa:

Con una conciencia perra
En un acto cobarde y ruin
a San Martín lo parten en una sierra
y le dan trágico fin
esparciendo sus restos por la tierra
del gran sector de Ranquil.

Junto con entonar las últimas palabras del canto, afuera se escucharon aflautados silbidos. El uniformado miró la esfera luminosa de su reloj.

-Las 0.30 horas... Tienen que ser mis colegas que están tocando “llamada de compañero”.

Morales, que también se había percatado de la llegada del personal del Retén de Troyo, dijo a su superior:

-Mi Cabo, es preferible que crucemos nosotros. Así la balsa pasará una sola vez.

El lanchero terció en la conversación:

-Sí, creo que el señor Morales tiene toda la razón...

Los tres salieron de la casa. Al frente, en la otra orilla, se recortaban las figuras de dos cabalgaduras con sus jinetes. Se los reconoció por cinco destellos plateados que nacían de sus guerreras.

Mientras hacía la travesía, Vásquez preguntó al civil, sobre otro personaje de la revuelta:

-Y el Capitán Cáster, ¿murió?

-Dicen que la mala yerba nunca muere. Tres o cuatro días atrás, pasó por aquí y siempre está viviendo en Ranquil...

En esos momentos, la balsa había chocado con la ribera contraria y los policías saltaban a tierra.

Después de las presentaciones de rigor e intercambiar las instrucciones que llevaban, conversaron por un cuarto de hora más, sobre la rutina del servicio.

Los de Troyo volvieron inmediatamente y los otros cruzaron de nuevo en la lancha.

Antes de retirarse, fueron invitados a servirse consomé y un tazón de café.

Al despedirse, el Cabo se mostró muy complacido con las atenciones recibidas; hecho no acostumbrado en la capital, y también por el relato del dueño de casa. Para agradecer, en parte, metió una de sus manos al bolsillo y extrajo algunos billetes, mal mirarlo Morales, le preguntó:

-Mi Cabo, ¿Qué va a hacer?

-Cancelar.

-No, ni lo intente siquiera. Esta gente se puede ofender...

-María, María... Los señores se retiran, gritó el hombrón a su mujer.

En los momentos en que la señora estrechaba las manos de las visitas para despedirse, el lanchero dijo a Vásquez:

-Mire mi Cabo: no es que el tiempo me hubiera cambiado o que me haya vuelto consumista. ¡No! Nada de esto. Pero estoy de acuerdo con los movimientos por causas justas. Y seguramente, nosotros tendremos que ver mucho más, recuerde lo que le digo: Volverán a caer víctimas inocentes y los verdaderos instigadores se esconderán en las sombras.

-Sí, pero en parte ellos tienen la culpa, porque son agitadores de profesión. Así como usted es obrero y nosotros Carabineros, ellos

son perturbadores, por lo cual perciben un sueldo. Los verdaderos incautos son los que les siguen en el juego.

-Así es no más, mi Cabo, -respondió el civil-

Vásquez le pidió como favor especial, que le repitiera las estrofas de la décima, mientras ensillaban. El otro aceptó de muy buen grado.

Mientras los uniformados se preocupaban del atalaje, el cantor y su guitarra se hacían oír claramente. El Cabo recordaba, como a su interlocutor, en muchas partes del relato se le caían francamente las lágrimas, y que en ningún momento, intentó disimular.

Dirigiéndose a su compañero, preguntó:

-¿Será efectivo todo lo que contó este hombre?

-Tiene que ser, mi Cabo, confirmó Morales, al mismo tiempo que hizo él mismo una pregunta:

-Mi Cabo, no preguntó cómo se llamaba el lanchero.

-¡No!... ¿por qué?

-Se llama Mariano Torres Maripil...

Vásquez, que en esos mismos instantes montaba, se desconcertó; quedando a medio camino por una fracción de segundos, hecho que pasó desapercibido para su compañero.

-Ahora vienen las estrofas que no escuchamos anteriormente, -dijo el Carabinero, recordando así todo.

Efectivamente; la voz de Mariano se escuchaba más sonora y emotiva y el tono de la guitarra, también...

Leiva Tapia y los Sagrados

Los que ahí dirigieron

En varios tiroteos

Dirigiendo, ahí murieron.

Que en Chile por primera vez

Este hecho de tal consumación
Esto se cree tal vez
A fuerza de revolución.

Que fue derrotado el León
Que mandaba a los obreros
Salvando la situación
Los aguerridos Carabineros.

La pareja que cabalgaba por el camino, en dirección a
Lonquimay, apenas escuchó los últimos versos

----->> :-: <<-----

EPÍLOGO

Sentencia de primera instancia dictada por el Sr. Ministro de
la Ilustrísima Corte de Apelaciones de Temuco, don Franklin Quezada
Rogers, en el Proceso contra los responsables de los sucesos del Alto
Bío-Bío:

Temuco, cinco de marzo de mil novecientos treinta y cinco.

VISTOS:

Se ha instruido este proceso con motivo de los
acontecimientos ocurridos en la región del Alto Bío-Bío, comuna de
Lonquimay, departamento de Victoria, en los últimos días del mes de
junio de 1934.

En los momentos en que se verificaba la reunión el día 26 de
junio de 1934 con asistencia de numerosas personas a fin de elegir

nuevo directorio para un sindicato agrario, según se hacía saber por
los dirigentes en el momento de citar a quienes debían concurrir.

En los momentos en que se verificaba la reunión un grupo de
cabecillas dirigidos por Juan Leiva Tapia arengó a la concurrencia
diciéndoles que el objeto de la asamblea no era el designar el nuevo
directorio del sindicato, sino cooperar a un movimiento
revolucionario de carácter político-social que habría estallado en
todo Chile, dentro de cuyos fines debían eliminarse “los burgueses” y
apoderarse de sus tierras; que todos los asistentes debían formar en
las filas revolucionarias y el que no lo hiciera sería muerto y arrojado
al río. En seguida se pusieron guardias para evitar la huída de los
indecisos, y en la madrugada del día 27, Juan Leiva Tapia y un tal
Alarcón y los hermanos Simón y Benito Sagredo, que aparecen en el
proceso como los jefes del movimientos, formaron tres grupos de
hombres a fin de apoderarse de las pulperías y fundos de la región.
Dos de estas partidas se dirigieron al norte y la otra a la pulpería de
Juan Zolerzzi, ubicada en el mismo Ranquil.

Como resultado de la acción de estas partidas u otras
formadas durante la revuelta, se cometieron numerosos actos cuyo
carácter delictuoso ha sido motivo de este proceso.

Por acuerdo extraordinario de I. Corte de Apelaciones de Temuco, de
fecha 3 de Julio de 1934, se designó al infrascrito para que en
conformidad a la Ley las causas que con motivo de estos hechos
debían iniciarse, tanto las que se refieren a delitos comunes, como
las que tuvieran atinencia con delitos contra la seguridad interior de
estado.

En cumplimiento de este acuerdo se constituyó el Tribunal en
el Juzgado de Letras de Victoria, asesorado por el Secretario del
Primer Juzgado de Letras de Temuco, en aquella época don Víctor
Manuel Rivas del Canto.

La investigación se ha dirigido a establecer la existencia y
responsabilidad de los siguientes hechos delictuosos:

- a) Alzamiento a mano armada en la Comuna de Lonquimay, Departamento de Victoria, a fin de promover la guerra civil, provocando violentamente el cambio de la forma de Gobierno en la República;
- b) Robo con homicidio en las personas de Juan Zolerzzi y Alfonso Zañartu, en Troyo, zona de Ranquil;
- c) Robo con violencia en las personas, en el fundo Contraco, en el cual fueron apresados José y Martín Gainza;
- d) Robo en la pulpería Frau con homicidio de Pedro Acuña;
- e) Robo con fuerza en las personas en el fundo Lolco;
- f) Violencia o maltrato del Cabo de Carabineros Rafael Bascuñán y soldado Fidel Montoya, encontrándose en actos del servicios, con muerte de los mismos en Nitrito;
- g) Oposición a la acción de los Carabineros, cuando éstos puestos en el ejercicio de sus funciones, llegaron al puente Ranquil, acción en la cual el Cabo José Reyes Lira recibió una lesión más o menos grave y el Carabinero Luis Maldonado una leve;
- h) Robo con violencia en las personas, en las casas del fundo Guayalí y en el Retén de Carabineros ubicado en el mismo lugar;
- i) Robo con violencia en la pulpería de Bruno Ackermann;
- j) Mantención repartición de proclamas subversivas;
- k) Homicidio de Herminio Campos Pedrasa y Teófilo Zapata González;
- l) Homicidio de Víctor Vergara Saavedra, José Gaínza Irigoyen, Manuel Salas, Martín Gaínza Irigoyen, Bernardo San Martín Calderón, Juan Leiva Tapia y Nolasco Sandoval; y
- II) Participación de terceras personas en el suicidio de Luciano Gaínza Irigoyen.

Con motivo de estos sucesos fueron puestos a disposición del Tribuna y encargados reos por los delitos de que aparecían responsables los siguientes inculpados: (aquí se enumera la larga lista de inculpados, la que por su extensión omitimos detallar, diciendo solamente que fueron encargados reos 61 hombres y 1 mujer).

Por tratarse de un hecho sin conexión legal con los demás delitos investigados en esta causa, se desglosaron los antecedentes relativos a la mantención y reparto de proclamas subversivas de que aparecía culpable Reginio Godoy Ortega y se formó con ello un proceso aparte.

En seguida, el Sr. Ministro y con motivo de la Ley de Amnistía N° 5483, enumera a los reos que fueron sobreseídos definitiva y temporalmente, como también el sobreseimiento de los ciudadanos que hasta la fecha no fueron habidos por la policía.

A continuación se hace una historia detallada de los sucesos, según el testimonio de una cantidad apreciable de testigos, la que también por su extensión omitiremos y porque su contenido aparece en líneas generales en otras partes de esta sección.

TENIENDO PRESENTE

.....

(Aquí el Magistrado en 48 párrafos importantes fundamenta sus resoluciones respecto de cada uno de los inculpados, como también de las penas a que son acreedores)

.....

Por estos Fundamentos y de Acuerdo con los Prescritos en los Arts. II N° 6, 14, 15, 28, 29, 68, 391; N° 4, 436, N° 1 del Código Penal 128, 131, 132, 487, 502, 511, 513, 516, 531, 532, del Código de Procedimiento Penal y Arts. 3° y 5° letra j) del Decreto Ley N° 637 de 21 de septiembre de 1932, SE DECLARA:

- a) Que no ha lugar a las tachas deducidas en el escrito de contestación a la acusación
- b) QUE SE CONDENA:
 - 1) A O. Ortiz S., como jefe de la cuadrilla armada que efectuó el robo con violencia en las personas en la pulpería de Juan Zolerzzi, a la pena de 10 años de presidio en su grado mínimo.
 - 2) A J. Orellana B., como autor del mismo delito, pero sin haber sido jefe de la cuadrilla, a 3 años y un día de presidio menor en su grado mínimo;
 - 3) A F. Pino V., como jefe de la cuadrilla que cometió el robo con violencia en las personas en la pulpería de José Ángel Frau Pujol, a 5 años y un día de presidio mayor en su grado mínimo.
 - 4) A J. Valenzuela S., como autor del delito de homicidio de Rafael Bascuñán Rodríguez, a la pena de 5 años y un día de presidio mayor en su grado mínimo;
 - 5) A J. Ortiz E., como jefe de la cuadrilla que efectuó el robo con violencia de las personas en el fundo Contraco, a la pena de cinco años y un día de presidio mayor en su grado mínimo.
 - 6) A Ismael Cáster J., como jefe de la cuadrilla que verificó el robo con violencia en las personas en la pulpería de Bruno Ackermann, cinco años y un día de presidio mayor en su grado mínimo;

También se condena a los reos O. Ortiz S., Florentino Pino V., J. Valenzuela S. e Ismael Cáster J. a inhabilitación absoluta perpetua para cargos y oficios públicos y derechos políticos e inhabilitación absoluta para profesiones titulares mientras dure la condena.

Al procesado J. Orellana B. se le condena también a la inhabilitación absoluta perpetua para derechos políticos e inhabilitación absoluta para cargos y oficios públicos mientras dure la condena.

Los reos pagarán las costas de la causa.

Las penas de presidio se contarán en la siguiente forma:

Para O. Ortiz, desde el cuatro de julio de 1934; para F. Pino desde el día 1° del mismo mes; para J. Valenzuela, desde el 15 de igual mes; J. Ortiz, desde el 14 de julio del año pasado, para I. Cáster, desde el 19 de septiembre último y para J. Orellana B., desde el cuatro de julio de 1934, fecha en que fueron detenidos cada uno de los reos condenados por estas sentencias.

Anótese y consúltese.

FRANKLIN QUEZADA R.

Pronunciada por el señor Ministro don Franklin Quezada
Titular de la Ilustrísima Corte de Apelaciones de Temuco.

EFRAÍN VÁSQUEZ J. Sec.